

MANUAL
DE
LITERATURA
PRECEPTIVA

FOR
PEDRO N. CRUZ



SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN BARCELONA
Moneda entre Estado y San Antonio

—
1900

B3-37

MANUAL
DE
LITERATURA
PRECEPTIVA

POR

PEDRO NÚÑEZ



6045

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA, LITOGRAFÍA Y ENCUADERNACIÓN BARCELONA
Moneda entre Estado y San Antonio

—
1900



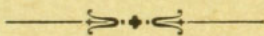
PRÓLOGO

En este *Manual* se encuentran algunas innovaciones: de ellas se da explicación racional en notas que hay al fin del texto. Aquí me toca manifestar que, al hacer estas innovaciones, mi propósito ha sido adaptar al gusto moderno las enseñanzas de la literatura preceptiva, y simplificar el texto en lo posible, de modo que el profesor tenga tiempo para ejercitar prácticamente á los alumnos en el arte de hablar, de escribir, de expresarse con exactitud y elegancia. Esto es lo que importa, y no aquello de aprender reglas prolijas para cosas que ya no se hacen, ó que uno puede hacer como más bien le parezca.

A fin de dar interés más general á este libro, he agregado una colección de pensamientos sobre el estilo, tomados de los pensadores más célebres y cuidadosamente traducidos. Forman un código completo de buen gusto, y dan una norma en extremo autorizada y segura para todo aquello que se relaciona con la belleza de la expresión.

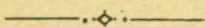
He puesto en seguida numerosas locuciones y giros, que serán de mucho provecho para aprender á buscar formas expresivas del pensamiento.

Y finalmente se encuentra la lista de palabras que se construyen con preposición, de la Gramática de la Academia, y la lista de algunas frases en que varía notablemente el significado de los verbos según la preposición que se les junta, de la Gramática de don Vicente Salvá.



MANUAL DE LITERATURA

PRECEPTIVA



INTRODUCCIÓN



CAPÍTULO I

NOCIONES PRELIMINARES

1.—La palabra *literatura* comprende cualquier género de conocimientos que tengan por objeto la belleza literaria, ó sea la belleza que se manifiesta por medio de la palabra.

2.—Los conocimientos referidos versan principalmente sobre tres puntos:

1.º Sobre la naturaleza misma de la belleza literaria. Esto pertenece á la *Estética*, ciencia que trata de la belleza.

2.º Sobre la manera de realizarla. Para ello da reglas y advertencias la *Literatura preceptiva*, arte en el cual vamos á ocuparnos.

3.º Sobre la belleza ya realizada en obras escritas. De esto trata la *Historia de la literatura*, ó sea la expo-

sición cronológica y razonada de las obras literarias y del influjo que han tenido unas en otras.

3.—*Obra literaria* es aquella cuyo fin próximo ó remoto es la belleza literaria. Al conjunto ó á una porción de esta especie de obras se da también el nombre de *literatura*, y en tal sentido se dice: literatura universal, literatura moderna, literatura chilena.

4.—Los preceptos de la literatura están fundados en la naturaleza misma de las cosas. También se dan consejos y advertencias conforme á lo practicado por ingenios eminentes en obras que han despertado la admiración de muchas y distintas generaciones. Esta admiración universal es claro indicio de la perfección de dichas obras. Imitar, por consiguiente, el procedimiento que en ellas se ha observado, adaptándolo á las peculiares facultades de cada uno, es prenda muy segura de acierto.

A estas obras modelos se da el nombre de *clásicas*, y á sus autores el de *clásicos*.

5.—Con frecuencia se emplean en la literatura algunos términos cuyo significado conviene determinar.

Uno de los que más se usan es el de *arte*, y se toma en varios sentidos.

1.º En el lenguaje común suele tomarse la palabra *arte* como habilidad é ingenio para hacer alguna cosa. Cuando decimos que tal cosa está hecha con arte, entendemos que, en su disposición, el autor ha manifestado habilidad y singulares aptitudes.

2.º Significa también conjunto de reglas y preceptos necesarios para hacer bien alguna cosa. Este sen-

tido se toma en contraposición al de ciencia, para señalar la naturaleza de ciertas obras. *Ciencia* es el conocimiento de una cosa, y *arte* los medios prácticos de realizarla. El conocimiento de la belleza, de lo cual trata la estética, es una ciencia. El conjunto de preceptos para expresarla por medio de la palabra, de lo cual trata la literatura preceptiva, es un arte.

3.º En un sentido más elevado, arte es la transformación ó empleo de la materia en conformidad á nuestras ideas y en vista de un fin de utilidad ó agrado. Cuando el fin es de utilidad, como en la fabricación de enseres ó utensilios, el arte se llama *industrial*. Cuando el fin es de agrado, como en la pintura, el arte es *bello*.

Las obras literarias se sirven de un medio material, que es la palabra ó voz articulada, para manifestar la belleza; ya sea ésta el fin próximo, como en la poesía; ya sea un fin remoto, como lo es en las demás especies de obras literarias que no buscan la belleza directamente; pero sí indirectamente, procurando manifestar ó expresar las ideas con agrado.

La literatura, por consiguiente, es una de las *bellas artes*; pero se ha reservado esta denominación para la música, la pintura, la escultura y la arquitectura. Al arte bello cuyo medio sensible de expresión es la palabra, se da particularmente el nombre de *arte literario*.

Cuando se usa la voz *arte* en sentido indeterminado, como cuando decimos: «el arte ennoblece los sentimientos», *arte* se toma únicamente por todas las artes de lo bello, incluso el arte literario.

6.—*Buen gusto*, ó simplemente *gusto*, es la facultad de percibir la belleza intuitivamente, sin previo raciocinio. En unos individuos el gusto está muy apagado, y otros lo tienen muy vivo y pronto; pero es susceptible de mucho desenvolvimiento.

Se educa por medio de la lectura ó la contemplación de las obras más notables del ingenio. «El gusto se forma con la contemplación de lo mejor y no de lo mediocre», decía Goethe.

El gusto es una facultad muy delicada. Así como es fácil depurarlo, así también fácilmente se desmejora con la lectura habitual de obras ordinarias ó vulgares.

7.—Las facultades del escritor toman distintos nombres según su excelencia y su poder para inventar ó crear.

El grado supremo, la facultad de crear cosas nuevas y admirables, es el *genio*. El hombre de genio experimenta á menudo la *inspiración*, que es un movimiento interior, espontáneo, impulsivo y en extremo lúcido, que muestra como de golpe la belleza y el medio de realizarla.

Talento es el entendimiento claro y penetrador, acompañado de relevantes aptitudes para expresar los conceptos.

Ingenio es nombre genérico que se da al escritor de facultades sobresalientes, y á la facultad misma de inventar y discurrir con prontitud. Tómase también por *agudeza*, que es la facultad de percibir en las cosas relaciones ocultas y delicadas, y de expresarlas con acierto.

CAPÍTULO II

ELEMENTOS DE LA OBRA LITERARIA

8.—La obra literaria se compone de dos elementos: aquello que se quiere expresar, ó *el fondo*, y la expresión, ó *la forma*.

Lo primero comprende principalmente al concepto general que mueve al escritor á tomar la pluma, y que es la base y fundamento de la obra. El estudio, la meditación, los conocimientos adquiridos van fecundando ese concepto y desenvolviéndolo en distintas ideas, que se ordenan según la relación de unas con otras y en conformidad al punto de donde proceden.

La *forma* comprende la manifestación exterior de las ideas. Esta parte abraza dos operaciones casi simultáneas y muy estrechamente ligadas entre sí.

Es la primera la elección de las ideas. Porque así como cuando discurrimos interiormente para comprender una cosa, nos hablamos á nosotros mismos en un lenguaje vago é indeterminado, del mismo modo desenvolvemos el concepto general, mirando á bulto las ideas y sólo procurando percibir con claridad lo principal de ellas. De suerte que, cuando llega el caso de manifestarlas exteriormente, es preciso concretarlas, dividir las, determinarlas y elegir de ellas lo más apropiado á nuestro intento. A las ideas así determinadas es á lo que propiamente se da en literatura el nombre de *pensamientos*.

La otra operación consiste en expresar los pensamientos por medio del lenguaje. Y aquí viene otra elección, porque un mismo pensamiento, sin perder nada de lo sustancial y experimentando muy ligeras y accidentales modificaciones, puede tomar diversas formas.

Por ejemplo, quiero decir que una persona ha muerto muy joven. Puedo emplear estas mismas palabras, ó bien «ha muerto en la flor de la edad», ó bien «ha muerto en la primavera de la vida», ó «dejó este mundo en edad temprana», ó «cuando comenzaba la vida á sonreírle, Dios le llamó», y todavía hay muchos otros modos de expresar eso mismo.

El que escribe, guiado por su buen gusto y en conformidad con la naturaleza de la obra, elige de entre las varias expresiones que se le ofrecen, aquellas que le parezcan más bellas y eficaces.

9.—El resultado de las dos operaciones de que hablamos constituye la *expresión literaria*, á diferencia de la *expresión vulgar*, que no va ordenada á mejorarse, como en la conversación.

Á la expresión literaria, particularmente si la consideramos en vista del carácter que ofrece, se da el nombre de *estilo*.

10.—Los preceptos literarios abrazan el fondo y la forma. Y si bien es claro, en cuanto al fondo, que no dan el concepto general ni las ideas, ayudan sin duda alguna á desenvolverlas ordenadamente, á colocarlas donde más convenga, y aun ofrecen recursos para suplir en lo posible las deficiencias de la inventiva. Con

tal objeto, la literatura clasifica las obras agrupando las que son de una misma naturaleza. A estas agrupaciones se da el nombre de *géneros literarios*.

11.—La literatura preceptiva se divide en dos partes.

Una trata de los *géneros literarios*.

Otra se ocupa en la expresión literaria ó *estilo*.

Trataremos en primer lugar del estilo, por ser lo más exterior y aparente, y lo más fácil de comprender.



PARTE PRIMERA

EL ESTILO (1)

12.—Según se deduce de lo que acabamos de ver, *estilo* es la forma particular de expresión ordenada á manifestar los pensamientos con belleza y eficacia.

La voz *pensamiento*, á más del sentido estricto de que ya hemos hablado, tiene en literatura un sentido general, que comprende todo aquello que nos proponemos comunicar por medio de la palabra, ya sean ideas ó movimientos del ánimo.

Belleza es la cualidad de las cosas que las hace amables. Manifestar con belleza los pensamientos es exponerlos de un modo amable ó agradable.

Eficacia vale tanto como decir «fuerza ó poder para obrar». La manifestación eficaz de los pensamientos consistirá, por tanto, en presentarlos elegidos, dispuestos y expresados de tal suerte que se logre en lo posible el intento del que los ha concebido.

13.—El estilo, mirado como expresión de los afectos que animan al escritor, se llama también *tono*, y así se dice: estilo ó tono elevado, sereno, familiar, majestuoso, vehemente; pero no se dice tono pintoresco,

(1) Véase la nota A.

conciso, claro, porque estas cualidades no se refieren á los afectos.

14.—Vamos, pues, á ver qué cualidades debemos tener presentes al ordenar la expresión para darle belleza y eficacia.

Desde luego podemos establecer que han de ser de dos clases. La una comprende aquellas que son necesarias para la comunicación pura y genuina de los pensamientos, y las llamaremos *cualidades esenciales del estilo*, porque sin ellas el estilo sería defectuoso, y deben observarse en cualquiera especie de escritos.

La otra clase comprende los recursos que los elementos del estilo, esto es, los pensamientos y el lenguaje ofrecen para realzar la expresión, embellecerla y darle eficacia. Estas cualidades, que son accidentales porque están al arbitrio del escritor, se llaman *elegancias*.

CAPÍTULO I

CUALIDADES ESENCIALES DEL ESTILO (1)

15.—Las cualidades esenciales del estilo son cuatro: claridad, naturalidad, conveniencia y melodía.

1.º — CLARIDAD

16.—La *claridad* consiste en economizar en lo posible la atención del lector ú oyente, de modo que com-

(1) Véase la nota B.

prenda sin esfuerzo y con prontitud lo que le comunicamos.

Lo primero es que nos entiendan; pero no debemos contentarnos con eso, sino procurar que nos entiendan al punto, sin vacilación de ningún género y con cabal exactitud. A la exactitud dentro de la claridad se da el nombre de *precisión*.

En el tiempo actual sobre todo, esto es de mucha importancia. En épocas anteriores, las comunicaciones eran tardías, los libros pocos, los periódicos escasos, y había tiempo para meditar lo que se estaba leyendo; pero ahora nos llegan noticias en el mismo día de lo que pasa aun en las naciones más remotas y debemos estar al corriente de ello; los libros y periódicos abundan, se lee de prisa, y á menos de tener particular interés en aquello de que se trata, nadie se detiene á descifrar lo oscuro.

La claridad por sí misma agrada en extremo, porque el que va á leer algo siempre espera una aplicación más ó menos laboriosa de la mente, y al ver que le presentan la cosa de modo que la comprende sin esfuerzo, experimenta un verdadero goce espiritual.

17.—La claridad depende de los pensamientos y del lenguaje.

Claridad de los pensamientos ⁽¹⁾.—1.º No es posible la expresión clara de pensamientos confusos. Antes de escribir, hay que entender bien la materia de que se trata y determinar con exactitud los pensamientos,

(1) Véase la nota C.

sin dejar puntos vagos contando con hallar palabras que suplirán lo que falta.

2.º Aun cuando se perciba con claridad el pensamiento, es preciso no dejarse llevar sin examen por el atractivo de las *elegancias*.

Es muy común que resulten oscurecidos los pensamientos por el afán de adornarlos ó de presentarlos en forma original y nueva. A esto incita particularmente el lenguaje castellano por su abundancia, sonoridad, y la facilidad que ofrece para las transposiciones ó alteración del orden de las palabras en la frase.

Todo debe sacrificarse á la claridad, menos la decencia. Donde hay oscuridad no hay belleza.

3.º El que posee á fondo su asunto suele verlo tan claro y hallarse tan familiarizado con él, que se imagina que los demás lo entenderán fácilmente tan bien como él mismo, y esta confianza lo induce á veces á ser demasiado general y absoluto en los conceptos, á no darles forma exacta, de lo cual resulta oscuridad y confusión. Para precaver esto, es indispensable que el escritor, con un esfuerzo de la imaginación, se ponga en lugar del lector y procure juzgar así la obra, como si no la conociera.

4.º La *concisión*, esto es, la condensación del pensamiento en pocas palabras, es en general cualidad recomendable; pero buscada con empeño, fácilmente ocasiona oscuridad, sobre todo en el castellano, cuya índole es ser abundante y extendido en la frase.

Pero como en todo ha de haber medida, el escritor que se extiende inconsideradamente en la frase, cae

en la *redundancia*, vicio que consiste en rellenar las cláusulas con palabras y calificativos superfluos. Y si bien la redundancia no va de lleno contra la claridad, peca por lo menos contra la precisión, estorba la rápida comunicación del pensamiento, hace pesado el escrito y lo pesado bien pronto confunde.

5.º Más directamente contra la claridad va la *difusión*, que consiste en dividir y subdividir las ideas en partículas y en dar á cada partícula la importancia de una idea. Es defecto común en los espíritus meticolosos y apocados, los cuales dan grande importancia á lo que piensan, y temen que peligre su propósito si no llaman hacia todo la atención y no lo exponen á la larga; y sucede al revés de lo que ellos creen, porque el lector, confundido con tanta menudencia, acaba por no parar la atención en ninguna cosa de esas.

Es conveniente que el que escribe se acostumbre desde el principio á no apegarse demasiado á sus propios conceptos, y á no estimarlos en mucho, sino que esté pronto á sacrificar todo aquello que sea preciso en aras de la claridad.

18.—*Claridad del lenguaje*.—Para que el lenguaje comunique con fidelidad y prontitud el pensamiento, es menester que las palabras sean propias, puras y correctas.

La frase no debe ser muy compleja, y el giro ha de ser conforme con la índole del idioma, cuidándose que las palabras ocupen el lugar que les corresponde según su importancia.

19.—*Palabra*, voz, vocablo, ó término es el signo articulado representativo de la idea.

Se llama *propia* cuando corresponde con exactitud á la idea.

Si no corresponde, se llama *impropia*; y si corresponde á medias, es *vaga* ó *débil*.

Ejemplos. «Pablo estaba recostado, y al ver á su padre se paró.» *Se paró* es impropio, porque *pararse* significa «cesar en el movimiento.» Lo propio aquí es *ponerse en pie*, ó *levantarse*, como en estos ejemplos tomados de Cervantes: «Don Quijote, sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pie y llamó á su escudero Sancho, que aun todavía roncaba.»—«Ayudándole á levantar (Sancho a don Quijote), tornó á subir sobre Rocinante.»

«Al oír estas palabras injuriosas, Pedro se ausentó indignado.» *Se ausentó* es vago ó débil en este caso porque expresa flojamente la idea. Debió decirse: *se retiró*, ó *se apartó* indignado.

20.—No pugna con la propiedad el uso bien entendido de las palabras *sinónimas*, que son aquellas que tienen una misma ó muy parecida significación. Pero debe notarse que no abundan las palabras que sean del todo sinónimas: convienen en lo principal de la idea; pero suelen diferenciarse en lo accesorio. Cuando lo accesorio es de poca importancia, se pueden aprovechar los sinónimos para no repetir las palabras, lo cual es desagradable.

Por ejemplo, son sinónimos *ponerse en pie* y *levantarse*; sin embargo, *levantarse* implica mayor esfuerzo de parte del sujeto.

21.—Las palabras *equivocas*, es decir, aquellas que

pueden tomarse en doble sentido según están empleadas en la frase, se oponen á la propiedad cuando así se usan por inadvertencia; pero si se busca deliberadamente el equívoco, no es censurable sino en cuanto sea en sí mismo defectuoso por falta de oportunidad ó de agudeza.

22.—*Pura* es la voz sancionada por el buen uso y admitida en el idioma.

Se consideran admitidas las que se encuentran en el *Diccionario de la Real Academia Española*, ó son usadas por escritores muy autorizados.

23.—La pureza (y lo mismo puede decirse de la corrección) mira principalmente á la conservación y fijeza del idioma, y por esto mismo es requisito indispensable de la claridad. Puede haber claridad sin corrección ni pureza; pero sólo una claridad local y accidental. Una palabra no sancionada por el uso y no admitida en el idioma, no puede pretender que sea entendida por todos los que conocen el idioma; y ni siquiera es seguro que subsista, de modo que, andando el tiempo, quizás llegue á ser oscura aun en el lugar mismo donde se usaba.

Á más se comprende que dar libre entrada en el idioma á cualquiera clase de palabras, es corromperlo, y si no se ataja la corrupción con tiempo, el idioma se divide y acaba por desaparecer.

La pureza y la corrección contribuyen también de modo muy esencial al esplendor de la lengua, porque le dan unidad y permanencia, condiciones indispensables de belleza.

24.—Por tanto, son contrarias á la pureza las palabras anticuadas, á cuyo uso se da el nombre de *arcaísmo*. Por ejemplo: *magüer*, *tristura*, *luengo*. En las composiciones jocosas y en las poéticas es lícito el uso de tales vocablos; pero muy moderadamente. Propasarse en esto, por poco que sea, es de mal gusto y parece pedantería.

25.—Las voces *técnicas*, esto es, aquellas que son propias del lenguaje de una ciencia ó arte, no deben emplearse sino cuando ya han entrado en el lenguaje usual y corriente, á menos, por cierto, que el escrito vaya dirigido á los conocedores de la ciencia ó arte de que se trata, ó que no haya términos equivalentes.

26.—Se da el nombre de *neologismo* al uso de una palabra nueva en la lengua. Si es absolutamente indispensable no hay nada que decir, siempre que esté correctamente formada; pero si no hay tal necesidad, el neologismo es un defecto. Y no se excusa este defecto con decir que las palabras nuevas enriquecen la lengua, porque la riqueza de una lengua está en que cada idea tenga una palabra que la signifique, y no en que haya varias palabras que signifiquen una misma cosa: esto último no es propiamente riqueza, sino superfluidad y abundancia poco menos que inútil.

27.—Los neologismos tomados de otros idiomas se llaman en general *barbarismos* y también se les da el nombre de la lengua de donde proceden, y así se dice *latinismo*, *helenismo*, *italianismo*, según venga la palabra del latín, del griego, del italiano y no esté admitida en nuestro idioma.

Las voces tomadas del francés se llaman *galicismos*, y ahora las toman tan sin discernimiento ni escrúpulo y en tanta cantidad, que son verdadera plaga del castellano.

28.—Es *correcta* la palabra que, en su estructura material y en el régimen y concordancia, se ajusta á las reglas gramaticales.

Por ejemplo: «Me *apreta* el zapato.» *Apréta* es voz incorrecta en su estructura material, porque *apretar* es verbo irregular y debe decirse me *aprieta*.

«Un hombre de tanto ingenio no debe ocuparse *de* esas cosas.» El régimen del verbo *ocuparse* en este caso, esto es, la preposición *de*, es incorrecto, porque dicho verbo rige la preposición *en*.

«Aníbal sitió y se apoderó de Sagunto.» Aquí se da á *sitiar* el mismo régimen que tiene *apoderarse*. Esto es incorrecto. Debe decirse: «Aníbal sitió á Sagunto y se apoderó de ella.»

Las incorrecciones por mala concordancia, como decir *alma bueno*, sólo se oyen en boca de los extranjeros que no han acabado de aprender el idioma.

29.—Á las incorrecciones en las palabras, giros ó frases, cometidas por imitar la forma de otros idiomas, se da también el nombre de galicismos, latinismos, etc., según el idioma de donde proceden.

30.—Pasemos ahora á considerar, en el punto de vista de la claridad, á las palabras enlazadas unas con otras en la frase.

Frase es el conjunto de palabras que forman sentido completo.

1.º La frase no debe ser muy compleja; esto es, no debe estar recargada de proposiciones incidentales ó subordinadas. Adviértase que la atención del lector está en suspenso mientras no termina la frase, y cuando ésta es complicada, exige para ser comprendida un esfuerzo desagradable y á veces difícil.

2.º La construcción ó giro ha de estar conforme con la índole del idioma.

Giro es el ordenamiento ó disposición de las palabras en la frase.

Así como cada individuo tiene su propio modo de hablar ó de accionar según su carácter, así los idiomas tienen cierto modo general de construir la frase conforme al carácter nacional, y el transtorno de este orden natural repugna al lector y llega á veces hasta oscurecer la expresión.

Por ejemplo: «Es por esta razón que el Gobierno resolvió destituirlo.» El giro de la frase es incorrecto.

Debe decirse: «Esta es la razón por que», etc.

3.º Los acentos y las pausas, que dan cadencia ó modulación á la frase, hacen resaltar las palabras. Las más importantes deben ponerse donde caen los acentos más fuertes, y si se procura que el acento caiga inmediatamente antes ó después de una pausa, la importancia será mayor todavía. Todo esto ha de ser sin violentar en lo menor la índole del idioma. Es una advertencia que conviene tener presente al ordenar la frase, cuando importa llamar la atención hacia ciertas palabras.

31.—No se oponen á la claridad ni á la corrección

los *idiotismos* ó *modismos*, siempre que sean usuales y corrientes. Se da ese nombre á ciertas locuciones propias de un idioma, que tomadas á la letra suelen no tener sentido ó no se ajustan á las reglas gramaticales. Por ejemplo: *caer en la cuenta*, *tomar las de Villadiego*, *á más ver*.

32.—La palabra *frase* tiene otros sentidos á más del indicado más arriba. Se toma como sinónima de locución, ó sea conjunto de dos ó más palabras que no forman oración cabal; y en este sentido se dice *frase familiar*, *frase figurada*.

También se designa con ella el carácter ó modo particular que dan á la expresión el orden de las palabras y el uso de ciertos giros. Por ejemplo: *la frase de Cicerón*, *la frase castellana*, esto es, el giro que da á sus frases Cicerón, ó aquellos que son propios de la lengua castellana.

33.—*Frase ambigua* ó *anfibilógica* es aquella que puede entenderse de dos maneras, por vicio de construcción, de régimen ó por no usarse palabras que determinan bien la idea.

34.—La índole del idioma sólo se adquiere con la lectura de los clásicos de la lengua, poniendo particular cuidado en la manera como dicen las cosas. Para aprovechar bien esa lectura, conviene apuntar en un cuaderno los giros, locuciones y palabras que nos llamen la atención por expresivas, y hojear con frecuencia esos apuntes.

El que desee escribir con pureza, corrección y propiedad, á más de dedicarse á la lectura de los clásicos y

de tener los conocimientos gramaticales indispensables, debe consultar con frecuencia el *Diccionario de la Real Academia*, y tener-á la mano algunas de esas obras que señalan y corrigen los defectos de lenguaje en que más comunmente solemos incurrir, por ejemplo, el *Diccionario de galicismos* de Baralt, las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano* de Cuervo, el *Diccionario de chilenismos* de Rodríguez, y otras de esta clase.

2.º — NATURALIDAD

35.—La *naturalidad* consiste en la conformidad de la expresión con el carácter del autor.

No podemos *pensar* sin *sentir*, esto es, sin experimentar algún afecto de simpatía ó repulsión hacia aquello mismo que estamos pensando. Estos afectos, que proceden de nuestras inclinaciones ó modo de ser, influyen en la forma de los pensamientos, los cuales toman un modo peculiar y privativo, que resulta del conjunto de cualidades morales que constituyen el carácter del autor.

Si la expresión corresponde en un todo á esa forma propia y espontánea que interiormente revisten los pensamientos, es natural; si no corresponde, la expresión es artificiosa, ampulosa, forzada, afectada, rebuscada, según los casos.

36.—Consecuencia de la naturalidad es la *originalidad* ó novedad de la expresión. Puesto que el modo de ser de cada uno es distinto del de los demás, con manifestarlo sinceramente se consigue ser original.

Buscar la originalidad fuera de la naturalidad, por medio de expresiones que se aparten de las usadas comunmente, es puro artificio que no engaña á las personas de buen gusto.

Cuando sube de punto el afán de parecer original y se repiten con frecuencia ciertos modos artificiosos, se dice que el estilo es *amanerado*.

37.—A primera vista parece que fuera muy fácil conseguir la naturalidad, puesto que consiste en decir las cosas como las concebimos y sentimos, ni más ni menos; pero en realidad cuesta harto trabajo, porque no es fácil conocer de qué modo sentimos las cosas, á menos de tener carácter determinado y manifiesta vocación de escritor, pues en tales casos los conceptos toman formas bien señaladas; pero esto no es lo común.

Ahora bien, mal podemos encontrar la expresión adecuada á nuestro carácter ó modo de ser, si no sabemos cuál sea éste. Por consiguiente, para ser natural, lo primero es conocerse á sí propio, descubrir nuestras particulares tendencias y aptitudes y hallar el género literario en que puedan desenvolverse libremente.

Lo mejor para eso es que el principiante se ejercite en distintos géneros, y cultive con preferencia aquel que menos dificultades le ofrezca. Al propio tiempo es preciso examinar qué forma toman desde el primer momento los pensamientos en nuestro interior, y qué expresiones acuden con más facilidad y presteza. Luego se encontrará que hay ciertas formas, que hay ciertas expresiones que se nos ofrecen sin buscarlas. Son

ellas las que señalan la inclinación y aptitudes literarias.

Es común que el que comienza á escribir desconfíe de lo que le cuesta poco, de lo que se le ocurre fácilmente. Le parece que aquello ha de ser vulgar y conocido, y se mortifica por buscar lo que le cueste y no se le ocurra. Bien puede ser que eso sea vulgar; pero en todo caso será natural, será propio de él ó tendrá algo propio. Lo que el principiante debe hacer es no contrariar ni desechar esos impulsos espontáneos en la manera de considerar las cosas y de dar forma á los pensamientos, sino conservarlos con cuidado y empeñarse en enderezarlos, ordenarlos y mejorarlos, con un examen imparcial y el estudio de aquellos autores que más se han distinguido en el género literario hacia el cual resulta uno naturalmente inclinado.

38.—Hay dos obstáculos de consideración que estorban la naturalidad.

Es el primero *el lenguaje*.

Siendo el lenguaje, en el arte literario, el instrumento de que nos servimos para comunicar nuestras ideas, es claro que ha de embarazarnos en la expresión mientras no lo poseamos lo suficiente, y que muy á menudo tengamos que modificar las ideas por no poder expresarlas como las concebimos. Es menester, por tanto, mucha perseverancia en poseer el idioma. Téngase presente que nunca faltan palabras para las ideas. Y cuando nos falte la expresión que necesitamos, hay que trabajar en buscarla, antes de dar otra forma al pensamiento. Registraremos el diccionario y el cuader-

no de apuntes de frases y locuciones, y hojearemos el libro de algún clásico que trate un asunto más ó menos relacionado con el que nos ocupa.

El libro clásico por excelencia es el *Quijote*. Todo el que quiera escribir bien, debe dedicar siempre algunos ratos á leerlo. Y mientras más se lee, más aprovecha; porque al principio, el interés que despiertan las aventuras se lleva toda la atención. Después de conocerlas, ya podemos ir notando las innumerables bellezas de expresión que contiene esta obra inmortal.

El otro obstáculo es *el espíritu de imitación*.

Mientras el que escribe no ha conseguido tener un estilo propio, está muy pronto y dispuesto para dejarse dominar por el estilo de aquellos autores que lee habitualmente, y con facilidad le parece que tiene la misma especie de ingenio que admira en el autor que está leyendo. En esto debemos ser muy desconfiados, y no resolernos á imitar ó tomar por modelo á un autor sino después de haber dejado su lectura, cuando nos sintamos algo libres de su inmediato influjo.

No hay autor, por muy ajeno que sea á nuestras particulares aptitudes, del cual no podamos aprovechar algo; pero hay que dar tiempo para que nuestro modo de ser literario absorba y se asimile lo que pueda serle provechoso.

39.—De lo anterior se deduce que cuesta mucho más ser natural que ser artificioso; pero este trabajo tiene su recompensa, porque nada agrada tanto como la naturalidad.

Es lo que decía Pascal: «El estilo natural nos sor-

prende y maravilla, porque esperábamos ver á un autor y nos hallamos con un hombre».

Y como dijo otro: «Nada agrada más al hombre que el hombre mismo».

3.º — CONVENIENCIA

40.—No basta que el estilo corresponda al carácter del autor: es preciso también que sea conforme con el carácter y naturaleza de la obra. Á esto se llama *oportunidad ó conveniencia*.

41.—En toda obra debe haber armonía, esto es, justa correspondencia de las partes entre sí y con el conjunto. Si falta esta correspondencia en el estilo; si, por ejemplo, se emplean expresiones pomposas en asuntos sencillos ó familiares, ó expresiones familiares en un discurso de transcendencia pronunciado en circunstancias solemnes, resultará una disonancia que viciará por completo el estilo, por correcto que sea en sí mismo.

42.—La conveniencia de ningún modo se opone á la naturalidad, sino que la ordena; porque entra en el orden que la disposición moral del escritor se modifique en conformidad á la naturaleza y fin del asunto que trata.

43.—Exige la conveniencia que se eviten los términos demasiado vulgares ó triviales, y los que sean bajos, torpes ó sucios. La razón está en que esos términos se asocian en la mente con los lugares donde se oyen de ordinario y con la clase de personas que acos-

tumbran usarlos, y esto deslustra el pensamiento, lo rebaja, y quita á la obra aquella dignidad y decoro que debe presidir en cualquier asunto, por sencillo que sea.

Hay escritores que creen dar singular energía á la expresión con el uso de términos bajos y aun groseros. Lo que manifiestan con eso es que no tienen delicadeza y que ignoran el idioma, el cual tiene recursos sobrados para decirlo todo, cuando fuere necesario, sin ofender el pudor ni las buenas costumbres.

4.º — MELODÍA

44.—La *melodía* es cualidad externa del estilo, y resulta del grato sonido de las palabras y de la acertada distribución de los acentos y pausas en la frase. Se considera como cualidad esencial porque los sonidos duros y desapacibles, las frases mal cortadas, los acentos y pausas mal distribuídos, incomodan y hasta repugnan de tal suerte, que un estilo con esos defectos es en realidad insoportable.

Pero no hay que dar importancia mayor á este punto. Un oído, por poco delicado que sea, busca instintivamente la melodía, y por otra parte, el esmero en buscarla ocasiona fácilmente el predominio de lo musical sobre lo literario, del sonido sobre el pensamiento. Y también es muy cierto lo siguiente que dice á este propósito un notable pensador:

«Dígase lo que se quiera, lo que particularmente constituye el sonido y la armonía de las palabras, es su significado. Así como en la música el oído halaga al espíritu, así en la armonía del discurso, el espíritu es el que halaga al oído. Exceptuando unas pocas palabras excesivamente ásperas y otras muy melodiosas, las lenguas se componen de palabras de sonidos indiferentes, y según lo que ellas signifiquen, serán ó no agradables, aun para el oído.» (Joubert).

Basta, por tanto, con evitar los sonidos demasiado desapacibles y monótonos, y cuidar de que no sea muy desigual y brusca la cadencia de la frase, y que su movimiento se armonice con el movimiento de las ideas.

CAPÍTULO II

LAS ELEGANCIAS (1)

45.—Hemos dicho que *elegancias* son los recursos que los elementos del estilo, esto es, los pensamientos y el lenguaje, ofrecen para realzar la expresión y darle belleza y eficacia.

Dividiremos las elegancias en tres especies:

- 1.º De lenguaje;
- 2.º De pensamiento;
- 3.º De lenguaje y pensamiento, ó *figuras*.

(1) Véase la nota D.

1.º—ELEGANCIAS DE LENGUAJE

46.—El objeto general de estas elegancias es llamar la atención hacia ciertas palabras y, por consiguiente, á la idea que representan, con lo cual se da á la expresión viveza y energía.

47.—La manera más natural de llamar la atención hacia algunas palabras es insistir en ellas, *repetirlas*, y esto puede hacerse de varios modos, según se ve en los siguientes ejemplos:

1.º *Levántate, levántate* y vístete de fortaleza, brazo del Señor, levántate como en los días antiguos, y en las generaciones de los siglos.—(GRANADA).

2.º Parece que los gitanos nacieron en el mundo para *ladrones*: nacieron de padres *ladrones*, críanse con *ladrones*, estudian para *ladrones*, y finalmente salen con ser *ladrones* corrientes y molientes á todo ruedo.—(CERVANTES).

3.º A usurparos vienen cuanto habéis adquirido, y hacerse dueños de *vuestra* libertad, de *vuestras* haciendas, de *vuestras* esperanzas. *Suyas* han de llamar vuestras victorias, *suya* la tierra que habéis conquistado con vuestra sangre, *suya* la gloria de vuestras hazañas.—(SOLÍS).

4.º Todas las cosas tenemos en Cristo, y todas ellas nos es Cristo. *Si* deseas ser curado de tus llagas, médico *es*; *si* ardes con calentura, fuente *es*; *si* te fatiga la carga de los pecados, justicia *es*; *si* tienes necesidad de ayuda, fortaleza *es*; *si* temes la muerte, vida *es*; *si* quieres huir de las tinieblas, luz *es*; *si* deseas ir al cielo, camino *es*.—(GRANADA).

5.º Los pueblos invocaban á *Marco Aurelio* y *Marco Aurelio* los consolaba en sus desdichas. Todos adoraban á *Marco Aurelio* y *Marco Aurelio* huía de sus inciensos.—(CAPMANY).

6.º *Cristiano* soy, éste es mi nombre, éste es mi linaje, ésta es mi naturaleza, y no soy otra cosa sino *cristiano*.

7.º Y así como suele decirse el gato al *rato*, el *rato* á la *cuerda*, la *cuerda* al palo; daba el arriero á *Sancho*; *Sancho* á la *moza*; la *moza* á él, el ventero á la *moza*, y todos menudeaban con tanta prisa, que no se daban punto de reposo.—(CERVANTES).

48.—También se llama la atención hacia las palabras *aislándolas*. Una palabra colocada entre dos pausas, por breves que sean, absorbe ella sola la atención y toma gran realce.

Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras...

(FR. L. DE LEÓN).

Y todavía el realce se aumenta mucho, si cada palabra va inmediatamente precedida de una misma conjunción, lo cual es un modo de aislarla.

Y el santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero.

(HERRERA).

49.—Cuando se emplean varias palabras aisladamente, la frase refleja ciertos movimientos del ánimo, como la vehemencia ó un grande anhelo. Y es forma que expresa con naturalidad esos afectos, porque cuando el ánimo está vivamente impresionado, los pensamientos buscan cómo encerrarse en pocas palabras, dejando de mano todas aquellas otras que no sean estrictamente necesarias.

Las frases holgadas, desenvueltas y unidas, son propias de un ánimo sereno. Conforme el ánimo va alterándose, las frases se abrevian naturalmente, lo poco

importante se calla, los miembros de la frase se desunen; y cuando se llega al más alto punto de los afectos, las frases desaparecen, acuden las palabras cortadas, y por fin brotan las exclamaciones, que, en una sola palabra, encierran un pensamiento entero.

50.—La repetición en la frase de unos mismos sonidos, combinando palabras que suenen más ó menos lo mismo ó que terminen en sílabas iguales ó parecidas, da á la expresión viveza, energía y un reflejo de la actividad ó movimiento de las ideas.

Si has de vestir seis pajes, viste tres, y otros tres pobres, y así tendrás para el *cielo* y para el *suelo*.—(CERVANTES).

Y finalmente tenemos muchas habilidades que felice fin nos prometen; porque en la cárcel *cantamos*, en el potro *callamos*, de día *trabajamos*, de noche *hurtamos*, ó por mejor decir *avisamos* que nadie viva descuidado de mirar donde pone su hacienda.—(CERVANTES).

51.—La combinación de palabras que tengan entre sí cierta analogía por los accidentes gramaticales, también ofrece las ventajas que acabamos de ver en el número anterior.

La victoria el matador
Abrevia, y el que ha sabido
Perdonar la hace mejor,
Pues mientras vive el *vencido*
Venciendo está el *vencedor*.

Pero es preciso usar con suma parsimonia éstas y las anteriores elegancias, porque luego llevan á la monotonía y á la afectación de agudeza.

2.º—ELEGANCIAS DE PENSAMIENTO

52.—La *antítesis* hace resaltar una idea contraponiéndole otra.

Porque, á la verdad, no hay cosa tan diferente de que el hombre quiere parecer mientras vive, que la figura y el ser con que le deja la muerte. Vivo, es brioso, soberbio, arrogante, enemigo de rienda y de ley; muerto, es corrupción y vileza, sujeta al desprecio de todos.—(FR. LUIS DE LEÓN).

53.—La *paradoja* atribuye á un objeto cualidades que serían contradictorias si se tomaran á la letra las palabras; pero que se concilian por cierto enlace ingenioso que al punto descubrimos.

Esta elegancia debe ser muy oportuna y espontánea para que no muestre artificio.

¿Qué vale el no tocado
tesoro, si corrompe el dulce sueño,
si estrecha el fudo dado,
si más enturbia el ceño,
y deja en la *riqueza pobre* al dueño?

(FR. LUIS DE LEÓN).

54.—La *gradación* da fuerza y novedad á los pensamientos exponiéndolos en escala ascendente ó descendente.

«Nada tratas, nada maquinas, nada piensas, que yo no sepa, no vea, no adivine».—(CICERÓN).

55.—La *amplificación* es un modo de insistir en

alguna idea importante, presentándola por distintos lados ó en distinta forma.

Anciano! en todo la verdad dijiste;
Pero Aquiles pretende *sobre todos*
Los otros ser, á todos dominarlos,
Sobre todos mandar, y como jefe
Dictar leyes á todos; y su orgullo
Inflexible será.

(HOMERO).

56.—El *epíteto* es una expresión adjetiva que caracteriza á un objeto sin determinarlo.

Esta elegancia es la más usada y con razón, porque es muy conforme con la naturalidad, reposa la atención de una manera agradable, da holgura á la frase y embellece al pensamiento. Con todo, más se aviene con las gracias de la poesía que con la natural sobriedad de la prosa.

Es muy común, por desgracia, que abusen de ella, empleándola para encubrir con palabras la pobreza de ideas; para alargar frases vacías y redondear períodos. No hay escritor mediano ó poeta adocenado que no desparrame á manos llenas los epítetos, sin que nada le importe que sean vagos, impropios, vulgares, ociosos ó inoportunos. La abundancia de epítetos de esta especie es señal cierta de pobreza de ingenio.

En el admirable soneto de Lupercio Argensola *Al sueño*, puede observarse la acertada elección de los epítetos.

El poeta ha soñado que ha muerto una persona á quien amaba, y dirigiéndose al sueño le dice:

Imagen espantosa de la muerte
Sueño cruel! no turbes más mi pecho
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo solo de mi adversa suerte.

Busca de algún tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo
O el rico avaro en el angosto lecho,
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
O al sobornado siervo el hierro oculto.

Y el otro sus riquezas descubiertas
Con llave falsa ó con violento insulto;
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

57.—Un ingenio vivo ó el ánimo excitado por fuertes pasiones tiende naturalmente á dar cualidades humanas al objeto que lo ocupa, sea éste entidad abstracta ó sér inanimado. Á la forma que en tales casos toma el pensamiento se da el nombre de *prosopopeya*.

La codicia en los brazos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas
Y la ambición se ríe de la muerte.

(FERNÁNDEZ DE ANDRADE).

Dan voces contra mí todas las criaturas, y dicen: Venid y destruyamos á este injuriador de nuestro criador. La tierra dice: ¿Por qué le sustento? El agua dice: ¿Por qué no le ahogo? El aire dice: ¿Por qué le doy huelgo? El fuego dice: ¿Por qué no le abraso? El infierno dice: ¿Por qué no le trago y atormento?—(P. GRANADA).

58.—El *símil* consiste en comparar expresamente una cosa con otra para dar idea viva y eficaz de una de ellas.

Como los ríos que en vèloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

(FERNÁNDEZ DE ANDRADE).

59.—La *hipérbole* aumenta ó disminuye excesivamente la verdad de aquello de que se habla.

Cosas tenedes el Cid
Que farán hablar las piedras.

(ROMANCERO).

60.—Consiste la *perífrasis* en nombrar alguna persona ó cosa, no por su propio nombre, sino por medio de alguna cualidad señalada y característica de ella, que la hermosee ó la presente con delicadeza.

La luna cómo mueve
la plateada rueda, y va en pos della
la luz do el saber llueve,
y la graciosa estrella
de amor la sigue reluciente y bella.

(FR. LUIS DE LEÓN).

El poeta se refiere á Mercurio y Venus.

61.—La *ironía* consiste en exponer la cosa de tal modo que se manifieste claramente que lo cierto es lo contrario de lo que se está diciendo.

En la Eneida, Turno, en su respuesta á Drances, atribuye irónicamente á éste las hazañas que él había hecho, y le dice:

Truena por tanto en elocuentes voces
como sueles hacerlo, y de cobarde
me acusa, ó Drances; puesto que tu diestra

de cadáveres teucros ese campo
dejó sembrado, y tu valor publican
erigidos en él tantos trofeos.

62.—La *preterición* finge pasar por alto lo mismo que se está diciendo. Es un modo de llamar enérgicamente la atención á una cosa sin insistir en ella. Ejemplo:

Paso á los puntos que conciernen, no á la infamia personal de tus vicios, no á tus torpezas y desórdenes domésticos, sino al mayor interés de la República y á la vida y seguridad de todos nosotros. —(CICERÓN).

3.º — ELEGANCIAS DE LENGUAJE Y PENSAMIENTO Ó FIGURAS

63.—La percepción viva de una idea nos incita á representarla en forma sensible: es condición natural del hombre. Y hay ocasiones en que la representación sensible es de tal fuerza que envuelve á la idea, bien que transparentándola, y le da su nombre. En tales casos vemos la idea encarnada en esa forma sensible que la *figura* ó representa. Por eso á esta especie de expresiones se da el nombre de *figuras*.

Por ejemplo: un anciano, vejado por un mozo insolente le dice con indignación: ¡Respetá mis *canas*! *Canas* está aquí por *ancianidad*. La idea de *ancianidad* no está enunciada directamente por la palabra que le es propia, sinó que se presenta en la forma ó figura de las *canas*, que es el atributo físico más noble y visible de la ancianidad, y el más propio para manifestar esta idea con rapidez y energía.

64.—En las elegancias de lenguaje y pensamiento, llamadas *figuras* como se acaba de decir, toma parte el pensamiento en cuanto en ellas una idea es envuelta por otra, y el lenguaje en cuanto se quita á la palabra su significado propio para darle otro accidental.

El significado propio de *canas* es cabellos que se han vuelto blancos, y en el ejemplo que hemos puesto se da á esa palabra el significado de *ancianidad*. Este otro sentido que damos á la palabra se llama *sentido figurado*, porque sirve para *figurar* ó representar sensiblemente la idea.

65.—El símil, la prosopopeya, dan también á la idea forma sensible; pero lo hacen por asociación, esto es, agregando otra idea de un objeto sensible que la realce y hermosee. Esas elegancias siempre enuncian *directamente* la idea, mientras que las figuras no la enuncian directamente sinó *figuradamente*.

Si digo: *la juventud es como (ó es) la primavera de la vida*, hago una comparación y aquí enuncio directamente la idea de *juventud*.

Si digo: *Carlos murió en la primavera de la vida*, hago una figura. La idea de *juventud* está enunciada *figuradamente*.

Conviene notar esta diferencia porque las figuras corresponden á un grado de excitación del ánimo mayor que el que corresponde á las otras elegancias. Sin embargo, el uso que todo lo deslucce y todo lo deshace, ha introducido en el lenguaje corriente una multitud de expresiones figuradas que ya han pasado á ser propias; pero siempre que se emplee una expresión figu-

rada que sea nueva hay que tomar en cuenta la observación que se ha hecho respecto á la excitación del ánimo.

En general se da el nombre de *imagen* á cualquiera expresión que pinta las cosas á lo vivo y bellamente.

66.—Las figuras se clasifican según la relación que hay entre las ideas significadas por la expresión recta y la figurada. Esta relación puede ser de semejanza (*metáfora*), de sucesión ó dependencia (*metonimia*) ó de comprensión (*sinécdoque*).

Ejemplos de metáfora: La flor de la juventud. La cumbre del poder. Las perlas del rocío. La nave del Estado. El escudo de la inocencia.

La metáfora, cuando es continuada, toma el nombre de *alegoría*. Por ejemplo, si alguien, refiriéndose á la muerte de un gran ministro de Estado, dijese: «Cayó la columna que sostenía el edificio de la prosperidad pública.»

Hay composiciones literarias escritas por entero en esta forma, y que llevan tambien el nombre de *alegoría*.

Ejemplos de sinécdoque.

1.º En que se toma la parte por el todo. Cien *velas*, por cien buques. Quince *abrilés*, por quince años. La *Providencia*, por Dios. Cien *cabezas*, por cien animales.

2.º Del todo por la parte. Relucían *las picas*, por los hierros de las picas.

3.º De la materia por la obra. El *bronce* por el cañón ó la campana. El *acero*, por la espada.

4.º Del singular por el plural ó viceversa, del nú-

mero determinado por otro indeterminado. El *hombre*, el *chileno*, por los hombres, los chilenos. La patria de los *Cicerones* y *Virgilios*, por la patria de Cicerón y Virgilio. *Cien* veces te lo he dicho, por muchas veces.

5.º Del género por la especie. Los *mortales*, por los hombres.

6.º De la especie por el género. No sabe ganar el *pan*, por todos los alimentos.

7.º Del individuo por la especie. El *apóstol*, por San Pablo. A este caso de sinécdoque dan el nombre de *ántonomasia*.

La metonimia se reduce á tomar el antecedente por el consiguiente, ó la causa por el efecto y vice versa. Tiene un *pincel* delicado, por pinta con delicadeza.—Ganar el pan con el *sudor* de su rostro, por ganarlo con el trabajo.—Cedan las *armas* á la *toga*, por ceda la fuerza á la justicia.



PARTE SEGUNDA

LOS GÉNEROS LITERARIOS

67.—Las composiciones literarias pueden tener como fin próximo la belleza, la utilidad, ó una y otra cosa.

De aquí proviene que se dividan en tres géneros principales, que desde muy antiguo han recibido los nombres de *Poesía*, *Didáctica* y *Oratoria*.

CAPÍTULO I

POESÍA

68.—*Poesía* es la manifestación de la belleza por medio de la palabra.

Poeta es aquel que está dotado de la facultad de concebir y sentir la belleza y de expresarla por medio de la palabra.

Poema es toda composición poética en general y particularmente las de alguna extensión.

Arte poética es el conjunto de reglas y observaciones relativas á la poesía.

69.—La belleza poética debe tener por fundamento la realidad y debe tender á la universalidad.

Debe tener por fundamento la realidad, porque la impresión del poeta es ocasionada por la naturaleza, y la forma que la impresión toma en el poeta es también proporcionada por la naturaleza. Por tanto, el poeta debe observar y estudiar constantemente la naturaleza, la realidad, el mundo de su propia alma y el mundo exterior, porque en eso está la fuente y la forma de la belleza.

Debe tender á la universalidad, porque la impresión que el poeta experimenta cuando contempla algún objeto, no precede de lo que éste tenga de particular y propio, sino que el poeta descubre en el objeto algo de común ó semejante con su modo de ser, con la vida, con las aspiraciones del alma, con los afectos, y esto es lo que lo impresiona.

La poesía es como un reflejo de la universal armonía de la creación, concentrada en nuestra alma, y cuanto más descubre de esta armonía el ingenio del poeta, tanto más alta es la belleza y tanto más universal y humana.

70.—Como se ve, hay dos elementos en un poema como en toda obra de arte: uno que es proporcionado por la naturaleza, por el mundo, por la realidad. Esto es *lo real*.

Otro elemento es lo que el ingenio descubre en la naturaleza, y que añade á la naturaleza al servirse de ella para manifestar la impresión poética. Esto es *lo ideal*.

El poeta que descuida la naturaleza ó la violenta para conformarla á sus ideas, es *idealista*.

El que reproduce la naturaleza, ocultando ó disimulando la impresión que ella le puede haber ocasionado, es *realista*.

Ambas tendencias tienen algo de falso. Lo real y lo ideal no se oponen mutuamente sino que lo uno debe completar á lo otro, como vemos en efecto que así sucede en las obras maestras de los grandes ingenios. La perfección de la obra poética está en el equilibrio de lo ideal y de lo real, esto es en la manifestación sincera de la impresión y en la verdad ó realidad de la forma. •

71.—Muy particularmente debe resplandecer en la obra poética la variedad en la unidad, condición general de belleza en toda composición literaria. Esta armonía, relación ó proporción de las partes de la obra entre sí, y con el todo entra en la belleza misma que se trata de manifestar, porque, en la obra poética, el fondo y la forma, el concepto y su expresión sensible se presentan al poeta como un solo todo, se compenetrán mutuamente, de suerte que las faltas de la forma dañan tanto al conjunto como alguna falta del concepto mismo.

72.—No hay belleza sin verdad. Pero la poesía admite como verdad lo *verosímil*, lo que tiene apariencia de verdadero, lo que es creíble por ser posible.

El poeta crea; pero su creación no está, por cierto, en sacar algo de la nada, sino en formar objetos nuevos con elementos reales y existentes. Puede combi-

narlos y animarlos á gusto de su fantasía; pero sin que nos repugnen, sin que falten á las leyes generales de la realidad. (1)

73.—El lenguaje de la poesía, como elemento externo de la forma y medio sensible de expresión de la belleza, debe ser singularmente bello. La abundancia de imágenes, epítetos, figuras, elegancias, es natural en la poesía. No son simples adornos que realzan el concepto, sino que corresponden á aquello que se expresa y al estado del alma del expresante.

74.—La palabra, como sonido, también contribuye á la belleza sujetándose á una ley musical ó ritmo, y formando el verso, según se verá en el capítulo que trata de la versificación.

75.—Para el embellecimiento de la dicción y para facilitar al poeta el empleo del lenguaje rítmico, se le permiten ciertas transgresiones de las reglas gramaticales, y el uso de palabras anticuadas, nuevas ó reservadas para la poesía. Pero es preciso aprovechar con extremada moderación estas licencias poéticas, como se las llama, y dentro de los límites más ó menos determinados por el uso.

Las licencias más comunes consisten en añadir ó suprimir letras y sílabas, como decir *do*, *entonce*, *infelice*, por *donde*, *entonces*, *infeliz*; el empleo de las palabras propias de la poesía, como *undívago*, *almo*, *flamígero*; el cambio de acento, como *oceáno*, por océano.

En cuanto al orden de las palabras, tiene la poe-

(1) Véase la nota E.

sía bastante libertad para hacer transposiciones que no serían tolerables en la prosa; pero siempre hay que tener mucho cuidado de que no se oscurezca el sentido.

De otras licencias que consisten en formar ó disolver diptongos, se tratará en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II

VERSIFICACION (1)

76.—*Verso* es la palabra ó palabras sujetas á cierta ley que se llama *metro*.

Arte métrica es el conjunto de preceptos para hacer y combinar versos.

77.—Hay dos elementos esenciales en el verso: *el número de sílabas* y *la colocación de los acentos*, y un elemento accidental que es la *rima*.

78.—Las sílabas se cuentan según las reglas gramaticales; pero hay que tomar en cuenta la *sinalefa*, la *sinéresis*, la *diéresis* y el *acento de la última palabra del verso*.

79.—La *sinalefa* consiste en lo siguiente: cuando una palabra termina en vocal y la siguiente comienza por vocal, en vez de formar dos sílabas estas vocales, se confunden y forman una sola sílaba. La *h* muda no estorba la sinalefa; v. gr.

Se despedaza en hórrido estampido.

(1) Véase la nota F.

Este verso tiene trece sílabas; pero, por la sinalefa, las sílabas se reducen á once.

80.—La *sinéresis* forma una sola sílaba ó diptongo de dos vocales de distintas sílabas, dentro de una misma palabra; v. gr.

El león rey de los bosques poderoso.

81.—La *diéresis* disuelve un diptongo. Se indica por dos puntitos llamados *crema*; v. gr.

Ajusta al morrión plumero ufano,

82.—Si es aguda la última palabra del verso, se cuenta una sílaba más; si es esdrújula, se deja de contar una sílaba.

Los tres versos siguientes son de cinco sílabas:

Hoy sola y mísera
me ves llorando
á par de tí.

Según la acentuación de la última palabra del verso, toma éste el nombre *llano* ó *grave*, *agudo* ó *esdrújulo*.

83.—Hay en castellano versos de dos hasta catorce sílabas; pero los de una, dos y tres son muy poco usados, y aun no se consideran como versos, porque no alcanzan á dar lugar á inflexiones armoniosas. Casi no se ven de nueve y trece sílabas porque son muy desapacibles. Los de catorce son formados por dos de á siete sílabas, y los de doce por dos de á seis.

El descanso natural que se hace en medio de los versos largos se llama *cesura*, y á las porciones en que

la cesura divide al verso se da el nombre de *hemistiquios*, v. gr.:

De pompa ceñida—bajó del Olimpo
La diosa que en fuego—mi labio encendió.

84.—He aquí ejemplos de las distintas especies de versos.

- De 4. Tantas idas
 Y venidas,
 Tantas vueltas,
 Y revueltas,
 Quiero amiga,
 Que me diga, etc.
- De 5. Ven, prometido
 Jefe temido,
 Ven y triunfante
 Lleva delante
 Paz y victoria.
- De 6. Parad, avecillas,
 No inquietas voléis,
 Que en plácido sueño
 Respira mi bien.
- De 7. Pensaba cuando niño
 Que era tener amores
 Vivir en mil delicias,
 Morar entre los Dioses, etc.
- De 8. Si tienes el corazón,
 Zaide, como la arrogancia,
 Y á medida de las manos
 Dejas volar las palabras, etc.
- De 10. ¿Quieres decirme, zagal garrido
 Si en este valle, naciendo el sol,
 Viste á la hermosa Dórica mía,
 Que fatigado buscando voy?

En esta forma el verso de diez sílabas se presenta como la reunión de dos versos de cinco. La siguiente es otra forma en que el verso no se divide.

A tí, pues, oh Señor, suplicamos
Que benigno á tus siervos socorras;
A los mismos que ya redimiste,
Derramando tu sangre preciosa, etc.

De 11. ¿Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra,
Que los antiguos robles ciento á ciento
Y los pinos altísimos atierra,
Y de tanto destrozo aun no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
A la de Filis con Alcino airada.

De 12. ¡Bien venga la hermosa! ¡Bien venga el amante!
Derraman sus ojos celeste fulgor,
Aquí está su pueblo cual siervo anhelante
Que rinde la vida si place á su amor.

De 14. Palomas de los valles, prestadme vuestro arrullo;
Prestadme, claras fuentes, vuestro gentil amor;
Prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo,
Y cantaré á par vuestro la gloria del Señor.

85.—Como ya se dijo, otro elemento indispensable en el verso es *el acento*. Cada especie de versos debe llevar acentuadas ciertas sílabas, como sigue:

El de cuatro sílabas, la primera y tercera.

El de cinco sílabas, la cuarta, y también la primera cuando acompaña á los endecasílabos llamados *sáficos* en la estrofa *sáfico-adónica*.

El de seis sílabas, la segunda y la quinta. Se usa generalmente en las letrillas.

En el de siete sílabas, no hay regla para la colocación del acento; pero resulta más melodioso cuando van acentuadas la segunda, cuarta y sexta. Es usado en las anacreónticas.

El de ocho sílabas tampoco tiene regla para la colocación del acento, salvo el de la penúltima sílaba, que es indispensable en todo verso. El octosílabo es muy popular: ha sido empleado en el Romancero y es muy usado por los poetas dramáticos.

El de once sílabas es el verso más noble y arrogante del castellano. Tiene dos estructuras: conforme á la una debe llevar acentuadas la sexta y décima sílabas, y conforme á la otra, la cuarta, octava y décima. Toma el nombre de sáfico cuando, á más de estas tres sílabas, lleva también acentuada la primera del verso.

El de doce sílabas no es más que la reunión de dos de seis; y el de catorce se compone de dos de siete sílabas, como ya se advirtió antes.

Mas importante que aprender de memoria estas reglas, es ejercitar el oído con la lectura y recitación de buenas poesías. Esto solo basta para no equivocarse en la medida y acentuación de los versos.

86.—*Rima* es la igualdad ó semejanza de terminación en las últimas palabras de los versos. Es imperfecta ó *asonante*, cuando sólo son iguales las vocales de la última palabra del verso desde la vocal acentuada. Cuando, desde dicho acento, son iguales las vocales y las consonantes, la rima es perfecta ó *consonante*.

Son consonantes *viento* y *lamento*, y asonantes *nube* y *perfume*.

Pueden asonar dicciones graves con esdrújulas, como *mustio* y *fúlgido*.

En la sílaba final grave ó esdrújula, la *i*, si está sola, se reputa por *e*, á causa de la semejanza de estas vocales inacentuadas, y la *u*, en iguales circunstancias y por la misma razón, se reputa por *o*. Débil asuena con verde, espíritu con racimo.

No deben usarse los consonantes asonantados.

Como en la última palabra del verso cae siempre un acento necesario y á ella sigue una pausa, dicha palabra toma importancia, por lo cual conviene que sea singularmente melodiosa y que exprese una idea algo importante.

Es preciso evitar los consonantes monótonos y demasiado comunes, como las terminaciones verbales en *aba*, *ando*, etc., los adverbios que acaban en *mente*, los nombres verbales en *ción*, *miento*, y otras desinencias parecidas.

87.—Versos *libres* son los que llevan rima sin sujeción á regla; *sueltos* ó *blancos*, son los que carecen de rima.

88.—Los versos se combinan de una manera continuada ó formando grupos iguales unos á otros, que se llaman *estrofas*.

89.—A la combinación continua pertenecen el *romance* y la *silva*.

90.—El *romance* se compone de un número indeterminado de versos octosílabos, endecasílabos y también heptasílabos, en los cuales se emplea un mismo aso-

nante en los pares, quedando libres los impares. El romance endecasílabo se llama *heróico*.

Ejemplos:

Ya cubre la primavera
Con mil flores la campaña
Y deja atrás el invierno
Que abrasa cualquiera planta;
Ya cual de fiero enemigo
Huye, volviendo la cara,
Temeroso del rigor
De la nieve y de la escarcha, etc.

(ROMANCERO).

¡Pobre barquilla mía
Entre peñascos rota,
Sin velas, desvelada,
Y entre las olas sola!
¿Adónde vas perdida?
¿Adónde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas...

(L. DE VEGA).

Todo reposa ¡oh Dios! ¿cómo es posible
Que estos perversos con descanso duerman
Y que solo el silencio se interrumpa
Por el triste gemir de la inocencia?

(QUINTANA).

Los romances menores de siete sílabas se llaman *romancillos*. Por ejemplo:

Blanca y bella ninfa
De los ojos negros
Huye los peligros
Del hijo de Venus.
Los oídos tapa
A sus mensajeros
Como el áspid libio
Al sabio hechicero.

(ROMANCERO).

91.—La *silva* combina libremente heptasílabos y endecasílabos, rimados al arbitrio del poeta, y algunos sueltos. Ejemplo:

Cantemos al Señor que en la llanura
Venció del ancho mar al trace fiero;
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente de Faraón, feroz guerrero;
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar y descendieron
Cual piedra en el profundo, y tu ira luego
Los tragó como arista seca el fuego.

(HERRERA).

92.—Las principales estrofas son las siguientes:

El *terceto* se compone de versos endecasílabos que consueñan de este modo: el primero con el tercero, y el segundo con el primero y tercero del terceto siguiente. Para que no quede suelto el segundo del último terceto, se termina con un cuarteto.

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son do el ambicioso muere
Y donde al más astuto nacen canas.

El que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.

(FERNÁNDEZ DE ANDRADE).

El *cuarteto* consta de cuatro versos endecasílabos de los cuales consueñan el primero con el cuarto y el segundo con el tercero; ó alternadamente, y en este caso el cuarteto se llama *serventesio*. También es muy usado el cuarteto de ocho sílabas, y toma el nombre de *cuar-*

teta si va la rima alternada, y si riman el primero con el cuarto y el segundo con el tercero, se llama *redondilla*.

Ejemplos: Aquí yacen de Carlos los despojos:
La parte principal volvióse al cielo,
Con ella fué el valor; quedóle al suelo
Miedo en el corazón, llanto en los ojos.

(FR. L. DE LEÓN).

Tú diste luz al vasto firmamento,
Su asiento al mundo, su lindero al mar;
Su trono al sol, sus alas diste al viento,
Los cielos ves bajo tus pies rodar.

(M. DE LA ROSA).

¡Cuán grande á Dios se concibe
En aquesta soledad!
¡De quién sino de Él recibe
Su aliento la tempestad!

(ZORRILLA).

Si es ó no invención moderna,
Vive Dios que no lo sé,
Pero delicada fué
La invención de la taberna.

(ALCÁZAR).

La *quintilla* consta de cinco versos octosílabos, que riman al arbitrio del poeta, con tal que los dos últimos versos no rimen uno con otro. Por ejemplo:

No ser querida y amar,
Fuera triste desplacer;
Más ¿qué tormento ó pesar
Te puede, ninfa, causar
Ser querida y no querer?

(G. POLO).

En la *estrofa lírica*, llamada comunmente «de fray Luis de León», el primero, tercero y cuarto son heptasílabos, y el segundo y quinto endecasílabos. Riman el primero con el tercero, y el segundo con cuarto y quinto. Ejemplo:

Quien de dos claros ojos
Y de un cabello de oro se enamora,
Compra con mil enojos
Una menguada hora,
Un gozo breve que sin fin se llora.

(FR. L. DE LEÓN).

La *seguidilla* consta de siete versos de siete y cinco sílabas que forman dos estrofas asonantadas:

El amor es un pleito;
Pero en su audiencia,
Las mujeres son parte
Y ellas sentencian
Y aunque lo ganen
Condenados en costas
Los hombres salen.

La *octava real*, propia de los poemas épicos, se compone de ocho versos endecasílabos, de los cuales los seis primeros riman alternadamente y los dos últimos riman entre sí, esto es, son *pareados*. Ejemplo:

Chile, fértil provincia y señalada
En la región antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa:
La gente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamás regida
Ni á extranjero dominio sometida.

(ERCILLA).

La *sextina* es como la octava real, menos los dos primeros versos.

La *décima ó espinela*, consta de diez versos. Riman de este modo: el primero con el cuarto y quinto; el segundo con el tercero; el sexto con el séptimo y el décimo, y el octavo con el noveno. Ejemplo:

Cuentan de un sabio que un día
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas yerbas que cogía.
¿Habrá otro (entre sí decía)
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió
Halló la respuesta viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hojas que él arrojó.

(CALDERÓN).

Consta el *soneto* de catorce versos endecasílabos, divididos en dos cuartetos y dos tercetos. Ambos cuartetos tienen unos mismos consonantes, y los tercetos varían en su formación. En la pág. 35 se ha dado un ejemplo.

Hay varias otras combinaciones métricas menos usadas que aquí no se mencionan; y muchas más puede haber, porque el lenguaje castellano se presta para estas combinaciones, como á cada paso lo estamos viendo en las poesías.

CAPÍTULO III

LOS GÉNEROS POÉTICOS

93.—La belleza se divide en *subjetiva* y *objetiva*.

Subjetiva es la belleza de los afectos que experimenta en su interior el poeta, el yo, el *sujeto*.

Objetiva es la belleza que descubre el poeta en lo que no es él, en el mundo, en los *objetos* exteriores.

De esta división de la belleza procede la división de la poesía en *lírica* ó subjetiva, *épica* ú objetiva, y *dramática*, en la cual de algún modo se reúnen una y otra especie de belleza:

La objetiva, por cuanto el autor desaparece por completo; y la subjetiva, por cuanto los personajes realizan ellos mismos la acción dramática, descubriendo los más internos y secretos móviles de sus actos.

1.º — POESÍA LÍRICA

94.—En las composiciones líricas, el poeta manifiesta directamente la belleza de los sentimientos que en su propia alma ocasionan los objetos.

El nombre de *lírica* viene de *lira*, instrumento musical que usaban los antiguos para acompañar el canto.

95.—El carácter distintivo de esta especie de poesía, es la personalidad misma del poeta en cuanto al fondo, y la exposición más ó menos directa en cuanto á la forma.

96.—Se comprende que la variedad de poesías líricas sea numerosísima, fundado como está dicho género en la personalidad del poeta. Sin embargo, se ha acostumbrado clasificarlas en vista de ciertas composiciones que por muchos siglos han servido de tipo ó modelo.

Las principales especies son la *oda* y la *elegía*.

En la oda se manifiestan afectos vehementes y encendidos, despertados por las acciones heroicas, la religión, las altas virtudes, los grandes inventos. En el primer caso, sobre todo, es natural en la oda cierto desorden de los pensamientos, propio del hombre dominado por una admiración entusiasta.

La palabra *oda* tiene también un significado más general y vago, que comprende á casi toda clase de poesía lírica.

Cuando el asunto de la oda versa sobre un afecto suave, delicado, gracioso, toma el nombre de *anacreónica*, de Anacreonte, eximio poeta griego.

La *elegía* lamenta las desgracias públicas y privadas; pero también se presta para asuntos amorosos.

97.—Las poesías líricas compuestas para el canto se designan con el nombre de *canciones*, y con el de *himnos* si están destinadas á celebrar á los grandes hombres, á sucesos memorables, á honrar á Dios ó á los santos. Si se componen de coplas sueltas se llaman *cantares*.

Como la oda y la elegía, la *canción* es también nombre poco determinado. Hay poesías que se llaman canciones sin estar destinadas al canto; pero que, por su

tono ardiente y elevado, parecen vibrar como un canto del alma.

98.—Cuando se expone con brevedad un pensamiento agudo, ingenioso ó satírico, la composición toma el nombre de *epigrama*.

99.—Otras poesías se designan por la combinación métrica que usan, como el *soneto*, el *romance*, la *letrilla*.

La *letrilla* se escribe en versos de seis, siete y ocho sílabas, divididos en estrofas iguales, y al fin de cada una se repite un mismo pensamiento, contenido en uno ó más versos, que se llama *estribillo*.

Pero estas clasificaciones son incompletas y no tienen bastante fundamento. Ahora no se acostumbra dar denominaciones genéricas á las poesías líricas, salvo á las destinadas al canto, y el poeta las señala simplemente con un título adecuado al asunto que trata.

2.º — POESÍA ÉPICA

100.—La poesía *épica* manifiesta la belleza de los objetos exteriores en forma principalmente narrativa.

101.—La especie superior de este género es la *epopeya*, ó *poema épico* por excelencia. Su asunto es algún suceso histórico de gran trascendencia en la vida de una nación, ó una fábula ó trama imaginaria que deje ancho campo para abrazar el carácter social, político y religioso de un pueblo ó de una época.

El poema épico requiere las más elevadas dotes del genio, y es prudencia no acometer empresa de tamaña magnitud, sobre todo en épocas como la actual, en que

la vida es muy compleja, y en que los lazos sociales son escasos y flojos, y esos contrariados y estorbados á cada paso por los intereses individuales, que son los que ahora generalmente predominan.

102.—Hay en la poesía épica otros poemas que son menores.

El poema *heroico cómico* narra algún suceso ordinario ó insignificante con la forma y entonación elevada del poema épico. Del contraste de la forma con el fondo resulta lo cómico, que es lo que en tales poemas se busca.

El *canto épico* versa sobre hazañas heroicas, y participa de las composiciones líricas por el grande y personal entusiasmo que manifiesta el poeta.

El *cuento* en verso narra poéticamente sucesos imaginarios y fantásticos; y si el argumento se apoya en alguna tradición popular se llama *leyenda*.

3.º — POESÍA DRAMÁTICA

103.—La poesía *dramática* manifiesta la belleza de la vida humana por medio de una acción representada por personajes reales con todos los caracteres de la realidad.

104.—Las pasiones y los caracteres se manifiestan en toda su fuerza, de un modo culminante, cuando encuentran obstáculos que les estorban ó contrarían. Estos momentos de lucha son los que forman el fondo de las obras dramáticas.

Si al poeta impresiona particularmente la lucha de

las pasiones entre sí ó de ellas con la razón y los deberes del hombre, lucha dolorosa, de resultados terribles ó decisivos en la vida, entonces la obra se llama *tragedia*. Con el objeto de realzar el asunto y darle mayor fuerza, se eligen casos excepcionales y extraordinarios de la vida para formar la trama. Los personajes que en ella figuran son capaces de grandes pasiones, y poderosos lo bastante para abrigar la esperanza de satisfacerlas.

Si al poeta impresiona el contraste de los caracteres ó inclinaciones del hombre, lo que también es lucha, bien que risible y amena, la obra se llama *comedia*. Y para que se desenvuelva en un mundo apropiado, se eligen sucesos de la vida ordinaria y personajes comunes.

Pero en la vida real no es frecuente hallar de tal suerte divididos los actos humanos, sino que á menudo se mezclan y alternan lo trágico y lo cómico. Cuando el poeta contempla la vida de este modo más amplio y más conforme con la naturaleza, la obra se llama *drama*. También se da este nombre á obras que son tragedias en el fondo; pero que no se ajustan del todo á la forma de la verdadera tragedia, sino que toman sucesos y personajes de la vida común ó muy cercanos á ella.

105.— Como cualquiera narracion, la acción dramática se divide en exposición, nudo y desenlace. Lo principal está en el nudo. El desenlace ha de ser rápido, sin prisa ni violencia; y la exposición, natural y sencilla en lo posible. Los pobres de ingenio se valen de diver-

esos artificios para exponer el asunto: los monólogos, ó discursos á solas, y las confidencias son ya en esto inaceptables

106.—El autor dramático no debe olvidar por un momento al público. Es menester que, en el desenvolvimiento de su obra, se ciña al tiempo que acostumbra permanecer los espectadores en el teatro, y que la divida proporcionadamente en partes ó *actos*, para dar descanso al auditorio y verosimilitud á los cambios de lugar y tiempo. Las *escenas*, partes del acto señaladas por la entrada y salida de los personajes, deben ser animadas sin prolongarse mucho.

107.—Como el autor tiene un tiempo limitado, debe condensar la acción en lo posible, sin dejarse llevar por ningún motivo á digresiones, narraciones, descripciones, episodios y singularmente á trozos de poesía lírica. Se dice esto último, porque no es raro que el poeta, por aprovechar conceptos que le ocurran y que son directa manifestación de sus propios afectos, los ponga en boca de algún personaje; y esto que es obra fuera de lugar, fácilmente se nota, y por bella que sea, perjudica á la unidad, al interés y movimiento de la acción, cosas que no deben perderse de vista ni un instante.

108.—Cuanto haga y diga cada personaje, debe ir encaminado á la manifestación de su carácter y al desenvolvimiento de la acción dramática.

Todo personaje que no contribuya al desenvolvimiento de la acción debe desecharse: ahí lo que no sirve estorba.

109.—Hay obras dramáticas de menor importancia, como los *sainetes*, los *juguets cómicos*, las *petipiezas*, cuyo objeto es ofrecer un simple pasatiempo, ó ridiculizar á la ligera vicios y costumbres.

110.—Finalmente, la música unida á la obra dramática forma la *ópera*, la *zarzuela*, piezas en que la parte literaria está principalmente destinada á servir de apoyo á la música.

4.º — POESÍA MIXTA

111.—Aquí se comprenden varios poemas que en algo participan de los tres géneros poéticos que ya se han visto.

112.—La poesía *bucólica* manifiesta la belleza de la vida campestre, los afectos sencillos de la gente criada en lugares apartados del bullicio y del refinamiento de las grandes ciudades.

Á los poemas bucólicos se les da el nombre de *idilios*. Cuando son en forma de diálogo entre pastores, ó desenvuelven una intriga corta y sencilla, se llaman *églogas*. Ya no se acostumbra que los personajes sean pastores: esto que pudo parecer verosímil á los antiguos, no lo es ya para nosotros.

113.—La *sátira* desahoga poéticamente la indignación del hombre honrado contra los vicios, flaquezas y desórdenes sociales. Unas veces esa indignación estalla enérgica y vehemente; otras veces adopta un tono familiar, y se encubre bajo una burla ingeniosa y de buen humor.

Muy especiales dotes se requieren para no caer en la vulgaridad en la sátira, porque el asunto está muy á la mano de todos. Es preferible no escribir directamente sátiras, sino envolver la indignación ó censura en cualquiera otra forma amable y divertida, de modo que lo satírico se transparente; y resulta así la obra más delicada, y no exige en tanto grado la fuerza y el ingenio que requiere la sátira directa y franca.

114.—La *epístola* es una carta en verso que puede tocar muchos asuntos, y que se presta para tratarlos en tono familiar ó elevado.

115.—El *poema didascálico* ó didáctico procura comunicar verdades científicas con una forma poética. Es muy poco usado, porque no tiene buen éxito esta mezcla de ciencia y poesía.

116.—El *poema descriptivo* tiene por objeto mostrarnos la belleza de los espectáculos de la naturaleza. Es algo como el paisaje en la pintura; pero como la poesía no puede mostrarnos de un golpe el paisaje sino poco á poco, fácilmente el poema resulta monótono por la falta de acción y movimiento, y porque una descripción muy prolongada fatiga la mente.

117.—La *fábula* ó *apólogo* narra una acción alegórica cuyos actores son generalmente seres inanimados ó seres irracionales, unos y otros personificados, y también suelen ser hombres. La intención del autor se expone en una sentencia moral al principio ó más comunmente al fin de la fábula, á menos que la intención aparezca tan clara que no haya necesidad de expresarla directamente.

Los animales irracionales deben conservar en la fábula su carácter, el cual es señalado por las cualidades que en ellos sobresalen y por las que comunmente se les atribuyen.

LA NOVELA

118.—De todos los géneros literarios, ninguno ha alcanzado mayor desarrollo en la época presente, y ninguno es más popular que la *novela*.

Antes era considerada como una simple narración de hechos fingidos para entretener; pero ahora tiene un sentido profundo, una extensión dilatadísima, y abarca la vida humana por entero en sus variadas manifestaciones. Encierra en sí á todos los otros géneros literarios, y lo mismo da lugar á los arranques personales del lirismo, como á la lucha de las pasiones y de los caracteres de la poesía dramática, á las descripciones de la naturaleza, á la historia, á la difusión de conocimientos científicos, á la propaganda de ideas políticas y religiosas.

Es el género más apropiado al carácter de la sociedad moderna, en la cual surge más y más y predomina la personalidad humana. Antes el individuo desaparecía en la sociedad, y conforme á tal concepto estaba ordenada la organización política de las antiguas sociedades. Se estudiaba al hombre en general, se estudiaban los vicios y pasiones de los hombres, y el genio de los poetas supo encarnarlos en tipos de maravillosa belleza; pero no se estudiaban los vicios, pasio-

nes y afectos de cierto hombre, colocado en su lugar, esto es, en su familia, en su clase social, en su ciudad, en su nación. Los personajes manifestaban antes aspiraciones más ó menos colectivas, no esas aspiraciones individuales que tienen sus raíces en la naturaleza humana, y por ahí nos llevan á un conocimiento más verdadero, más profundo y universal del hombre mismo. La novela quedaba encerrada en límites estrechos, y sólo buscaba halagar la imaginación, picar la curiosidad ó despertar el buen humor.

119.—Una obra maestra incomparable abrió á la novela el inmenso campo de la realidad de la vida, el mundo interior y el mundo exterior: esa fué el *Quijote* de Cervantes. Ahí el hombre, esto es el individuo con sus afectos, ideas y aspiraciones personales y al propio tiempo universales y humanas, aparece obrando en el mundo exterior, en la realidad de la vida, y de una vida tan verdadera, tan amplia y luminosa, como ningún otro ingenio ha logrado manifestarla.

120.—Las principales especies de la novela son las siguientes:

La novela *psicológica*, la más cultivada ahora, y cuyo fondo es el análisis de una pasión, de un carácter, de algún afecto íntimo, tomado desde que asoma, y seguido á través de las vicisitudes de la vida hasta que aquel termina.

Novela *psicológica* es la *humorística*, en la cual el protagonista va como sin rumbo fijo en la vida, dejándose llevar á distintos movimientos y reflexiones según las ocurrencias que le salen al paso.

También es psicológica la novela *sentimental*, en la cual rebosan los afectos muy delicados y llenos de ternura.

La novela *histórica* aspira á dar vida y colorido á épocas pasadas, desenvolviendo una acción que se supone acaecida en esos tiempos, ó que en realidad haya acaecido, en lo esencial por lo menos. La novela histórica toma para sí la parte pintoresca de la historia, y procura presentarnos con toda fidelidad los usos y costumbres del pueblo, la vida íntima de los grandes personajes, y todos aquellos pormenores que pongan con toda realidad á nuestra vista el modo de ser privado y social de las pasadas generaciones.

El asunto de la novela de *costumbres* está basado en los usos y hábitos, ya particulares, ya comunes de una clase ó de un pueblo, y capaces de caracterizar un estado social.

La novela *didáctica* procura difundir, en forma recreativa é interesante las verdades de la ciencia.

La novela *religiosa* tiene por objeto propagar las verdades morales, manifestando, por medio de una acción, los funestos resultados del vicio, y la paz, tranquilidad y orden que consigo trae la práctica de la virtud.

121.—En lo antiguo se cultivaron otros géneros novelescos que ahora están olvidados: la novela *caballeresca*, simple tejido de aventuras extraordinarias y maravillosas; la novela *pastoril*, cuyos personajes eran pastores y el asunto sus amores; la novela *picaresca*,

propia de España, en la cual se describían las aventuras de la gente vagabunda y aventurera.

122.—El *cuento* y la *leyenda* en prosa también se clasifican en el género novelesco. Sólo por estar escritos en prosa, se diferencian del cuento y de la leyenda poética.

CAPÍTULO IV

GÉNERO DIDÁCTICO

123.—Acerca de este género bien poco hay que decir. Sólo cae bajo el dominio de la literatura por el lado de la expresión, y aun por este lado casi no se exige otra cosa sino que el estilo no sea defectuoso por falta de las cualidades necesarias.

Sin embargo, es de notar que en nuestra época el buen gusto se ha difundido mucho, las ideas sobre la belleza son populares, y el público exige cada vez más que todo le sea muy bien presentado, con arte y elegancia. Ahora poco se propagan las doctrinas expuestas con pesadez y desaliño. Menos se aceptan los escritos difusos y aquel agotar los puntos de doctrina hasta en sus mínimos pormenores, como antes se acostumbraba. Claridad, orden, expresión elegante y amena, es lo que se requiere junto con la brevedad. Estas cualidades lo mismo se piden á los tratados *elementales*, que sólo tocan lo más importante de una ciencia ó arte, como á los tratados *fundamentales* ó *magistrales* que

tratan las cosas á fondo y con todo desenvolvimiento, y á las *disertaciones* ó *monografías*, que se limitan á un punto ó á determinada parte de una ciencia cualquiera.

LA HISTORIA

124.—La historia ocupa un lugar especialísimo en el género didáctico.

Historia es la narración de sucesos de común interés para recuerdo, instrucción y experiencia de los hombres.

El fondo de la historia es rigurosamente científico: no debe admitirse en ella cosa alguna que sea inventada; pero el historiador valiéndose de la imaginación, debe presentar los hechos de una manera viva, animada, como si los estuviese contemplando; y á más debe convertirlos en la expresión ó manifestación de las verdades útiles y generales que ellos mismos le hayan sugerido. Sobre una base científica, como es el conocimiento de los hechos, la historia forma un compuesto de filosofía y poesía, difícilísimo de ser plenamente abarcado y realizado por el ingenio humano.

De aquí proviene que haya varios modos ó sistemas de escribir la historia; pero no se crea que estos modos ó sistemas son como distintos procedimientos para llegar á un mismo fin, de tal suerte que el autor pueda elegir este ó aquel sistema. No: resultan ellos de la manera como el historiador es impresionado por los hechos, ó de lo que ve en los hechos.

Así, á unos los hechos se les ofrecen principalmente como simples puntos de investigación, como algo dudoso que fijar ó esclarecer. Los documentos, tradiciones, inscripciones de monumentos, y toda clase de testimonios que contribuyan á establecer la verdad de los hechos, son cosas de primordial importancia para tales historiadores; los citan, los extractan, los transcriben por entero y todavía temen no haberlos dado á conocer lo suficiente. Esta es la historia *documentada*, obra ajena al arte y sin elevación de miras; pero de mucho trabajo, de mucha paciencia, y que sirve para ordenar los materiales y proporcionarlos al verdadero historiador.

En la historia *narrativa* los hechos aparecen en orden cronológico, sin que el historiador se aventure á dar alguna opinión ni á juzgar nada.

A otros, los sucesos históricos los hieren como al poeta algún espectáculo de la naturaleza: los ven por su lado bello, dramático, como reflejo de la vida humana, y escriben la historia *descriptiva* ó *pintoresca*.

Otros de espíritu más profundo, ven en los hechos causas y efectos, ó remontándose más, descubren en ellos la manifestación de leyes generales de la humanidad, y escriben la historia *filosófica*.

Y otros eligen y agrupan los hechos en atención á ciertos puntos particulares, y escriben la historia *política*, la *sagrada*, la *eclesiástica*, la historia de tal arte, de tal ciencia.

Es claro que la historia perfecta sería aquella que, después de investigar los hechos con cabal minuciosi-

dad y proligidad, los enlazase según sus relaciones de causa y efecto, los agrupase dentro de leyes generales y los expusiese con tal viveza y colorido que, junto con reconstruir el pasado y ponerlo á nuestra vista, lo hiciese con tal arte y transparencia que viéramos el mecanismo social hasta el fondo. Pero para ello necesitaría el historiador estar dotado, como ya se dijo, de una profundidad y universalidad de ingenio tal que hasta ahora no se ha encontrado; sin embargo de que historiadores como Macaulay han llegado á un altísimo grado de excelencia.

Pero todo historiador debe tender á este punto de perfección, dentro de los límites que le señale la especie de su ingenio. No tiene para qué ceñirse á tal ó cual modo de escribir la historia, sino que examínese á sí propio, considere de qué modo lo impresionan los sucesos históricos, perfeccione su género tendiendo siempre á abarcarlos por todos sus aspectos, y sea artista en la exposición, sin sujetarse á trabas que nadie puede racionalmente ponerle.

125.—La imparcialidad no debe faltar en el historiador; pero no consiste en contar las cosas con tranquilidad é indiferencia, sino que el historiador debe ser imparcial en la investigación de la verdad de los hechos. Pero una vez que se ha convencido de cuál es la verdad, puede y debe defénderla con calor y entusiasmo, y condenar con energía lo que considera que es error. Conviene, sin embargo, ser moderado. Si manifiesta el historiador excesiva vehemencia, previene en su contra al lector, porque donde se ve apasionamiento

parece que no puede faltar la ceguedad y la alucinación.

126.—La historia, atendiendo á su extensión, se divide en *universal*, que abraza todos los hechos importantes acaecidos en el mundo desde el principio; en *general*, que comprende todos los de una nación ó de una época; en *particular* ó *especial*; y en *personal*, que trata de un solo personaje, y se llama *vida* ó *biografía*.

127.—*Anales* son las relaciones de sucesos por años.

Las *efemérides* refieren los hechos acaecidos en un mismo día del año; pero en distintas épocas.

Diario es una relación de lo que ha ido sucediendo día por día.

Las *crónicas* refieren los sucesos por orden cronológico.

Memorias son narraciones de sucesos en que el autor ha tomado parte ó de que ha sido testigo.

ARTÍCULOS DE CRÍTICA LITERARIA

128.—Los artículos críticos ocupan tanto y tan importante lugar en la literatura contemporánea, que ya deben considerarse como género literario y de los más notables.

La crítica es un juicio acerca de la bondad y belleza de las obras literarias. En lo antiguo se reducía á la aplicación estricta de las reglas de la preceptiva: se trataba simplemente de saber si tal obra cumplía ó no con las reglas, y eso en qué grado de excelencia.

Ahora no pasa así. La difusión del buen gusto, la

popularidad de las ideas sobre la belleza, la tendencia actual á profundizar más y más al hombre mismo, han marcado nuevo rumbo á la crítica.

Ella contempla á la obra literaria por tres aspectos: como obra de arte ó manifestación de la belleza; como obra individual ó manifestación del carácter de un individuo; y como obra social, en cuanto precisamente han de haber influido en el autor las costumbres, tendencias y modo de ser de la sociedad en que vive.

Estos tres aspectos se enlazan mutuamente y concurren para explicar en cuanto es posible la obra literaria: se explica la forma de belleza por el carácter del autor, y al autor se explica por el mundo social en que vive.

De este modo la crítica literaria ha extendido mucho su campo, ha tomado vida y colorido; es un compuesto de historia, de sociología, de moral, ligado y amasado todo eso por el arte literario y calentado al calor del sentimiento estético.

CAPÍTULO V

ORATORIA

129.—La *oratoria* comprende los discursos pronunciados con el objeto de convencer al auditorio y moverlo al fin que el orador se propone.

130.—El arte del orador consiste en presentar la

verdad en forma tal que, junto con ilustrar el entendimiento, atraiga hacia ella la voluntad y toque el corazón. Esto no se consigue vistiendo simplemente el pensamiento con las galas de la expresión. La verdad fríamente concebida podrá con esas galas parecer más vistosa y deslumbradora, podrá deleitar con la armonía de la frase y la rotundidad del período; pero no por esto tomará calor ni encenderá los afectos de los que la escuchan. Es preciso concebir oratoriamente la verdad, debe presentarse al orador como luz y calor á un tiempo, viva, activa, animada; debe conmoverlo primeramente á él mismo, y de aquí resulta la *elocuencia*, que es ese don de comunicar eficazmente á otros nuestros afectos.

Como se ve, es la oratoria un compuesto de utilidad y de belleza. Tiene un fin útil que puede ser religioso, político, científico, etc.; y al propio tiempo tiene un fin bello, puesto que presenta la verdad en forma bella, amable, que cautive la voluntad.

131.—El lenguaje de la oratoria lo mismo se aparta de la frialdad de las composiciones didácticas, como de los primores y adornos de los poemas. Busca principalmente expresiones enérgicas, varoniles, rasgos brillantes que pinten los pensamientos con rapidez y viveza, y á esto no poco ayudan el gesto, la acción y una voz ejercitada.

Una de las elegancias que más le vienen es la ampliación, porque el oyente no puede pararse á meditar como el lector, y á veces hay que insistir en una idea, para que resalte y se imprima más en los ánimos,

y es preciso volverla á presentar cambiándole el aspecto y dándole novedad.

132.—El discurso oratorio se divide en varias partes.

La primera es el *exordio*, breve y sencilla introducción para prevenir favorablemente el ánimo del auditorio. De ordinario no pasa de ser una simple fórmula sin importancia, y que no hace falta.

En la *proposición* se enuncia el asunto del discurso. Cuando consta de varios puntos, se enumeran, y á esta enumeración se llama *división*.

En la *narración* se relatan con la debida rapidez los hechos necesarios para la inteligencia del asunto. Como se comprende, no siempre tiene lugar la narración, porque muchas veces no versa el asunto sobre hechos; pero generalmente es parte importante en los panegíricos, oraciones fúnebres, elogios de varones ilustres, y en la oratoria forense.

La *confirmación* es parte capital del discurso, porque ahí se demuestra la verdad enunciada en la proposición. Cuando se demuestra la falsedad de las opiniones contrarias á lo que se afirma, la confirmación se llama *refutación*.

Finalmente, el orador recapitula lo principal del discurso, enardeciendo al propio tiempo los ánimos, de modo que quede en ellos una impresión favorable á los propósitos que ha manifestado. Esta última parte se llama *peroración*, y si es sencilla, *epílogo*.

133.—La oratoria se divide en tres géneros: *sagrada*, *política* y *forense*. Á estos podría agregarse la oratoria *académica*.

134.—Los discursos sagrados versan sobre puntos del dogma y la moral. Cuando estos puntos se tratan con generalidad de miras y estilo elevado, el discurso se llama *sermón*; y toma el nombre de *plática* si el orador emplea un tono familiar y se refiere con particularidad al estado moral de su auditorio.

En los *panegíricos* se elogia la vida de algún santo, poniéndolo por modelo.

En la *oración fúnebre* se ensalza en nombre de la religión á un hombre eminente.

135.—El orador sagrado habla en nombre de Dios, y por tanto se halla revestido de grandísima autoridad; y el auditorio, compuesto de creyentes, está ya de antemano convencido de las verdades que le predicán. No necesita, pues, el orador extenderse mucho en la parte demostrativa, sino que le basta disipar la ceguera del entendimiento ocasionada por las pasiones, ceguera más ó menos conocida y descuidada por los mismos que la padecen; y su empeño ha de recaer principalmente en esforzar y alentar al hombre en la lucha por el cielo. Con todo, los asaltos continuos del materialismo, renovados diariamente por la prensa y propagados con tanta facilidad, deben ser tomados muy en cuenta por el predicador, para refutarlos, esclarecer bien la doctrina y asentarla con firmeza. Aun se ha formado por esta causa una especie de la oratoria sagrada, la *conferencia* religiosa, discurso cuyo carácter es más didáctico y más encaminado á convencer que el sermón propiamente dicho.

136.—Como ahora se gobiernan las naciones por las

instituciones democráticas, la oratoria *política* ó *parlamentaria* ha tomado muy considerable importancia. Es tanta la variedad de materias que toca, que no es posible hacer consideraciones particulares acerca de género tan vasto y complejo, porque su fondo abarca todo lo que interesa á la sociedad.

Lo que sobremanera importa al orador político es el conocimiento de su auditorio, el cual, en último resultado, no es otro sino la nación entera, con sus distintas ideas y voluntades, con sus partidos ardientemente opuestos unos á otros. Al orador político toca desenmarañar de esa confusión los sentimientos, las ideas que predominan. Según ellas debe ordenar su elocuencia, y según la naturaleza del asunto; y unas veces le convendrá ser vehemente, otras moderado; tranquilo y razonador en ocasiones, y en otras apasionado é impetuoso. Hay asuntos que de por sí exigen alto estilo, como ser aquellos de vital interés para la nación; otros, como las leyes administrativas, sólo piden un discurso sosegado.

En la oratoria política, se comprenden también las arengas ó alocuciones de los generales en campaña, á las cuales se designan con el nombre de oratoria *militar*.

137.—La oratoria *forense* está ahora reducida á límites estrechos. Las leyes prolijas á que deben ceñirse los jueces, no dan lugar, salvo en los juicios delante de jurados ó en las causas criminales, al despliegue de la elocuencia. Los movimientos apasionados, la exornación del discurso, á menos de ser el fruto de una

elocuencia natural y superior, lejos de influir favorablemente en el ánimo de los jueces, los vuelven desconfiados. El orador forense sólo debe procurar que su discurso sea un raciocinio lógico, sobrio, firmemente fundado en la ley, y de forma en extremo clara y precisa.

138.—Los discursos pronunciados delante de corporaciones sabias, pertenecen por su fondo al género didáctico, como que son de ordinario verdaderas disertaciones sobre puntos científicos ó artísticos; pero como adoptan condiciones especiales de elegancia y brillo en la expresión, como el tono es noble y distinguido, y el discurso mismo toma una forma muy semejante á los discursos de la oratoria propiamente tal, por eso pueden comprenderse en ella con el nombre de oratoria *académica*.

Esta discrepancia entre el fondo científico y la forma literaria, ocasiona cierto calor ficticio en aquel, y algo de ceremonioso, de grave, de forzosamente mesurado y acompasado en la forma; y tanto es así, que se ha dado el nombre de *estilo académico* á este modo particular de expresión.

Pertenecen también á este género los discursos fúnebres, los inaugurales, los brindis, las conferencias literarias ó científicas pronunciadas en cátedras de enseñanza ó en reuniones públicas, y, en general, todo discurso cuyo objeto no sea verdaderamente oratorio, esto es, mover la voluntad de los oyentes á un fin determinado; pero que busca el agrado por medio de una expresión correcta, noble y elegante.

CAPÍTULO VI

EL PERIODISMO

139.—El periodismo ocupa ahora un lugar tan importante en la vida social, que es necesario tener acerca de él una noción clara que permita estimar y juzgar con acierto este género de producciones.

Creo que llenan con brillo y exactitud tal objeto los párrafos siguientes, tomados del artículo sobre Prevost-Paradol de E. Scherer, crítico notable:

«El artículo de periódico es siempre una improvisación, ó se le parece mucho. El periodista debe subordinarlo todo á la necesidad de estar pronto y dispuesto; y no es fácil que entregue, á la hora fijada, un trabajo madurado con lentitud y que dé la medida exacta de sus facultades. Obligación suya es acertar; pero, primero que nada, tiene que presentar acabada su tarea en el día y el momento precisos. El tiempo, que tanta parte tiene en la belleza de las obras literarias; el tiempo, sin el cual es tan difícil ser conciso, correcto y esmerado; el tiempo, digo, es concedido al periodista con extremada parsimonia. Pobre de aquel cuyos pensamientos no fluyen al punto limpios y abundantes; pobre del hombre de buen gusto que, no encontrando desde luego la expresión perfecta, la divisa á lo lejos, siente no alcanzarla y se empeña en perseguirla. El cajista está esperando el pliego; el diario debe salir en la tarde misma ó mañana temprano. Es preciso entre-

gar el artículo tal como está, tal como haya resultado de las alternativas de un trabajo interrumpido, de una vena caprichosa, ó de un temperamento nervioso.

«La obra del periodista es efímera por su naturaleza. Cada día desaparece para renacer al día siguiente. Se destruye á sí misma como, en el océano, una ola borra á otra ola. Consiste propiamente en la sucesión de las impresiones producidas. No dura sino con la condición de volver á comenzar, y cuando la mano que escribía se detiene ó muere, todas esas páginas que llenaba de pasión y de elocuencia, mueren también como ella.

«Tan cierto es esto que, por lo común, cuanto más el periodista tiene el espíritu de su profesión, tanto más pasajera es su obra. Cuanto más bien sabe aprovechar las circunstancias actuales y dirigirse á los mudables sentimientos del público, tanto más le oirán; pero por esto mismo, lo que ha escrito parecerá ininteligible, una vez que haya sido olvidado el incidente, ó que la emoción se haya calmado. Sus artículos se parecen entonces á las hojas de otoño, frescas y verdes en un tiempo, y que ahora, caídas al pie del árbol que las llevaba, nada tienen de la brillantez de la vida.

«La suerte del periodista es como la del orador popular y del pianista: no queda de él más que un recuerdo, un nombre, la sombra de un nombre. Algún papel desempeña en esa historia que escribe día por día: es uno de los comparsas de la pieza, á veces consigue ser uno de los primeros personajes; pero no puede abrigar con fundamento la pretensión de colo-

carse en el mismo rango de aquellos escritores cuyo pensamiento se abre paso á través de las generaciones, despertando la admiración y excitando universal simpatía.

«El ejemplo más notable de tan triste destino es Carrel. Carrel ha sido un periodista eminente. Nadie como él comprendió los requisitos y condiciones de la prensa política. No ha habido pluma que haya tratado un asunto con más claridad y franqueza, que haya acertado con más exactitud, y empleado más varonilmente el lenguaje de la discusión cotidiana. ¿Y qué es lo que ahora queda de Carrel? Se han publicado cinco volúmenes de artículos suyos. ¿Quién los ha leído? ¿Quién los ha visto? Un reducido número de lectores va á buscar en ellos materiales y datos para la historia de los partidos, otros procurarán descubrir en esos artículos los secretos del estilo político; pero fuera de ellos, á nadie se le ocurre ir á remover esos restos de periódicos ya pasados. Carrel está sepultado en su obra. Si consigue un lugar en nuestra literatura, lo deberá únicamente á trozos de historia ó de biografía, obras que tal vez miraría con desdén y que escribió en momentos robados á sus trabajos cotidianos. La posteridad apenas si leerá de él unas diez páginas sobre el suicidio de Sautelet.

«Quizás bastará lo dicho para que se comprenda cuánto talento se necesita para dar valor permanente á lo que es tan pasajero por su naturaleza. Las cualidades más relevantes del ingenio y del estilo apenas bastan para conseguir que sobrenaden, en la corriente

del tiempo, discusiones apasionadas que ahora á nadie apasionan, controversias que ahora parecen enigmas. Para que duren, para que siempre interesen estas crónicas diarias, estos incidentes que la historia ni siquiera toma en cuenta, es indispensable que se manifiesten revestidos de una perfección literaria capaz de interesar á despecho del asunto mismo; es preciso que encierran gran caudal de reflexión y sensatez, de observación verdadera, de sátira ingeniosa; debe aparecer en ellos algo propio del filósofo y del moralista; algo, en fin, de aquello que pertenece á todos los tiempos y que participa de la inmortalidad.»

A estas elocuentes palabras pueden agregarse las siguientes de un famoso periodista, Luis Veuillot:

«El talento del periodista consiste en la prontitud, en el rasgo brillante, y ante todo en la claridad. No tiene más que una hoja de papel y una hora para exponer el punto que está en discusión, vencer al adversario, y dar una opinión. Si se dice una palabra que no vaya enderezada al fin que se busca, si pronuncia una frase que el lector no comprenda desde luego, no es hombre que entiende el oficio. Apresúrese, y sea preciso, franco, sencillo. La pluma del periodista tiene todos los privilegios de una conversación animada: aprovéchelos. Pero nada de pompa y aparato, y evite cuanto pueda la elocuencia. Si le sale al encuentro, déle un abrazo de pasada, y siga su camino.»

Todo lo anterior no se refiere, por cierto, á los que escriben de cuando en cuando en los periódicos, sino

á los periodistas, á los individuos de la redacción. Los artículos que escriben en día fijo en las distintas secciones, es lo que propiamente se llama *artículo de periódico*, como ser principalmente el *artículo de fondo ó editorial*, en que se ventilan las cuestiones actuales de más transcendencia, políticas, administrativas, económicas, etc.; las *revistas*, que resumen lo acontecido en un corto espacio de tiempo, y que tocan puntos literarios, sociales, científicos; las *gacetillas* ó relato de los acontecimientos más importantes del día.

Los artículos científicos, literarios, políticos, los *de costumbres*, que presentan pequeños cuadros de la vida social en tono familiar, risueño y malicioso, y otros que tratan los asuntos con cierta amplitud y reposo, no se consideran artículos de periódico, aunque en él se publiquen habitualmente, porque no tienen la oportunidad inmediata, la rapidez, el empuje á veces algo brusco, la gracia y ligereza unidas á la profundidad, que caracterizan las obras del periodismo.

LAS CARTAS Y EL DIÁLOGO

140.—Es la *carta* una conversación por escrito con una persona ausente; pero como en esta conversación hay tiempo para pensar con algún reposo lo que se va á decir, se exige que la carta, sin dejar de ser sencilla y familiar, tenga una forma cortés, urbana y correcta.

La mucha excelencia con que algunas personas han escrito cartas, ocasionando en toda especie de lectores

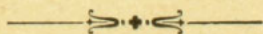
verdadero goce estético, ha elevado esta especie de comunicaciones á la categoría de género literario.

Empléase la carta como forma literaria. Aprovechando el autor la facilidad que aquella ofrece para unir asuntos muy diversos, y para tratarlos con familiaridad y desembarazo, finge que escribe á otra persona una carta cuando en realidad se dirige al público.

141.—El *diálogo*, como nombre genérico, no da á conocer la naturaleza de ciertas composiciones, sino que únicamente se refiere á la forma. Es un simple modo de dar amenidad y viveza á la exposición de asuntos por lo general científicos.

Pero el buen éxito del diálogo es dudoso, por una razón muy sencilla: si se da á los personajes carácter propio, es seguro que se llevarán ellos el interés del lector con perjuicio del asunto; si no se les da carácter, los personajes han de parecer ficticios, insípidos y desabridos. Y es lo que acontece. Hay, sin duda, diálogos famosos; pero lo que en ellos despierta la admiración no es la bondad y perfección del diálogo mismo sino la elocuencia que manifiesta el autor y que pudo también haber manifestado en otra forma.

En la sátira, el diálogo ha tenido buen éxito; pero es porque ahí se puede dar carácter á los personajes, no sólo sin daño sino con provecho del asunto.



NOTAS

NOTA A

QUÉ ES EL ESTILO

I

Es singular lo que acontece con la palabra *estilo*. En el lenguaje usual y corriente tiene un significado amplio, que todos entendemos muy bien y cuya aplicación no ofrece la menor dificultad. Pero si alguien quiere tener una noción clara de la naturaleza del estilo, y estudia el punto en los tratados de literatura, todo lo que saca es confusión y enredo.

Ahí nos dicen que á la manifestación de los pensamientos y afectos por medio del lenguaje se da el nombre de *elocución*; y que no debe confundirse la elocución con el estilo, porque con aquella voz se designan las cualidades permanentes del discurso, mientras que el estilo se refiere sólo á las cualidades accidentales y variables que dependen de la libre voluntad del escritor. Y definen el estilo diciendo que es el modo y forma de hablar ó escribir peculiar á cada uno. Así también lo define la Academia española.

Esto no es bien claro. Pongo un caso. Digo yo: «con buen estilo hasta las obras más frívolas agradan» ¿Está bien empleada aquí la palabra *estilo*? Según la definen

los retóricos parece que no, porque no me refiero á ningún modo ó forma peculiar de cierto autor. ¿Emplearé la palabra elocución? Tampoco es la que conviene, porque ella designa las cualidades permanentes del discurso, y yo me refiero no sólo á eso sino á la totalidad de la expresión. Los retóricos, en tales circunstancias, salen del paso empleando la voz estilo, en su sentido corriente, pero esto no es lógico. He aquí, pues, un motivo de confusión.

¿Y qué objeto práctico tiene la división referida? Acabamos de ver que se da á la voz elocución, usada indeterminadamente, un significado amplio, y á más otro restringido sólo para diferenciarla del estilo. Pero en realidad nada se gana con hacer notar esta diferencia, porque la elocución en su sentido amplio comprende á lo que llaman estilo los retóricos, puesto que la expresión de los pensamientos por medio del lenguaje precisamente ha de manifestar el modo ó forma peculiar del manifestante; y el estilo, tal como los retóricos lo entienden, no viene á ser sino un simple resultado de la elocución, resultado necesario es verdad; pero que el escritor no busca ni debe buscar.

Pasa en esto algo como cuando hablamos, porque, cuando hablamos, forzosamente hemos de manifestar el timbre de la voz, si es grave, si es agudo; y también cómo pronunciamos las palabras, y qué entonación acostumbramos dar á la frase, cosas que constituyen nuestro modo de hablar cuando nos referimos á la voz. Pero este resultado necesario del habla, no es el que buscamos sino comunicar nuestras ideas ó afectos. Así

también, del orden de los pensamientos y de la elección de las palabras en la expresión literaria, resulta forzosamente una manifestación de la personalidad del autor, de la excelencia de su buen gusto, de los bríos de su imaginación, del conocimiento que tiene del lenguaje y de los recursos que éste ofrece; resulta también que el escrito toma una fisonomía particular; pero el escritor no va tras de conseguir estos resultados. Lejos de eso, el empeño que ponen algunos en procurar más ó menos directamente la manifestación de su individualidad literaria, en hacer más notable su manera peculiar de expresarse, ocasiona uno de los defectos más antipáticos, por ser el más presuntuoso: el amaneramiento.

No hay, pues, razón suficiente para que los retóricos, dentro de su modo de ver las cosas, consideren á lo que llaman estilo como elemento particular de la expresión. Con esto no hacen más que confundirse ellos mismos y confundir á los estudiantes, que es lo que pasa en realidad.

Esta confusión tiene su origen en las sutilezas de los antiguos retóricos, muchas de las cuales se conservan como venerable tradición en los tratados de literatura.

Sin duda alguna la palabra estilo tuvo al principio el mismo significado que ahora tiene en el lenguaje usual y corriente. Los griegos y romanos llamaban *estilo* al punzón con que escribían en tablas enceradas, y extendieron este nombre á la expresión selecta, cuidada y ordenada que naturalmente adopta el que es-

cribe algo, sin referirse ellos exclusivamente á los modos ó formas accidentales que dicha expresión pudiera tomar. Es racional creerlo así, porque más ó menos pasa lo mismo en castellano con la palabra *pluma*, que es el instrumento con que escribimos, como ellos tenían el punzón ó estilo. También decimos en castellano *buen pluma*, por buen escritor, por hombre que sabe expresar bien sus ideas, sin referirnos al modo ó forma particular que tenga de expresarse.

Pero vinieron en lo antiguo épocas de decadencia, y así como los sofistas, en vez de usar el raciocinio como medio de conocer la verdad, se pusieron á cultivar el raciocinio por el raciocinio, como un puro ejercicio del entendimiento, así en pos de ellos surgieron los retóricos, quienes comenzaron á cultivar el estilo por el estilo. No vieron en él la expresión bella y eficaz de los pensamientos, sino un medio de despertar la admiración del lector y de sorprenderlo con formas de expresión ingeniosas, con giros inesperados, con nuevas y curiosas combinaciones de palabras. El escritor trataba de lucir y hacer resaltar sus particulares aptitudes para eso, y parecía que no había estilo donde faltaba una manera singular de decir las cosas. Con este objeto los retóricos inventaban nuevos métodos y sutiles artificios, y prevaleció su enseñanza tan á firme que la palabra estilo pasó á significar en literatura lo accidental y variable de la expresión, la forma ó manera peculiar de cada escritor. Pero el sentido común del pueblo ha conservado la acepción primitiva de la palabra estilo.

II

En el texto se ha visto que, en la obra literaria, la expresión ó la forma comprende dos operaciones: la elección de las ideas y su expresión por el lenguaje.

Estas dos operaciones son en extremo rápidas y casi imperceptibles en los que tienen vocación de escritor ó costumbre de escribir: aquéllos por instinto y éstos por hábito encuentran casi sin vacilar la expresión que más les conviene, y puede decirse que su trabajo sólo está en la invención y desenvolvimiento del asunto. Para los que comienzan a escribir, esto último es casi lo menos: la expresión es la que les ofrece dificultades que parecen insuperables.

Hay personas que en la conversación discurren con admirable orden y claridad, ó narran con gran viveza, y sin embargo, si se les pone una pluma en la mano y les piden que escriban eso mismo que acabau de decir, vacilan, se confunden y no aciertan á expresar sus pensamientos á veces ni siquiera en forma tolerable. Y la razón de esto se halla en que el que conversa no hace sino pensar ó discurrir en alta voz. No elige y ordena los pensamientos y las palabras en conformidad á cierto fin; y si lo que dice resulta acertado, eso proviene únicamente de que está dotado de una percepción viva y clara. El oyente tampoco exige particular cuidado en la expresión. Lejos de eso: si el que conversa va como pensando en lo que dice y eligiendo las palabras, causa desagrado y dicen de él que se es-

cucha hablar. Ahora bien, si toma la pluma, al punto se ve en el caso de ordenar su expresión en vista de hacerla eficaz y agradable, sabe que el lector le exigirá esto, y hélo ahí embarazado y perplejo, porque para comunicar sus pensamientos necesita ahora contar con algo de lo cual antes no se había cuidado: la belleza y la eficacia de la expresión. Y aun cuando la expresión que empleaba al conversar sea acaso la más conveniente, antes de usarla tiene todavía que reflexionar y comparar.

El resultado de las dos operaciones de que hablamos constituye la expresión literaria, á diferencia de la vulgar, que no va ordenada á mejorarse. Pues bien, el estilo no es ni más ni menos que la expresión literaria, y no es otro el sentido que en lo común se da á esta palabra cuando se usa indeterminadamente. Para determinarla ó caracterizarla no hay más que agregarle el calificativo, y así se dice: estilo de Cervantes, estilo elevado, estilo correcto, por la expresión literaria propia de Cervantes, ó aquella que se distingue por la grandeza de los pensamientos, ó por la corrección del lenguaje.

De manera que el estilo puede definirse así: «La forma particular de expresión ordenada á manifestar los pensamientos con belleza y eficacia por medio del lenguaje.»

Los autores de tratados de literatura, después de decir que el estilo es el modo de hablar y escribir peculiar á cada uno, nunca dejan de traer á cuento la autoridad de Buffon, harto importante en esta materia.

Uno de ellos y de los mejores, Coll y Vehí, dice: «El estilo es una fisonomía del escrito ó discurso. En el estilo se refleja, con rarísimas excepciones, el carácter del escritor. Esto es lo que se propuso dar á entender Buffon cuando dijo: «El estilo es el hombre.» Y lo mismo repiten todos.

En realidad, si se toman las palabras de Buffon aisladamente, pueden significar eso; pero poniéndolas en su lugar y examinándolas en vista del discurso entero del célebre escritor, otra cosa es lo que significan. El discurso de Buffon es un elogio del estilo ó de la expresión literaria. El autor trata de distinguir bien lo que constituye el fondo de una obra, de aquello que constituye la expresión ó estilo, á fin de manifestar la superioridad de la expresión sobre el fondo. Al terminar, sintetiza sus ideas en estas palabras:

«Las obras bien escritas son las únicas que pasarán á la posteridad. El número de conocimientos, la singularidad de los hechos, la novedad misma de los descubrimientos, no son suficientes para asegurar la inmortalidad. Si las obras que los contienen versan sobre bagatelas, ó están escritas sin gusto, sin nobleza y sin genio, perecerán; porque los conocimientos, los hechos y los descubrimientos, con facilidad se adquieren, pasan de una mano á otra, y aun suelen mejorarse en este cambio. Estas cosas están fuera del hombre. El estilo es el hombre mismo.»

Hasta aquí las palabras de Buffon. Envuelven ellas un pensamiento profundo, bien que no del todo exacto si las aplicamos á las obras cuyo fondo es la belleza.

Pero no hay que olvidar que Buffon era un naturalista y un maestro superior de la expresión, y al escribir su discurso se contemplaba sin duda á sí propio más de lo que al caso convenía.

Pues bien, lo que se ha citado puede resumirse así: el fondo de una obra es cosa adquirida, es cosa que se toma de afuera; la expresión, el estilo, eso lo saca el hombre de sí propio. Por consiguiente, lo que en las obras escritas hay de humano ó propio del hombre es el estilo. Por consiguiente, el estilo es el hombre.

Como se ve, hay diferencia entre pensar: «Lo que en una obra hay de humano ó propio del hombre es el estilo», y esto otro: «La manera de escribir de un autor es un reflejo de su carácter.» Lo primero es profundo. Lo otro no pasa de ser una observación vulgar.

Si se admite la definición que se ha propuesto, la palabra *elocución* no desempeñaría ya el importante papel que ahora tiene en los tratados de literatura; pero podría quedar reducida á algo que le cae más bien, esto es, á ser un nombre técnico del lenguaje considerado como elemento de la expresión literaria. Y aunque dejara de usarse no haría falta, puesto que más claro es decir, en vez de ella, *lenguaje literario*. Y no digo que sola esta palabra no haría falta, sino que también podrían suprimirse muchas otras, y muchas clasificaciones, divisiones y subdivisiones que se mantienen, á lo que parece, por particular respeto á Aristóteles, á Quintiliano y á la tradición literaria establecida en conformidad á sus preceptos. Pero estamos en una época que exige de la enseñanza frutos prácticos, inme-

diatamente útiles, y para esto hay no poco que arreglar y podar en el frondoso árbol de la literatura preceptiva.

NOTA B

CUALIDADES ESENCIALES DEL ESTILO

En los tratados de literatura preceptiva se consideran por separado, como cualidades independientes, la pureza, la corrección, la propiedad, la novedad. Sin duda que esta manera de considerarlas tiene la ventaja de llamar la atención hacia ellas; pero en cambio quedan mal determinadas y caracterizadas la claridad y la naturalidad, cualidades que son tan primordiales y que comprenden á esas otras.

De la naturalidad, sobre todo, se acostumbra dar una idea sumamente vaga. La hacen consistir, por lo común, en la elección de expresiones que no manifiesten esfuerzo. Pero es el caso que esto de conocer si una expresión es ó no forzada, si bien es fácil para el lector, es difícilísimo para el autor. Infinitas veces le acontecerá que resulte forzada y laboriosa una expresión que no le ha costado el menor trabajo, y que resulte llana y natural otra que le ha exigido considerable esfuerzo. Si el autor, para ser natural, se guía por la suma de esfuerzo que le exige la expresión, probablemente nunca conseguirá serlo.

Me parece que basta ahondar un poco este punto, como se hace en el texto, para determinar claramente

en qué consiste esta cualidad, la más amable y graciosa del estilo.

NOTA C

LAS CUALIDADES DE LOS PENSAMIENTOS

Los tratadistas al hablar del estilo, ponen en capítulo aparte las cualidades de los pensamientos, y enumerándolas comienzan por la *verdad*, la *profundidad*, la *solidez*.

En lo antiguo, tal recomendación ó advertencia podía pasar, porque entonces no estaban bien determinadas las líneas divisorias de las ciencias y artes, y con facilidad unas se entrometían en los dominios de otras. La retórica, por cuanto era dueña de la expresión, se creía con cierto derecho de fiscalizar filosóficamente todo aquello que había de ser expresado.

Muy lejos estamos de eso: ahora exigimos que cada cosa ocupe su lugar y nada más, y que nadie se arroge atribuciones que no le corresponden. La verdad filosófica, la profundidad, la solidez, no influyen en la expresión. Gran cosa sería que influyeran, esto es, que un pensamiento falso ó frívolo hiciera defectuoso el estilo; pero desgraciadamente no es así. Pensamientos de esa especie suelen verse expresados de modo irreprochable; y no es raro encontrar ideas verdaderas y profundas expresadas con indigesta pesadez. Y es bueno decirlo claro, para que los escritores no se fíen tanto en la calidad de sus ideas y descuiden la expresión. Si

tal hacen, sus verdades serán siempre verdades; pero verdades cansadas, cuya lectura se deja para otro día, cuando haya espacio para reflexionar seriamente.

Más conforme con el gusto moderno sería que, en vez de exigir la literatura preceptiva verdad filosófica y profundidad en el estilo, exigiesen la filosofía y la lógica gracia y elegancia al raciocinio.

NOTA D

ELEGANCIAS Y FIGURAS

Los antiguos eran *estilistas*, se complacían singularmente en los primores del estilo, en las expresiones que realzaban la idea con novedad é ingenio. Á todas estas expresiones las abarcaban con el nombre de *figuras*, porque diseñan con cierta fuerza y primor los contornos de la idea, la hacen resaltar, la animan, bien así como el gesto anima el semblante y le da una fisonomía que figura ó tiende á figurar sensiblemente aquello que se está hablando. De las figuras decía Cicerón que eran *quasi gestus orationis*, esto es, como el gesto del discurso. El catálogo de las figuras era larguísimo, y su clasificación más que medianamente complicada, según puede verse en los tratados que todavía la conservan.

Pero cambian los tiempos y con ellos los gustos y las costumbres. Ahora no somos *estilistas*. Los primores del estilo bien poco nos halagan. Lo que sí nos cautiva es la perfección de las cualidades esenciales del es-

tilo: la claridad, la naturalidad, la conveniencia. Somos gente práctica, y queremos saber pronto y claramente lo que los otros piensan; y si á veces nos permitimos de buena gana perder el tiempo, no toleramos que otros nos lo hagan perder con dibujos que no les pedimos.

Este nuevo gusto había de influir en los preceptistas, en cuanto á la manera de considerar el estilo. Comenzaron por separar de las figuras á las llamadas *figuras de dicción*, y les dieron el nombre de *elegancias*, con lo cual ya no quedaron tan importantes. En seguida se notó que la palabra *figura* comprendía con un mismo nombre á la expresión directa y á la figurada, por lo cual Revilla, en su *Literatura General*, declaró con muchísima razón que sólo eran figuras los tropos; pero, por no entrar en pugna con una costumbre tan arraigada, Revilla expone siempre la clasificación antigua, haciendo los reparos convenientes.

Me parece que ya podemos dejar á un lado la clasificación antigua, y aun he creído que podía extenderse el nombre de *elegancias* á todo lo que antes llamaban figuras, reservando particularmente esta última denominación para los tropos. La palabra *elegancia* corresponde con más propiedad al concepto que ahora tenemos del estilo.

También he considerado conveniente suprimir algunas de las llamadas figuras. Por ejemplo, la descripción y la enumeración, que en buenas cuentas son una misma cosa, en realidad no son en sí mismas figuras, ni siquiera modos de expresión, sino que se refieren á

conceptos de cierta naturaleza expresados directamente. Todo el que representa con palabras una persona ó cosa describe, y el que concibe la cosa bellamente y así la representa hará una descripción literaria. La descripción, por cierto, figura algo; pero la figura está en la cosa misma y no en el modo de presentarla.

Tampoco hago mención de otras figuras que se hallan en los tratados de preceptiva, como la interrogación, la exclamación, la concesión, la dubitación, etc., porque son simples expresiones directas, y en todo caso son tan comunes, es tan natural su uso, que incluirlas en una clasificación más es para molestia que para provecho.

NOTA E

LA INVEROSIMILITUD

Hay que advertir que lo que es natural en la naturaleza, si así puedo expresarme, no siempre es natural en el arte. De la naturaleza sólo conocemos una mínima parte, y cuando vemos algo que sale de lo ordinario, nos sorprende; pero no nos repugna, porque lo cargamos á la cuenta de lo desconocido.

En la obra de arte, la naturaleza va asociada á otro elemento, al artista, el cual la elige, la modifica, le da una alma. Ya no es propiamente la misma de antes, forma parte de un compuesto nuevo. Este compuesto nuevo es una creación del artista, i como obra salida de sus manos, como obra formada por elementos que

él mismo ha elegido, debe conocerla á fondo, no puede alegar ignorancia de ninguna parte de ella. De manera que si en una obra de arte, en un carácter, por ejemplo, aparece de improviso una inconsecuencia inesperada, que lo hace aparecer otro de lo que era hasta ese instante, experimentamos repugnancia en admitir eso, porque repugna que el que ha creado una cosa encuentre de improviso en ella algo que él no había puesto.

Por esa razón á tales faltas ó contradicciones se da el nombre de inverosimilitudes, esto es cosa contraria á la verdad ó naturaleza de la obra de arte, aún cuando esa misma cosa puede verse ocasionalmente en la vida real.

NOTA F

VERSIFICACIÓN

La versificación se ha reducido en el texto á lo más esencial: basta y sobra con eso. No hay razón alguna para dar al estudio de la versificación tanto desenvolvimiento como el que aquí en Chile se acostumbra. Es decir, ha habido una razón, pero muy transitoria. Don Andrés Bello, sabio eminente á quien tanto debe nuestra nación, hizo profundos estudios y notables descubrimientos gramaticales y en el arte métrica. Como especialista creyó que todo eso era sumamente importante, y como director de la instrucción pública, impuso, con muy buena intención, sus doctrinas en los colegios. Pero ya hemos experimentado de sobra

que tanto caudal de ciencia gramatical y tantos estudios sobre el verso castellano, si bien son adquisiciones muy preciosas para la filología y para satisfacer la natural curiosidad del entendimiento, no tienen resultado práctico. Muchas generaciones han estudiado por Bello, y no por eso nuestros poetas han escrito mejores versos, y ni siquiera podemos en justicia vanagloriarnos de hablar el castellano con más corrección, pureza y con modos más expresivos, que varias otras naciones del continente americano.



PENSAMIENTOS

SOBRE EL ESTILO

PENSAMIENTOS SOBRE EL ESTILO TOMADOS DE DIVERSOS AUTORES

PENSAMIENTOS DE JOUBERT ⁽¹⁾

I

El estilo literario consiste en dar cuerpo y configuración al pensamiento por medio de la frase.

II

Para alcanzar la corrección es indispensable corregir.

III

Como el barniz conserva los cuadros, el pulimento y el retoque conservan el estilo, le dan duración, en cierto modo lo perpetúan.

IV

Los que no piensan más allá de lo que dicen, y no ven más allá de lo que piensan, tienen el estilo muy resuelto.

(1) Pensador francés (1754-1824).

V

En el estilo es preciso que las locuciones se enlacen unas á otras como las palabras.

VI

Todas las formas de estilo son buenas con tal que sean empleadas con buen gusto. Hay multitud de expresiones que en unas personas son defectos, y bellezas en otras.

VII

Es menester que los pensamientos procedan del alma, las palabras de los pensamientos, y las frases de las palabras.

VIII

En unos, el estilo nace de los pensamientos; en otros, los pensamientos nacen del estilo.

IX

Nunca las palabras faltan para las ideas, sino que las ideas faltan para las palabras. Luego que la idea ha llegado á su último grado de perfección, la palabra brota, se presenta y la reviste.

X

Las palabras, como los lentes, presentan de una manera confusa todo aquello que no ayudan á ver con más claridad.

XI

Hay armonía para el espíritu siempre que hay perfecta propiedad en las expresiones. Ahora bien, cuando el espíritu está satisfecho, bien poco se cuida de las exigencias del oído.

XII

Cúidese de que la palabra no estreche demasiado al pensamiento, sino que sea para él un cuerpo que no lo oprima. Nada de excesivamente ajustado. Y esta es una regla soberana para la gracia, así en las obras literarias como en las costumbres.

XIII

Largo tiempo balbuceamos nuestros pensamientos antes de encontrar la palabra propia, como los niños balbucean largo tiempo sus palabras antes de poder pronunciar todas las letras.

XIV

Hay pensamientos que no necesitan cuerpo, forma, expresión. Basta designarlos con vaguedad y hacerlos

susurrar: á la primera palabra los entendemos, los vemos.

XV

No basta que se entienda lo que decimos, es preciso además que lo vean; es preciso que la memoria, el entendimiento y la imaginación queden igualmente satisfechas.

XVI

Para hacer visible lo muy fino, es menester darle colorido.

XVII

Las imágenes y las comparaciones son necesarias, pues con ellas la impresión de las ideas en el espíritu tiene doble fuerza, una fuerza física y otra intelectual

XVIII

En las comparaciones hay que pasar de lo próximo á lo remoto, de lo interior á lo exterior, de lo conocido á lo desconocido. No basta que las comparaciones sean exactas, sino que también han de ser claras, y solamente pueden serlo cuando el objeto que es término de la comparación es más familiar y aparente que el objeto comparado.

XIX

Cuando la imagen encubre al objeto, convirtiéndose en cuerpo lo que es sombra; cuando la expresión

agrada de tal suerte que ya no intentamos pasar más allá y penetrar hasta el sentido; cuando, por fin, la figura absorbe la atención por completo, resulta como si nos parásemos en un camino y tomásemos el camino por alojamiento. Nos hemos dejado llevar por un mal guía.

XX

El estilo oratorio tiene á menudo los inconvenientes de esas óperas cuya música no deja oír las palabras: acá las palabras no dejan ver los pensamientos. El estilo oratorio arrastra al que escribe y lo lleva á engañarse á sí propio; y así también arrastra al que lee y lo dispone á dejarse engañar.

XXI

Al escribir, hay que enterrar con tiento el arado de modo que no sea dificultoso sacarlo de un surco para llevarlo á otro. Esta es una regla importante, bien que difícil de cumplir por poco que en el escritor domine la fuerza.

XXII

Los oradores y los moralistas verbosos deben ser traducidos de una manera amplia y holgada, y con fidelidad y exactitud los poetas y los escritores sentenciosos: así lo requiere su respectiva naturaleza.

XXIII

Para escribir bien, mézclense las metáforas demasiado vivas con metáforas apagadas, y las simetrías vigorosas con simetrías débiles.

XXIV

El estilo conciso es propio de la reflexión. El que piensa con fuerza, modela lo que dice. El que piensa poco ó nada en lo que dice, tiene un lenguaje corriente y sin forma; y así lo que es ingenuo tiene gracia y carece de precisión.

XXV

La concisión adornada: he ahí una belleza sin par del estilo.

XXVI

El que se contenta con entender á medias, se contenta también con expresarse á medias, y entonces es fácil escribir.

XXVII

Para que una expresión sea bella, es menester que diga más de lo necesario, diciendo, sin embargo, con exactitud lo que es necesario; es menester que en ella

se encuentren y confundan lo estrecho y lo amplio, lo poco y lo mucho. Por fin, el sonido de la expresión debe ser breve, y el sentido infinito. Todo lo que es luminoso tiene este carácter. Una lámpara ilumina á la vez el objeto á la cual es aplicada y veinte objetos más á los cuales no se había pensado aplicarla.

XXVIII

El verdadero carácter del estilo epistolar es la jovialidad y la urbanidad.

XXIX

El estilo familiar no se aviene con el número: es preciso romper la cadencia para que ese estilo parezca natural.

XXX

El estilo coge al lector y penetra en él por medio de las palabras familiares. Por medio de ellas los grandes pensamientos entran en el comercio y son considerados de buena ley, como el oro y la plata marcados con sello conocido. Inspiran confianza hacia aquel que se sirve de ellas para que sus pensamientos sean más sensibles, porque este empleo del lenguaje común nos manifiesta á un hombre conocedor de la vida y de las cosas, y que evita alejarse de la realidad. A más estas palabras dan franqueza al estilo. Son ellas señal de que el autor se ha alimentado largo tiempo con los

pensamientos ó afectos expresados, son señal de que se los ha apropiado y de que se ha habituado á ellos de tal suerte que las palabras más comunes le bastan para expresar ideas que, gracias á una meditación reposada, se han hecho ya vulgares para él. Por último, lo que así se dice parece más verdadero, porque, entre las palabras, las más claras son las llamadas familiares, y de los caracteres de la verdad uno de los más notables es la claridad, y lo es tanto que á menudo tomamos la claridad por la verdad misma.

XXXI

El arte de expresar bien lo que uno piensa es diferente de la facultad de pensar: ésta puede ser notable por su profundidad, elevación ó extensión, y mientras tanto aquel otro quizás falte por completo. El talento de expresarse bien no es el de concebir: el primero forma á los grandes escritores, y el segundo á los grandes ingenios. Añádase á esto que aquellos que tienen las dos cualidades en potencia no siempre pueden ejercitarlas, y á menudo experimentan que la una obra sin la otra. ¡Cuántos tienen pluma y no tienen tinta! ¡Y cuántos tienen pluma y tinta, pero no tienen papel, es decir un asunto apropiado para ejercitar su estilo!

PENSAMIENTOS DE VAUVENARGUES (1)

I

Dos estudios son importantes: la elocuencia y la verdad; la verdad, para dar sólido fundamento á la elocuencia y ordenar bien nuestra vida; la elocuencia, para dirigir la conducta de los demás hombres y defender la verdad.

II

La mayor parte de los negocios importantes se tratan por escrito: no basta, pues, saber hablar. Los intereses secundarios, los compromisos, los placeres, las obligaciones de la vida social, piden que se sepa hablar; poco es, por tanto, saber escribir. Diariamente podemos tener necesidad de una y otra elocuencia; pero no es posible adquirir ninguna de ellas, si antes no sabemos pensar, y no sabremos pensar si no tenemos principios fijos y tomados en la verdad. Todo confirma nuestra máxima: en primer lugar el estudio de la verdad, y después el de la elocuencia.

III

Todo aquello que pensamos únicamente para los demás, es de ordinario poco natural.

(1) Pensador francés (1715-1747)

IV

Para conocer si un pensamiento es nuevo, no hay más que expresarlo con toda sencillez.

V

No se puede tener grande el alma ó un poco penetrador el entendimiento sin alguna inclinación á las letras. Las ciencias se dedican á la verdad, y las artes á pintar la naturaleza. Las artes y las ciencias comprenden todo lo que hay noble y útil en los objetos del pensamiento; de modo que á aquellos que no las estiman no les queda sino lo que es indigno de ser pintado ó enseñado.

VI

Cuando un pensamiento no resiste la expresión sencilla, debe ser desechado.

VII

La claridad adorna los pensamientos profundos.

VIII

La oscuridad es el reino del error.

IX

No hay error que no pereciera por sí mismo si fuese manifestado claramente.

X

Lo que á menudo engaña al escritor, es la persuasión de que está manifestando las cosas tales como las siente ó las percibe.

XI

No se desecharían tantos pensamientos de una obra si los concibiésemos del mismo modo que el autor.

XII

Cuando se nos ofrece un pensamiento con el carácter de un descubrimiento profundo y nos tomamos el trabajo de desenvolverlo, á menudo encontramos que es una verdad que anda tirada en la calle.

XIII

Es raro profundizar los pensamientos ajenos; de suerte que si nos acontece hacer una reflexión de esa misma especie, fácilmente nos persuadimos que nues-

tra reflexión es nueva, porque descubrimos multitud de circunstancias y relaciones que antes no habíamos tomado en cuenta.

XIV

Si un pensamiento ó una obra interesa á pocas personas, pocos hablarán de ella.

XV

Señal cierta de mediocridad es alabar siempre con moderación.

XVI

Cuando se procura decir cosas extraordinarias, se dicen pocas que tengan solidez.

XVII

Neciamente nos lisonjamos de persuadir á otros lo que nosotros mismos no pensamos.

XVIII

Los mejores autores hablan demasiado.

XIX

No nos divierte largo rato el ingenio de otros.

XX

Los grandes pensamientos proceden del corazón.

XXI

El que tiene mucha ilustración admira pocas cosas, y también admira pocas cosas el que no tiene ilustración. La admiración señala el grado de nuestros conocimientos, y á menudo prueba, no tanto la perfección de las cosas, como la imperfección de nuestro espíritu.

XXII

No es mucha ventaja tener un ingenio vivo si no es exacto. La perfección de un reloj no está en andar ligero sino ordenadamente.

XXIII

Algunos ejemplos referidos en pocas palabras y puestos en su lugar, dan brillo, peso y autoridad á las reflexiones; pero muchos ejemplos y muchos pormenores quitan siempre vigor y fuerza al discurso. Las digresiones demasiado largas y frecuentes rompen la unidad del asunto, y cansan al lector sensato, porque le desagrada que lo aparten del punto principal, y no puede seguir, sin mucho trabajo, esa larga cadena de hechos y de pruebas. Toda prisa es poca para estable-

cer las relaciones de las cosas y deducir las conclusiones. Es preciso abarcar de una ojeada la verdadera prueba del discurso, y apresurarse para llegar á la conclusión. El espíritu penetrador evita los episodios y deja á los escritores mediocres el cuidado de detenerse á coger las flores que se encuentran en el camino. Á ellos corresponde entretener al pueblo, que lee sin propósito, sin penetración y sin gusto.

XXIV

Un hombre de apetito voraz y que digiere mal, es quizás una imagen bastante fiel de la especie de ingenio de la mayor parte de los sabios.

XXV

Es fácil criticar á un autor, pero es difícil apreciarlo.

XXVI

Lo que llamamos un pensamiento brillante ordinariamente no pasa de ser una expresión capciosa, que, mediante una pequeña dosis de verdad, nos hace creer en un error que nos infunde admiración.

XXVII

Los que han nacido elocuentes tratan á veces los asuntos importantes con tanta claridad y brevedad,

que la mayor parte de los hombres se imaginan que dichos asuntos no han sido tratados con la profundidad debida. Para los ingenios pesados, para los sofistas, no es filosofía aquella filosofía popularizada por la elocuencia y que se atreve á pintar lo verdadero con audacia y gallardía. Consideran como cosa superficial y frívola aquel esplendor de la expresión que lleva consigo la prueba de los grandes pensamientos. Quieren definiciones, discusiones, pormenores y argumentos.

XXVIII

Los primeros escritores no tenían modelos y todo lo sacaban de ellos mismos. Por esto, con un genio divino, son desiguales y tienen mil puntos débiles. Los que han sobresalido después de ellos han aprovechado sus inventos, y por esto son más parejos. Nadie lo encuentra todo en sí mismo.

XXIX

Es lícito volver á decir una verdad ya antigua, cuando uno puede hacerla más sensible, dándole mejor forma, ó uniéndola á otra verdad que la explique y con la cual forme un cuerpo racional. Es propio del inventor percibir la relación de las cosas y saber reunir las. Los antiguos descubrimientos no tanto pertenecen á sus primeros autores como á aquellos que los hacen útiles.

XXX

La claridad es la buena fe de los filósofos.

PENSAMIENTOS DE PASCAL (1)

I

Elocuencia.—Es necesario lo agradable en lo real; pero es también necesario que lo agradable sea tomado de lo verdadero.

II

La continua elocuencia fastidia.

—Los príncipes y los reyes juegan á ratos. No están siempre sentados en sus tronos: ahí se fastidian. Para sentir los halagos de la grandeza es menester dejarla.

—Lo que es continuo acaba siempre por disgustar. El frío es agradable para calentarse.

III

La elocuencia ó arte de decir bien las cosas, debe

(1) Uno de los genios más profundos de Francia, y maestro consumado del idioma. Sus *Pensamientos* sólo se publicaron en 1844: eran fragmentos de una obra.

reunir estas dos condiciones: 1.^a, que aquellos á quienes se habla puedan entenderlas sin trabajo y con gusto; 2.^a, que encuentren que ellas les tocan é interesan, de modo que el amor propio los incline á considerarlas con afición. Consiste, pues, la elocuencia en una correspondencia que se procura establecer entre estos dos términos: por un lado, el espíritu y el corazón de aquellos á quienes se habla, y por otro, los pensamientos y las expresiones que se emplean. Esto presupone un buen estudio del corazón humano, para conocer todos sus móviles y encontrar así las proporciones justas del discurso que en conformidad á eso se procura ordenar. Es preciso ponerse en el lugar de los que nos van á escuchar, y ensayar en nuestro propio corazón la forma que conviene dar al discurso. Así se comprobará si lo uno corresponde á lo otro, y si el oyente se encontrará en el caso de rendirse á nuestras razones. Es necesario no salir, en lo posible, de lo natural y de lo sencillo; no hacer grande lo pequeño, ni pequeño lo que es grande. No basta que una cosa sea bella, sino que debe convenir al asunto. Nada debe haber de más, ni de menos.

IV

Los que violentan el significado de las palabras para formar antítesis, son como aquellos que simulan ventanas para la simetría del edificio.

Su propósito no es hablar con exactitud, sino formar figuras exactas.

V

Cuando en un discurso se encuentran palabras repetidas, y al tratar de corregirlas se advierte que son tan propias que corrigiéndolas perdería el discurso, entonces es preciso dejarlas. En tales circunstancias, la repetición no es un defecto. No hay regla sin excepción.

VI

Un mismo sentido cambia según las palabras que lo expresan. Las palabras revisten de dignidad al sentido, y no el sentido á las palabras.

VII

Lo último que se encuentra al componer una obra es saber qué cosa conviene poner en primer lugar.

VIII

Cuando un discurso natural pinta una pasión ó movimiento del ánimo, encontramos en nosotros mismos la verdad de lo que oímos: es como el descubrimiento de algo que pasaba en nuestro interior sin que lo supiéramos, y no podemos menos de experimentar simpatía hacia el que nos da tal conocimiento. Porque no nos muestra lo que á él pertenece, sino lo que á noso-

tros pertenece, y este beneficio hace que el autor nos parezca amable; sin contar con que esta comunidad de entendimiento que tenemos con él, precisamente inclina el corazón á amarlo.

IX

El estilo natural nos sorprende y maravilla, porque pensábamos ver á un autor y nos encontramos con un hombre. Mientras tanto las personas de buen gusto, al ver un libro, creen encontrar un hombre y se sorprenden al encontrar á un autor. Honran en verdad á la naturaleza los que manifiestan que puede hablar de todo, aun de teología.

X

Las palabras ordenadas de diversos modos tienen diversos sentidos: y los sentidos ordenados de diversos modos ocasionan distintos resultados.

XI

Ciertos autores, hablando de sus obras, dicen: Mi libro, mi comentario, mi historia, etc. Se parecen al burgués con ínfulas de noble que anda siempre con un «*mi casa*» en la boca. Esos autores obrarían más cuerdamente si dijeran: Nuestro libro, nuestro comentario, nuestra historia, etc., porque lo ordinario es que en eso haya más cosas ajenas que propias.

PENSAMIENTOS DE LA BRUYÈRE (1)

I

Hay ciertas cosas cuya mediocridad es insoportable: la poesía, la música, la pintura, el discurso público.

¡Qué tormento es oír la declamación pomposa de un discurso frío, ó versos mediocres recitados con toda la énfasis de un mal poeta!

II

Hay en el arte un punto de perfección, como lo hay de bondad ó de madurez en la naturaleza. El que lo conoce y se complace en él, tiene perfecto el gusto. El que no lo conoce y se complace en lo que hay más allá ó más acá de ese punto, tiene el gusto defectuoso. Hay pues gusto bueno y malo, y no sin razón disputan acerca de los gustos.

III

Hay mucha más viveza que gusto entre los hombres, ó más bien dicho, hay pocos hombres cuyo ingenio ande acompañado con un gusto firme y una crítica juiciosa.

(1) Moralista francés (1645-1696). Escribió los *Caracteres*. Los pensamientos que aquí se ponen están entresacados del capítulo *Las Obras de Ingenio*.

IV

La vida de los héroes enriquece á la historia, y la historia embellece las hazañas de los héroes; y yo no sabría decir quiénes deben estar más agradecidos, si los que escriben la historia á aquellos que les han suministrado tan nobles asuntos, ó estos grandes hombres á sus historiadores.

V

El amontonamiento de epítetos es malísima alabanza. Los hechos son los que alaban, y la manera de contarlos.

VI

Todo el ingenio de un autor está en definir bien y en pintar bien.

VII

Uno debería siempre leer sus obras á los que saben lo bastante para corregirlas y apreciarlas.

No admitir consejos ni correcciones acerca de sus obras, es fatuidad y pedantería.

El autor debe recibir con igual modestia los elogios y la crítica que se hagan de sus obras.

VIII

Entre las diferentes expresiones que pueden manifestar un mismo pensamiento, solamente hay una que es buena. No es fácil encontrarla al hablar ó escribir. Existe, sin embargo, y todo lo que no sea ella es débil y no satisface al hombre de ingenio que procura darse á entender.

Un autor que merezca este nombre y que escribe con cuidado, experimenta á menudo que la expresión que había estado buscando sin conocerla y que por fin ha encontrado, es aquella que era la más sencilla, la más natural, y la que debía haberse presentado desde el primer momento y sin esfuerzo.

Los que sólo escriben á impulsos de veleidades ó caprichos, tienen que retocar sus obras; porque, como la disposición de su ánimo varía según las circunstancias, bien pronto encuentran fríos aquellos términos y expresiones que habían elegido con entusiasmo.

IX

El mismo espíritu de exactitud que nos lleva á escribir bien, nos infunde también el temor de que lo que escribimos no merezca ser leído.

El ingenio mediocre cree escribir divinamente; el verdadero ingenio cree escribir de una manera regular y ordenada.

X

El placer de criticar impide que nos impresionen vivamente las cosas muy bellas.

XI

No hay obra tan perfecta que no desapareciese en manos de los críticos, si á cada uno de ellos le fuese permitido sacar la parte que menos le agrada.

XII

Cuando un libro eleva el alma, é inspira sentimientos nobles y resueltos, no hay que buscar otra regla para juzgarlo: es bueno, y está bien hecho.

XIII

Los necios leen un libro y no lo entienden; los ingenios mediocres creen que lo entienden cabalmente; los grandes ingenios á veces no logran entenderlo por completo, y encuentran oscuro lo que es oscuro, y claro lo que es claro. Los que presumen de hábiles é ingeniosos se empeñan en encontrar oscuro lo que no lo es, y en no entender lo que es muy inteligible.

XIV

El vulgo toma por elocuencia la facilidad que tienen algunos de hablar ellos solos largo rato, añadiendo á esto vehemencia en la acción, sonoridad de la voz y fuerza en los pulmones. Para los pedantes sólo hay elocuencia en el discurso oratorio, y la confunden con el amontonamiento de figuras, el uso de palabras pomposas y la rotundidad del período.

Á lo que parece, la lógica es el arte de convencer, y la elocuencia es un don del alma por medio del cual dominamos el corazón y el espíritu de los demás, de tal suerte que podemos inspirarles ó persuadirles cuanto nos agrade.

La elocuencia puede encontrarse en la conversación y en todo género de composición literaria. Rara vez está donde la buscan, y á veces está donde no la buscan.

XV

Los sinónimos son varias palabras ó frases diferentes que significan una misma cosa.

La antítesis consiste en la oposición de dos verdades que se iluminan recíprocamente.

La metáfora, ó la comparación, toma de una cosa extraña una imagen sensible y natural de la verdad.

La hipérbole expresa la verdad de una manera excesiva para dar de ella un conocimiento más completo.

Lo sublime sólo pinta la verdad en los asuntos nobles y elevados. La pinta por entero, atendiendo á su causa y á su resultado; y es la expresión ó la imagen más digna de esta verdad.

Los ingenios mediocres no encuentran la única expresión conveniente, y emplean los sinónimos.

El brillo de la antítesis deslumbra á los jóvenes, y la usan.

Los ingenios exactos y que buscan imágenes precisas, recurren naturalmente á la comparación y á la metáfora.

Los ingenios vivos, fogosos, arrastrados por la imaginación fuera de toda regla y límite, no se cansan de usar hipérboles.

En cuanto á lo sublime, sólo son capaces de alcanzarlo los más elevados entre los grandes ingenios.

XVI

El autor, para escribir de una manera clara y limpia, debe ponerse en el lugar de los lectores, y examinar su propia obra como si fuese cosa nueva para él y que lee por primera vez, como algo en lo cual no tiene parte alguna y que el autor hubiese sometido á su crítica. Debe finalmente quedar persuadido de que lo entienden, no porque se entiende á sí propio, sino porque en realidad es inteligible.

XVII

Escribimos para que nos entiendan; pero al escribir es preciso que á lo menos demos á entender cosas bellas. Verdad es que la dicción ha de ser pura, y los términos propios; pero es preciso que estos términos tan propios expresen pensamientos nobles, vivos, sólidos, y que encierren un sentido muy bello. Mal uso hacen de la claridad y pureza del discurso los que emplean estas cualidades en asuntos áridos, infructuosos, sin gracia, utilidad ni novedad. ¿De qué le sirve al lector comprender con prontitud y sin trabajo cosas pueriles y frívolas, ó insípidas y comunes, y entender bien los pensamientos de una obra que lo aburre?

XVIII

La gloria ó el mérito de ciertos hombres está en escribir bien. La gloria ó el mérito de otros está en no escribir.

XIX

Hay ingenios, si así puedo llamarlos, de una especie inferior y subalterna, que parecen nacidos para ser colección, libro de registro ó almacén de todas las producciones de los otros ingenios. Son plagarios, traductores, compiladores. No piensan, sino que dicen lo que los autores han pensado; y como en la elección de

los pensamientos hay algo de invención, eligen mal, con poca propiedad, y más se inclinan á exponer muchas cosas que cosas excelentes. Nada tienen de original y que les pertenezca. No saben sino lo que han aprendido, y no han aprendido sino lo que los demás ignoran de propósito. Su ciencia es una ciencia hueca, árida, sin utilidad ni agrado, que no entra en la conversación, que está fuera del comercio, como una moneda que no corre. Espanta lo que han leído, y al propio tiempo sus obras y su conversación cansan y fastidian. El vulgo y los magnates confunden á estos hombres con los sabios, y la gente sensata los clasifica entre los pedantes.

XX

Aquel que, cuando escribe, sólo atiende al gusto de su época, más cuida de su persona que de sus escritos. Siempre debemos tender á la perfección, y en tal caso la posteridad nos hará esa justicia que á veces nos rehusan nuestros contemporáneos.

XXI

Nunca debe llevarse lo ridículo á cosas que no lo tienen, porque se echa á perder el gusto y se corrompe el juicio propio y el de los demás. Donde lo ridículo existe, es preciso verlo claro, y manifestarlo con gracia y de una manera agradable é instructiva.

PENSAMIENTOS TOMADOS DEL DISCURSO DE BUFFON
SOBRE EL ESTILO ⁽¹⁾

I

Nada se opone más á la vida y al calor del estilo, que el afán de sembrar por todas partes rasgos brillantes. La luz en un escrito debe formar como un solo cuerpo y esparcirse con uniformidad, y nada la estorba tanto como esas chispas sacadas á viva fuerza chocando unas palabras con otras, chispas que deslumbran un momento y luego nos dejan en la oscuridad. Son pensamientos que sólo brillan por oposición. No se muestra más que un lado del objeto, y lo demás queda en las sombras; y comunmente el lado elegido es algún punto saliente, un ángulo que se presta para los juegos de ingenio tanto más fácilmente, cuanto más lo alejan de aquellos aspectos dilatados que el buen sentido acostumbra tomar como base para considerar las cosas.

II

No menos opuesto á la verdadera elocuencia es también el empleo de esos pensamientos sutiles, ligeros,

(1) Naturalista y célebre escritor (1707-1708). El discurso llamado «del estilo», es el que pronunció al ser recibido en la Academia francesa.

delgados, sin consistencia, que sólo brillan á costa de la solidez. Cuanto más abunden en un escrito, el estilo tendrá tanto menos vigor, luz y calor. Salvo, bien entendido, el caso de que estos pensamientos constituyan el fondo mismo del asunto, y que el escritor no haya tenido otro propósito que la burla y diversión; y entonces el arte de decir cosas insignificantes es quizás más difícil que el arte de expresar nobles pensamientos.

III

En extremo se opone á la naturalidad el trabajo que algunos se toman para expresar cosas ordinarias y comunes de una manera singular y pomposa; con esto el escritor se rebaja y envilece. Lejos de causar admiración, infunde lástima un hombre ocupado en formar nuevas combinaciones de sílabas para no decir lo que todos dicen. Adolecen de este defecto las personas de entendimiento cultivado, pero que son estériles. Tienen palabras en abundancia, y no tienen ideas. Las palabras son, por tanto, la materia de su trabajo, y se imaginan que han combinado ideas cuando han ordenado frases, y que han purificado el lenguaje cuando en realidad lo han corrompido alterando las acepciones verdaderas. Estos escritores no tienen estilo, ó, si se quiere, no tienen más que la sombra del estilo. El estilo debe grabar pensamientos: ellos no saben más que delinear palabras.

IV

Las ideas constituyen únicamente el fondo del estilo; la armonía de las palabras es un simple accesorio que sólo depende de la sensibilidad de los órganos. Basta tener oído para evitar las disonancias; y el que lo ha ejercitado y perfeccionado con la lectura de los poetas y oradores, sin pensarlo imita la cadencia poética y el giro oratorio. Ahora bien, el que imita nada crea, y, por tanto, esta armonía de las palabras no constituye el fondo ni el tono del estilo, y á menudo se encuentra en escritos completamente vacíos de ideas.

V

Las obras bien escritas son las únicas que pasarán á la posteridad. El número de conocimientos, la singularidad de los hechos, la novedad misma de los descubrimientos, no son suficientes para asegurar la inmortalidad. Si las obras que los contienen versan sobre bagatelas, ó están escritas sin gusto, sin nobleza y sin genio, perecerán; porque los conocimientos, los hechos y los descubrimientos, con facilidad se adquieren, pasan de una mano á otra; y aun suelen mejorarse en este cambio. Estas cosas están fuera del hombre. El estilo es el hombre mismo.

PENSAMIENTOS TOMADOS DEL ARTÍCULO
DE MARMONTEL SOBRE EL ESTILO (1)

I

El escritor que se sirve de una lengua que naturalmente halaga y seduce por la abundancia, riqueza y hermosura de las expresiones, se asemeja á los habitantes de una tierra fértil y abundosa, quienes por esto mismo son indolentes y pródigos. Estando el escritor seguro de que, por poco que diga, hablará con gracia, se complace en la elegancia de su lengua, y dejándose llevar por este atractivo, cree que, para agradar, le basta revestir á ideas comunes con los adornos de una expresión armoniosa y brillante. Su estilo es una sinfonía que podrá halagar el oído; pero que nada dice á el alma y de la cual nada nos queda.

II

Escritor hábil es aquel que á un tiempo sabe aprovechar las ventajas de una lengua y no abusar de ellas, y que también sabe suplir, en lo posible, las ventajas que le faltan.

III

La primera diferencia y la más esencial entre los estilos es la del ingenio. El ingenio, ó sea el pensa-

(1) Literato francés (1723-1799).

miento activo, tiene diversos caracteres. Un ingenio claro distingue sus ideas unas de otras, las desenreda sin trabajo, ó más bien las produce como el agua cristalina que mana de una fuente pura. El ingenio exacto y preciso, junto con percibir las mutuas relaciones de las ideas, las circunscribe y las pone en su lugar. El ingenio delicado las analiza y nota los varios matices que manifiestan. El ingenio ligero las toca con delicadeza, y si es vivo, pasa de una á otra con brillante rapidez. El ingenio vasto las unifica y abarca con una mirada. El ingenio metódico las encadena y forma con ellas un conjunto regular. El ingenio transcendental se lanza de un salto al último término del pensamiento. El ingenio profundo nunca se detiene en lo superficial y aparente, sino que medita, sondea su asunto y desentraña lo que haya en él más rico y escondido. El ingenio luminoso resplandece, y desde el centro de su pensamiento despide haces de luz que iluminan todo el horizonte. El ingenio fecundo hace nacer de una idea todas las otras que contenga, y la bellota, de la cual nace la encina cargada de bellotas, es el símbolo de su fecundidad. El ingenio elevado desdeña lo que no engrandece al objeto que lo ocupa: sus conceptos se asemejan á esos pinos que atraviesan las nubes y que dejan secarse las ramas que más se acercan á la tierra, para encumbrarse al cielo con más vigor y rapidez.

Ahora bien, todas estas distintas maneras de concebir se distinguen en la manera de ser expresadas; y de

los infinitos matices que resultan de su mezcla, resulta también una variedad inagotable de los caracteres del estilo.

IV

El colmo del arte sería ser sencillo en lo grande y en la expresión de sentimientos elevados ó interesantes por sí mismos; y guardar los adornos del estilo, las circunlocuciones y las imágenes poéticas para los objetos que tuviesen necesidad de ser realzados ó embellecidos.

V

Fácil es evitar, en la contextura del estilo, los incidentes muy complicados que ocasionan oscuridad y confusión en las ideas. Basta para ello ir manifestando las ideas conforme nacen mientras proceden de fuente pura; y si la fuente está enturbiada, es preciso dar tiempo para que las ideas se aclaren con la meditación y el reposo. El amontonamiento confuso de palabras y de frases entrelazadas, es á menudo un vicio del arte más bien que de la naturaleza. El que no busca este defecto, rara vez cae en él: la prueba está en que, en el lenguaje familiar, nadie se enreda en largos rodeos de palabras. En general, más perjudica á la claridad la afectación que el descuido y negligencia.

VI

Nadie, sin duda, es tan falto de juicio que escriba con el propósito de que no le entiendan; pero suele sacrificarse la claridad al deseo de parecer fino, delicado, misterioso, profundo. Por dejar que algo se adivine, no se dice todo lo que debiera decirse; y el que teme que lo encuentren demasiado sencillo, trabaja para ser oscuro.

PENSAMIENTOS DE GOETHE (1)

I

El gusto se forma con la contemplación de lo mejor y más perfecto y no de lo mediocre.

II

El que adopta una *manera* trata de acabar pronto: no le gusta trabajar. El talento verdadero y verdaderamente grande encuentra su mayor dicha en la ejecución.

III

En general, todos los ingleses escriben bien, como hombres que han nacido oradores, como hombres

(1) Gran poeta alemán (1749-1832.)

prácticos y que están mirando la realidad. Tampoco los franceses desmienten con su estilo lo esencial de su carácter. Son sociables por naturaleza y, como tales, nunca pierden de vista al público al cual se dirigen. Procuran ser claros para convencer al lector, y se adornan para agradarle.

En suma, el estilo de un escritor es la fiel manifestación de su espíritu. Si alguno quiere tener claro el estilo, es preciso que la claridad reine en su alma.

¿Queréis tener un estilo grande y noble? Tened un carácter grande y noble.

IV

Para escribir en prosa se necesita tener algo que decir. Ahora bien, el que nada tiene que decir puede, sin embargo, alinear versos y rimas. Aquí una palabra viene en pos de otra, y al fin resulta algo que no es nada, pero que con todo parece tener algún valor.

PENSAMIENTOS DE W. SHENSTONE (1)

I

Escribir bien es generalmente el resultado de pensamientos espontáneos y de un estilo pulido y retocado.

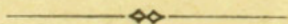
(1) Poeta y escritor inglés (1714-1763.)

II

Las frases largas en una composición corta se asemejan á piezas espaciosas en una casa pequeña.

III

Los escritores superficiales se imaginan, como el topo, que andan en "grandes profundidades, cuando casi están á flor de tierra.



LOCUCIONES Y GIROS

LOCUCIONES Y GIROS

En el número 33 de este *Manual* se advirtió que era muy conveniente anotar en un cuaderno las locuciones y giros expresivos que nos llamasen la atención en los escritores autorizados. Este cuaderno, hojeado á menudo, es de grande utilidad, porque aumenta el caudal de voces de que podemos disponer, nos acostumbra á buscar y formar modos de decir expresivos y nos infunde insensiblemente la índole del idioma.

En cuanto á la manera de tomar tales apuntes, me parece que tal vez sea lo mejor transcribir las locuciones tales cuales son, sin añadir reflexiones gramaticales ó literarias, porque de no hacerlo así, las apuntes, al recorrer el cuaderno, más se nos presentan como materia de estudio, que como la expresión viva, sencilla é ingeniosa de las ideas, y entonces ni agradan tanto ni las conserva fácilmente la memoria.

Las locuciones que van en seguida se ponen aquí como una muestra. Es claro que cada uno debe tomar nota de aquellas que convengan al carácter de su propio estilo y á las materias que trata.

~ Todo esto os he dicho, generoso mancebo, porque no ignoréis la vida á que habéis venido y el trato que

habéis de profesar, el cual os *he pintado aquí en borrón*.—(CERVANTES.—*La Gitanilla*.)

~A no ser *mirado con malicia y sospechosamente*, no se podía *caer con* el agujero.—(Id.—*El celoso extremeño*.)

~En el mundo, todos aquellos que no fuesen *industriosos y tracistas*, morirán de hambre.—(Id. Id.)

~Yo no sé quién te pueda *sacar músico* con tanta brevedad —(Id. Id.)

~Comenzaron á *cecear* en el torno y luego entendió Luis que era la *cáfila* que había llegado.—(Id. Id.)

~Andaba el negro *paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera* encendido.—(Id. Id.)

~Lope se fué al mercado de las bestias á comprar un asno que fuese *tal como bueno*.—(Id.—*La ilustre fregona*.)

~Don Rafael, por *hurtarle el cuerpo*, le dijo que convenía.—(Id.—*Las dos doncellas*.)

~Pasósele en esto la mayor parte de la noche *sin dormir sueño*.—(Id. Id.)

~Vieron un mancebo de hasta veintidós ó poco más años, vestido de verde. O yo no tengo ojos, dijo Leocadia, *ó aquel de lo verde* es Marco Antonio.—(Id. Id.)

~Sucedió que en este tiempo llegó á aquella ciudad una dama de *todo rumbo y manejo*.—(Id.—*El licenciado Vidriera*.)

~ El negro ya *no veía la hora* de abrir la puerta.—
(Id.—*El celoso extremeño.*)

~ ... el cual de luengos tiempos atrás era *su amigo á todo ruedo*.—(Id.—*El casamiento engañoso.*)

~ El poeta que ya *iba tragando saliva*, viendo la soledad en que lo habían dejado...—(Id.—*Coloquio de los Perros.*)

~ *El paso airoso y de garza*.—(Id. Id.)

~ Con éstas, pasamos otras cortesés razones, y *anduvieron por alto los ofrecimientos, y de lance en lance* me dijo: Vuesa merced sabrá...—(Id.—*Adjunta al Parnaso.*)

~ ¿Piensa vuesa merced esperar, señor don Quijote? *¿Pues no?* respondió él.—(*Quijote.*)

~ Los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, sin hallar una *misericordia* de vino *si* dan por ella un ojo.—(Id.)

~ No le hallaron (al asno) ni pareció por todos aquellos contornos, *aunque más le buscaron*.—(Id.)

~ Se dice de ella (Maritornes) que aunque estaba en aquel trato, tenía unas *sombras y lejos de cristiana*.—(Id.)

~ Pues bien, *he aquí que* acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino, ¿qué hizo cuando leyó la carta?—(Id.)

~ Alzó la vara en alto el comisario para *dar á Pasaponte en respuesta* de sus amenazas.—(Id.)

~ Donosa majadería, respondió el comisario: bueno está el donaire con que ha salido *á cabo de rato*.—(Id.)

~ He de buscarle *hasta tanto* que lo halle.—(Id.)

~ Don Quijote *le volvió las saludes* con no menos comedimiento.—(Id.)

~ No pareció mal al barbero la invención del cura, *sino tan bien* que luego la *pusieron por obra*.—(Id.)

~ No anduvieron mucho trecho cuando *al volver de una punta* de una peña vieron á un hombre.—(Id.)

~ Si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, *sería un andar las voluntades* confusas y descarriadas sin saberse en cuál habríamos de parar.—(Id.)

~ ...replicó don Quijote, no pudiendo sufrir *el trocar de los vocablos* del cabrero.—(Id.)

~ En ella fué famoso Tirante el Blanco, y *casi que* en nuestros días vimos y comunicamos...—(Id.)

~ Marcela; fuera de ser cruel y *un poco* arrogante y *un mucho* desdeñosa...—(Id.)

~ Tras todos estos venía un hombre de muy buen parecer, *sino que al mirar metía el un ojo en el otro*.—(Id.)

~ Va por diez años, replicó la guarda: *no se quiera saber más sino que* este hombre es el famoso Ginés de Pasamonte.—(Id.)

~ Se corrió y enojó *en tanta manera* que alzó el lanzón.—(Id.)

~ No hubo ella dicho esto, cuando Cardenio...—(Id.)

~ Me dió en el alma que era el mismo que venía á buscar.—(Id.)

~ No hay que proseguir, respondió Dorotea, *sino* que finalmente mi suerte ha sido tan buena...

~ ... y su amo *se estaba durmiendo á sueño suelto* bien descuidado de todo lo sucedido.—(Id.)

~ Llegóse en esto la *sazón y punto* en que bajó el señor Monipodio.—(CERV.—*Rinconete y Cortadillo*).

~ Al volver que volvió Monipodio... (Id.)

~ Había entre los mozos de mulas bailarines y entre las mozas *ni más ni menos*.—(CERV.)

~ *Disparar en risa*.

Parece que *de industria*. (Por adrede)

Luego al punto.

Con presupuesto que. (Por bajo condición)

No hay más sino hacer de manera.

Moza de *extremado parecer y brío*.

Como ni como no. (Por de qué manera).—(*Quijote*.)

~ ... y mis continuos y profundos suspiros *move rán á la continua* las hojas destos *montaraces* árboles.—(*Quijote*.)

~ Pereciera sin duda todo el ejército de Cortés, si

hubieran guardado los indios *en el pelear* la buena ordenanza que observaron *al acometer*.—(SOLÍS.—*Conquista de Méjico*.)

... y llegó el caso de volver las caras *á lo más ejecutivo* del combate.—(Id. Id.)

... como los arquitectos, que amontonan *primero que fabriquen*.—(Id. Id.)

El traje (de Xicotencal, era) un manto blanco, airosamente manejado, muchas plumas, y algunas joyas *puestas en su lugar*.—(Id. Id.)

Tenía (Méjico) *hermosísimos lejos* en medio de las aguas.—(Id. Id.)

Allí se verá el casar de las huérfanas, si fué *con entrañas de caridad*, ó *por zurcir el daño pasado*.—(M. ALEJO VENEGAS.—*Agonía de la Muerte*.)

Sepamos que se aplaca Dios en los que le temen y esperan en su misericordia, y se enoja *con los que no*.—(M. JUAN DE AVILA.—*Carta*.)

Esa es una cosa tan clara que la *estamos palpando á vista de ojos*.—(P. ISLA.—*Fray Gerundio*.)

Sí, andaos á persuadirselo, cuando *á ojos vistas estaba viendo* que con este preliminar aparato *se arrastraba los concursos*.—(Id. Id.)

Pero *¿vá que no sabe usted...*

¿A que no sabe...

¿Y va un ochavo á que...

Bien hayan los que...

Mojemos la palabra.

Enfrascarse en la conversación.—(Id. Id.)

~ Iba Fray Gerundio tan pensativo y *tan dentro de sí mismo*...—(Id. Id.)

~ En... me acuerdo haber leído dos *especies* que luego las apunté para estas ocasiones, y *son tan nacidas para ellas* que aunque yo mismo las hubiera fingido, no podían *venir más á pelo*.—(Id. Id.)

~ Qué provecho sacará el curioso lector de que yo *infierno* mi alma?—(Id. Id.)

~ El padre predicador no sólo *se arrastraba los concursos*, sino que *se llevaba de calles* los estrados —(Id. Id.)

~ *Dársele un pito.*

Quedarse yerto.

Decir algo *con chulada*.

Descabezar el sueño.—(Id. Id.)

~ *Pensar que* al acabar de proponer el tema de un sermón, había de decir sencillamente: *Joannis*, etc., *eso era cuento*.—(Id. Id.)

~ Era extremadamente zafio, y *allende esto*, más que medianamente bebedor.—(Id. Id.)

~ Estaba persuadido que ninguno *le echaba la piedad delante* en la elección de los mejores oradores.—(Id. Id.)

~ Al instante envió á llamar á los dos famosos gaiteros, ofreciéndoles veinte reales á cada uno, *traídos, llevados, comidos y bebidos*.—(Id. Id.)

~ Le había regalado el Padre Vicario con dos solideos de seda, de los que fabricaban las monjas, *de exquisito arte y chulada*, cuyo centro era *una borlita muy chusca*, elevada con la debida proporción.—(Id. Id.)

~ Como Fray Gerundio vió alabarse de agudo, *esponjóse visiblemente*.—(Id. Id.)

~ Como Fray Gerundio *se vió un poco apretado*, procuró sacar el caballo por otro lado, para divertir el argumento.—(Id. Id.)

~ ... aunque *maldita la palabra* entendía de ellas.—(Id. Id.)

~ ¿Y qué diablos ha de decir vuestra merced?—
¿En eso reparas? *¿Hay más que decir que*, estando ya con la unción... —(Id. Id.)

~ *De bote en bote*.

Prolijo trasunto.

Tremolar el pañuelo.—(Id. Id.)

~ ... y probase de nuevo á subir sobre su buen Rocinante, que también parece que va encantado, *según* va de melancólico y triste.—(*Quijote*.)

~ Un instinto de suyo filosófico á *maravilla*, nos impulsa á construir... (*Gramática de la Acad.*)

~ Las prendas de su sencillo vestuario estaban algo

raídas; pero sin mancha y *saltando de limpias*.—(J. VALERA.—*Pepita Jiménez*.)

~ No quisiera incurrir en murmuración ni ser maldiciente, aunque sea con todo sigilo y *de mí para usted*.—(Id. Id.)

~ Porque *lo que es con plena conciencia* estoy convencido de que esta mujer no es coqueta.—(Id. Id.)

~ Con las continuadas y largas lecciones *estoy que da lástima de agujetas*.—(Id. Id.)

~ Cita en primer lugar á Santiago que sin dejar de ser apóstol, *más* acuchilla á los moros *que* les predica.—(Id. Id.)

~ El progreso de mi mal es rápido. Como piedra que se desprende de lo alto del templo y va aumentando su velocidad en la caída, *así mi espíritu ahora*.—(Id. Id.)

~ Pues *si yo fuera que tú no la tomaría contra* el cielo, que no tiene la culpa, sino contra el mequetrefe...—(Id. Id.)

~ Pues qué, ¿los favores del cielo se consiguen *en seguida?* ¿*No hay más que* llegar y triunfar?—(Id. Id.)

~ *Amistosa convivencia.*

Criterio holgachón.

Pecar de prolijo.—(Id. Id.)

~ *Apurado de razones*, sacó la espada.—(Id.—*El pájaro verde*.)

~ No había príncipe por ruin y *para poco* que fuese... —(Id. Id.)

~ La princesa *tejía una danza* con sus doncellas. —(Id. Id.)

~ Esta tenía ya entre sus manos el cordón con que se disponía á *enlazar* la áurea *crencha* de su ama, cuando á *deshora* entró—(Id. Id.)

~ Los tres (pájaros) venían con muy ligero vuelo y los tres *se abatieron* sobre la taza de topacio y se zambulleron en ella.—(Id. Id.)

~ Una música sumisa é invisible *les hizo salva* al llegar, y *les regaló los oídos* mientras comían.—(Id. Id.)

~ La princesita *sin dar acuerdo de su persona*, seguía en cama.—(Id. Id.)

~ Dos esclavos etíopes me acompañaban, *haciendo aire* el uno con un abanico.—(Id. Id.)

~ Y aunque *la noche cerró en agua*, seguimos nuestro camino por San Juan de Luz y Vidart—(MESONERO ROMANOS.—*Recuerdos de viaje.*)

~ Tu vestido será calza entera, ropilla larga, herreuelo un poco más largo, gregüescos *ni por pienso*, que *no les están bien* ni á los caballeros ni á los gobernadores.—(*Quijote.*)

~ Los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan; *si que* no siempre se está en los templos; no siempre se ocupan los oratorios...—(CERVANTES.)

...Estaba el daño de los panes *muy al propio contrahecho* de como los ratones lo suelen hacer.—(H. DE MENDOZA.—*Lazarillo*.)

...Estaba ya este Licaonio tan encarnizado en derramar sangre humana, que jamás *estaba conversable* ni tenía el rostro alegre.—(A. DE GUEVARA.—*Reloj de príncipes*.)

...No refiero aquí, porque estoy de prisa, y no debo ni puedo *pararme en dibujos*, los primeros estupendos, las alhajas...—(J. VALERA.—*Cuentos*.)

...Su cabeza, echada atrás con arrogancia y *destocada*, lucía copiosa y rubia cabellera.—(Id.)

...Aun no *había tenido vagar* para ver todo lo que le circundaba, cuando oyó Mutileder una voz blanda y argentina.—(Id.)

...Pero uno y otro eran *tan como Dios manda*, que á pesar de lo mucho que se querían, no se *propasaron* nunca.—(Id.)

...su estatura era *esbelta* y *cimbreada*, como las palmas del Tadmor.—(Id.)

...Abarís montó en su flecha y llegó á Jerusalén *hecho un veneno*.—(Id.)

...Abarís llevaba preparada la flecha, *no fuera caso* que Salomón se enfadase y tuviese él que salir volando.—(Id.)

...Era *guapísimo*, *ágil* y *divertido en la conversación*, y desde que, siglos atrás, había venido su compatriota

Olén á civilizar á tracios y pelasgos, no se había visto hiperboreo *de más doctrina* en el Mediodía de Europa.—(Id.)

~ Este caballero *está sentido* y con muchísima razón.—(MORATÍN.—*Sí de las niñas.*)

~ Haznos un par de tazas de *sopas bien caldositas*.—(Id.)

~ Tengo yo *mucha trastienda* y mucha penetración para que tú me engañes.—(Id.)

~ Sentémonos, *una vez que* estamos solos.—(Id.)

~ ¿Tres reales no más? *Harto poco es*.—Por vida mía que es *bien poco*.—(Id.—*Comedia nueva.*)

~ Quitábale *con ridícula oficiosidad las pelusitas* que llevaba en la ropa.—(Id.—*Derrota de los pedantes.*)

~ El otro se *paseaba* por la sala á grandes trancos.—(Id.)

~ Díganlo tantos preciosos opúsculos que existen *arratonados* en mi guardilla y que jamás verán la luz pública.—(Id.)

~ Hombre formal en sus tratos y *seguro hasta la pared de enfrente*.—(J. VALERA.—*Dña Luz.*)

~ Manos ágiles y *guardosas*.

Hombre *despilfarrado y perdulario*.

Quebrarse (un argumento) *de puro sutil*.

El alma que así *se endiosa*...

...*sin ofender al vidrioso.*

Marañas sutiles, quintas esencias.—(Id. Id.)

...Doña Luz era buena, y era además enérgica y *briosa de voluntad.*—(Id. Id.)

...Mujercillas, no de poco más ó menos, *sino de menos en todo.*—(Id. Id.)

...Nunca se había él sentido tan emocionado, *permítaseme la palabrota.*—(Id. Id.)

...Cuando *se hunde bien la mirada en el centro de este negocio...*—(Id. Id.)

...Don Anselmo apenas se atrevía á confesar *semejante diablura*, y *armaba un caramillo de sutilezas* para probar que éramos libres.—(Id. Id.)

...*Por tal arte* fué creciendo la afición de doña Luz al trato del Padre.—(Id. Id.)

...Manolita *tentó el vado*, á ver si D. Aciselo declaraba la causa de su preocupación.—(Id. Id.)

...Algunos miraban con desdén al Padre, porque de nada les valía ni con ellos *se espontaneaba*, ó más bien, no tenía de qué ni sobre qué *espontanearse.*—(Id. Id.)

...Gustaba de la murmuración, *sólo por amor al arte*, sin envidia ni encono.—(Id. Id.)

...Bien sé que lo que á mí me ha forzado á que *tan de redondo y á rienda suelta* me disponga á adoraros,

esto mismo os ha traído al estado en que estáis.—(CERVANTES.—*Las dos doncellas*).

...No nos engriamos con los bienes que Dios nos diere, *levantándonos á mayores, é hinchándonos con ellos*.—(LAPUENTE.—*Meditaciones*.)

...El segundo título (que obliga á oír con presteza la divina vocación) es por la infinita bajeza del que es llamado, á quien *le viene muy ancho* que Dios se digne llamarle y servirse de él, mereciendo ser dejado y desamparado en el abismo de su miseria.—(Id. Id.)

...Era comunísimo entre nuestros antiguos decir *venir en voluntad, venir en gusto*: modo de hablar gracioso y expresivo que convendría no olvidar enteramente.—(BARALT.—*Dicc. de Galicismos*.)

...*Aquel es rico que está bien con Dios*.—(La Celestina.)

...*Entonces aflojará mi pena cuando su crueldad*.—(Id.)

...*¡Y como te lo dices! Gozo me toma en verte hablar así*.—(Id.)

...Llevaban (los candidatos) muchos días de comerse la matanza de alcaldes, estanqueros y otras *personas de viso*.—(ALARCÓN.—*La Pródiga*.)

...Los individuos del Ayuntamiento *se mirarán mucho en disgustarla*.—(Id.)

...Procuren ustedes que Su Excelencia diga *media palabra* en favor de sus candidatos y yo me encargo de lo demás.—(Id.)

...No he aspirado á esa influencia y *se me mete en las manos*.—(Id.)

...Persona *despilfarrada* y *manirota*.

La marquesa, *rumbosa* y *altiva*...

¡Tiene tal *don de gentes* la marquesa!—(Id.)

...Tenía en su casa una ama que pasaba de los cuarenta, y una sobrina que no llegaba á los veinte, y un mozo de campo y plaza, que *así* ensillaba el rocín como tomaba la podadera.—(*Quijote*.)

...Lo que *me trae alcanzado de paciencia*, es saber que el hijo del Corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella.—(CERVANTES, *La ilustre fregona*.)

...Se puso á cantar, acompañándose al piano, *un galancete muy acaramelado*.—(PEREDA.)

...las armas que aquellos hombres traían, con que nos machacaron, no eran otras que sus estacas, y ninguno de ellos, á lo que *se me acuerda*, tenía estoque, espada ni puñal. No me dieron á mí lugar, respondió Sancho, á que *mirase en tanto*, porque apenas puse mano á mi tizona, cuando me santiguaron los hombros con sus pinos.—(*Quijote*.)

...las heridas que se reciben en las batallas, *antes* dan honra *que* la quitan.—(Id.)

...Porque las virtudes están mezcladas con amargura, y los vicios acompañados con deleites, ofendidos

los hombres con lo uno y cebados con lo otro, *se van de boca* en pos de los vicios, y desamparan la virtud.—(GRANADA.)

~ Como *yo sepa* que Ud á Adela enamora, le quito, no digo bucles; pero hasta las muelas.—(GARCÍA GUTIÉRREZ.)

~ En *cuidado me lo tengo*, dijo don Quijote, y agradezcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.—(Quijote.)

~ Qué *tan* grande sea esta providencia, en ninguna manera lo podrá entender sino el que lo hubiere experimentado.—(GRANADA.)

~ En Enrique bien se advierte una cabeza de fuego y un *ánimo capaz de* cielo y tierra; pero, valetudinario de su natural y de poca vida, no puede...—(P. MARIANA.)

~ Porque, como dice San Ambrosio, paréceles cosa muy agria comprar esperanzas con peligros: esto es comprar bienes *de futuro* con daños *de presente*.—(GRANADA.)

~ Y este es el primer título, *por donde* estamos obligados al amor y servicio de este Señor.—(GRANADA.)

~ El, *como tan prudente*, hizo bien en demandar por tan modesta manera, aun el auxilio de los que tan poco valen, y yo *llevaría la nota* de ingrato, que no *cae* bien en mi conducta, si no correspondiese á tan honrosa muestra de afecto y confianza.—(P. MARIANA.)

~ ~ ~ Todavía, *aunque me esté mal el jactarme* de ello, me celebran y admiran no pocos sujetos, que gustan más del majestuoso crepúsculo de la tarde que de la risueña aurora.—(J. VALERA.)

~ ~ ~ *No faltaba más sino* que yo voluntariamente incurriera en el enojo de usted.—(Id.)

~ ~ ~ Con el agua á media pierna y *la poca paciencia al gollete* llegó nuestro pintor á su casa.—(TIRSO DE MOLINA.)

~ ~ ~ Pero yo, que aunque parezco padre soy padraastro de don Quijote, no quiero *irme con la corriente* del uso.—(CERVANTES.)

~ ~ ~ Pepita... por cierto instinto adivinatorio que hay en las mujeres, sobre todo en las mozas... conoció que aquello *iba por lo serio*.—(J. VALERA.—*Pepita Jiménez*.)

~ ~ ~ Pues yo he oído decir á vuestra merced, dijo Panza, que *es muy de* caballeros andantes el dormir en los páramos y desiertos lo más del año, y que *lo tienen á mucha ventura*.—(QUIJOTE.)

~ ~ ~ Embarquéme en ella *no más de por* huir la odiosa tierra donde dejaba *mi* cielo.—(Id.)

~ ~ ~ Mas, ha llegado la perdición del nombre cristiano á tanta desvergüenza y soltura, que *hacemos música* de nuestros vicios, y no contentos con lo secreto de ellos, cantamos con voces alegres nuestra confusión.—(FR. LUIS DE LEÓN.)

~ ~ ~ Y porque el santo Apóstol, como pondera san

Gregorio, dijo esto, condescendiendo con nuestra flaqueza, es razón que los fervorosos procuren ser mucho *más diligentes* en lo bueno *que antes eran* en lo malo, cumpliendo lo que aconseja el profeta Baruch, cuando dice: Que nos convirtamos á Dios diez veces *más que* nos apartamos de él.—(LAPUENTE.—*Meditaciones.*)

... aquel trato y aquellas habilidades y gracias *más son de* mujer graciosa y liviana *que de* grave y honesta.—(P. RIVADENEIRA.)

... los tales, *con nombre de* conservación del Estado, arruinan sus estados y señoríos.—(Id.)

Este hombre que echó *tan á nivel y plomo* los únicos cimientos del edificio de nuestra primitiva literatura, fué el bibliotecario don Tomás Antonio Sánchez.—(MENÉNDEZ Y PELAYO.)

¿Quién consagró su ánimo á una arte ilustrada y saludable, *quién* pensó en cultivar ahincadamente la virtud, *que no* aspirase primero á la celebridad de un nombre esclarecido?—(P. MARIANA.)

No le hace que no nos sea dado mudar por entero una inclinación natural, *siempre y cuando* podamos corregir sus vicios por medio de la educación.—(CERVANTES.)

Pues ¿qué ceguedad mayor *puede ser*, que vivir yo dentro de la inmensidad de Dios y á vista de la sabiduría de Dios, y con todo eso injuriarle con mis pecados?—(LAPUENTE.—*Meditaciones.*)

“... y si no fuese porque imagino ¿qué digo imagino? sé *muy cierto* que todas estas incomodidades son muy añejas al ejercicio de las armas, aquí me dejaría morir de puro enojo.—(*Quijote.*)

“Lo que yo sabré decir de esa bolsa es que no debe de estar perdida, *si ya no es* que vuesa merced la puso á mal recaudo.—(*Quijote.*)

“Hágote saber, Sancho amigo, que es honra de los caballeros andantes no comer en un mes, y *ya que* coman sea de aquello que hallaren más á mano.—(*Quijote.*)



LISTA DE PALABRAS QUE SE CONSTRUYEN CON PREPOSICIÓN (1)

(De la Gramática de la Real Academia Española)

A

Abalanzarse *á* los peligros.
Abandonarse *á* la, *en* manos de la suerte.
Abatirse *al* suelo—*con*, *de* espíritu—*en*, *por* los reveses.
Abocarse *con* alguno.
Abochornarse *de*, *por* algo.
Abogar *por* alguno.
Abordar (una nave) *á*, *con* otra.
Aborrecer *de* muerte.
Aborrecible *á* las gentes.
Abrasarse *de* amor—*en* deseos.
Abrigado *de* los vientos.
Abrigarse *bajo* techado—*con* ropa—*del* aguacero—*en* el portal.
Abrir (una lámina) *á* buril—*de* arriba *á* abajo—*en* canal.
Abrirse *á*, *con* los amigos.
Abroquelarse *con*, *de* su inocencia.
Absolver *ad cautelam*—*del* cargo.
Abstenerse *de* lo vedado.

(1) Se emplea en esta lista el guión— para distinguir unas de otras las diferentes construcciones, excusando la repetición de la palabra con que empieza cada línea.

Se pone generalmente un solo ejemplo de cada preposición, aunque una misma tenga en diversas frases muy diferente significado.

Se omiten, por lo común, los casos en que las preposiciones *de* y *por* expresan construcción de participio pasivo; pues, por ejemplo, *Antonio es aborrecido DE todos* ó *POR todos*, equivale á *todos aborrecen á Antonio*.

- Abultado *de* facciones.
Abundar *de, en* riqueza.
Aburrirse *con, de, por* todo—*en* casa.
Abusar *de* la amistad.
Acabar *con* su hacienda—*de* venir—*en* bien—*por* negarse.
Acaecer (algo) *á* alguno—*en* tal tiempo.
Acalorarse *con, en, por* la disputa.
Acarrear *á* lomo—*en* ruedas—*por* agua.
Acceder *á* la petición.
Accesible *á* todos.
Acendrarse (la virtud) *con, en* las pruebas.
Acepto *á* nobleza y plebe.
Acerca *de* lo dicho.
Acercarse *á* la villa.
Acertar *á, con* la casa—*en* el pronóstico.
Acoger *en* casa.
Acogerse *á, bajo* sagrado.
Acometido *de* un accidente—*por* la espalda.
Acomodarse *á, con* otro dictamen—*de* criado—*en* una casa.
Acompañar *á* palacio—*con, de* pruebas.
Acompañarse *de, con* ricos—*con* el piano.
Aconsejarse *con, de* sabios.
Acontecer *á* todos, *con* todos lo mismo.
Acordar (la voz) *con* un instrumento.
Acordarse *con* los contrarios—*de* lo pasado.
Acortar *de* palabras.
Acosado *de* los perros.
Acostumbrarse *á* los trabajos.
Acre *de* condición.
Acreditado *en, para* su oficio.
Acreditarse *con, para, con* alguno—*de* necio.
Acreeador *á* la confianza—*del* Estado.
Actuar *en* los negocios.
Acudir *al, con* el remedio.
Acusar (á alguno) *ante* el juez—*de* un delito.
Acusarse *de* las culpas.
Adaptar y adaptarse, *al* uso.
Adecuado *al* asunto.
Adelantar *en* la carrera.
Adelantarse *á* otros—*en* algo.

- Además *de* lo referido.
Adestrarse, ó adiestrarse, á esgrimir—*en* la lucha.
Adherir y adherirse á otro dictamen.
Admirarse *de* un suceso.
Admitir *en* cuenta.
Adolecer de alguna enfermedad.
Adoptar *por* hijo.
Adorar á Dios—*en* sus hijos.
Adornar *con, de* tapices.
Afable *con, para, para con* todos—*en* el trato.
Afanarse *en* la labor—*por* ganar.
Afecto *al* ministro—*de* un achaque.
Aferrarse á, *con, en* su opinión.
Afianzar *con* sus bienes—*de* calumnia.
Afianzarse *en, sobre* los estribos.
Aficionarse á, *de* alguna cosa.
Aflar *en* la piedra.
Afirmarse *en* lo dicho.
Afligido *de, con, por* lo que veía.
Aflojar *en* el estudio.
Afluente *en* palabras.
Aforrar *con, de* piel—*en* lo mismo.
Afrentar *con* denuestos.
Afrentarse *de* su estado.
Agarrar *de, por* las orejas.
Agarrarse á, *de* un hierro.
Ágil *de* pies.
Agobiado *de, por* desgracias.
Agobiarse *con, por* los años.
Agradar *con* una gran cruz.
Agradable *al, para* el gusto—*de* gusto.
Agradecido á los beneficios—*por* los favores.
Agraviarse *de* alguno—*por* una chanza.
Agregarse á, *con* otros.
Agrio *al* gusto—*de* gesto.
Aguardar á otro día.
Agudo *de* ingenio—*en* sus ocurrencias.
Aguerrido *en* combates.
Ahitarse *de* manjares.
Ahogarse *de* calor—*en* poca agua.

Ahorcarse *en* los hombros de alguno:

Ahorcarse *de* un pino.

Ahorrar *de* razones —no ahorrarse, ó no ahorrárselas *con* nadie.

Airarse *con*, *contra* alguno —*de*, *por* lo que se oye.

Ajeno *á* su carácter—*de* verdad.

Ajustarse *á* la razón—*con* el amo — *en* sus costumbres.

Alabar *de* discreto —(algo) *en* otro.

Alabarse *de* valiente.

Alargarse *á*, *hasta* la ciudad.

Alcanzado *de* recursos.

Alcanzar *al* techo—*con* porfias —*del* rey—*en* días—*para* tanto

Alegar *de* bien probado—*en* defensa.

Alegrarse *con*, *de*, *por* algo.

Alegre *de* cascos.

Alejarse *de* su tierra.

Alentar *con* la esperanza.

Aliciente *á*, *de*, *para* las grandes acciones.

Alimentarse *con*, *de* hierbas.

Alindar (una heredad) *con* otra.

Alistarse *en* un cuerpo—*por* socio.

Aliviar *del*, *en* el trabajo.

Alternar *con* los sabios—*en* el servicio—*entre* unos y otros.

Alto *de* cuerpo.

Alucinarsc *con* sofismas—*en* el examen.

Alzar (los ojos) *al* cielo—(algo) *del* suelo—*por* caudillo.

Alzarse *á* más—*con* el reino—*en* rebelión.

Allanarse *á* lo justo—*hasta* el suelo.

Amable *á*, *con*, *para*, *para con* todos—*de* genio—*en* el trato.

Amante *de* la paz.

Amañarse *á* escribir—*con* cualquiera.

Amar *de* corazón.

Amargo *al* gusto—*de* sabor.

Amarrar *á* un tronco.

Á más, además, amén *de* lo dicho.

Ambos *á* dos.

Amenazar (á alguien) *al* pecho—*con* la espada—*de* muerte.

Amor *á* Dios—*de* Dios—*al* arte.

Amoroso *con*, *para con* los suyos.

Amparar (á uno) *de* la persecución—*en* la posesión.

Ampararse *con*, *de* algo—*contra* el viento.

- Amueblar *con* sillas y mesas—*de* nuevo (es decir, con muebles nuevos).
- Análogo *al* caso.
- Ancho *de* boca.
- Andar *á* gatas—*con* el tiempo—*de* capa—*en* pleitos—*entre* mala gente—*por* conseguir algo—*sobre* un volcán—*tras* un negocio.
- Andarse *en* flores—*por* las ramas.
- Anegar *en* sangre.
- Anhelar *á* más—*por* mayor fortuna.
- Animar *al* certamen.
- Animoso *en*, *para* los peligros.
- Ansioso *del* triunfo—*por* la comida.
- Anteponer *al* gusto la obligación.
- Anterior *á* tal fecha.
- Antes *de* Cristo.
- Anticiparse *á* otro.
- Añadir *á* lo expuesto.
- Apacentarse *con*, *de* memorias.
- Aparar *en*, *con* la mano.
- Aparecerse *á* alguno—*en* casa—*entre* sueños.
- Aparejarse *al*, *para* el trabajo.
- Apartar *de* sí.
- Apartarse *á* un lado—*de* la ocasión.
- Apasionarse *de*, *por* alguno.
- Apearse *á*, *para* merendar—*de* la mula—*por* las orejas.
- Apechugar *con* todo.
- Apegarse *á* alguna cosa.
- Apelar *á* otro medio—*de* la sentencia—*para* ante el Tribunal superior.
- Apercibirse *á*, *para* la batalla—*contra* el enemigo—*de* armas.
- Apesadumbrarse *con*, *de* la noticia—*por* niñerías.
- A pesar *de* lo que dicen.
- Apetecible *al* gusto—*para* los muchachos.
- Apiadarse *de* los pobres.
- Aplicarse *á* los estudios.
- Apoderarse *de* la hacienda.
- Aportar *á* Barcelona.
- Apostar *á* correr.
- Apostárselas *con* fulano.

- Apostatar *de* la fe.
Apoyar *con* citas—*en* autoridades.
Apreciar *en* mucho—*por* sus prendas.
Aprender *á* escribir—*con* fulano—*de* fulano—*por* principios.
Apresurarse *á* venir—*en* la réplica—*por* llegar *á* tiempo.
Apretar *á* correr—*con* las manos—*entre* los brazos.
Aprobado *de* cirujano.
Aprobar *en* alguna facultad al estudiante.
Apropiar *á* su idea—*para* sí.
Apropincuarse *á* alguna parte.
Aprovechar *en* el estudio.
Aprovecharse *de* la ocasión.
Aproximarse *al* altar.
Apto *para* el empleo.
Apurado *de* medios.
Apurarse *en* los contratiempos—*por* poco.
¡Aquí *de* los míos!—*para* *entre* los dos.
Aquietarse *con* la explicación.
Arder, arderse, *de* cólera—*en* deseos.
Argüir *de* falso—(ignorancia) *en* una persona.
Armar *con* lanza—*de* carabinas—*en* corso.
Armarse *de* paciencia.
Arraigarse *en* Castilla.
Arrancar (la broza) *al*, *del* suelo—*de* raíz.
Arrasarse (los ojos) *de*, *en* lágrimas.
Arrastrar *en* su caída—*por* tierra.
Arrebatarse *de*, *de* *entre* las manos.
Arrebatarse *de* ira.
Arrebozarse *con*, *en* la capa.
Arrecirse *de* frío.
Arreglado *á* las leyes—*en* la conducta.
Arreglarse *á* la razón—*con* el acreedor.
Arregostarse *á* los bledos.
Arremeter *al*, *con*, *contra*, *para* el enemigo.
Arrepentirse *de* sus culpas.
Arrestarse *á* todo.
Arribar *á* tierra.
Arriesgarse *á* salir—*en* la empresa.
Arrimarse *á* la pared.
Arrinconarse *en* casa.

Arrojado *de* carácter.

Arrojar *de* sí.

Arrojarse *á* pelear—*de*, *por* la ventana—*en* el estanque.

Arroparse *con* la colcha.

Arrostrar *con*, *por* los peligros (1).

Asar *á* la lumbre.

Asarse *de* calor.

Ascender *á* otro empleo—*en* la carrera—*por* los aires.

Asegurar *contra* el granizo—*de* incendios.

Asegurarse *de* su contrario.

Asentir *á* otro dictamen.

Asesorarse *con*, *de* letrados.

Asimilar (una cosa) *á* otra.

Asir *de* la ropa—*por* los cabellos.

Asirse *á* las ramas—*con* el contrario.

Asistir *á* los enfermos—*de* oyente—*en* tal casa.

Asociarse *á*, *con* otro.

Asomarse *á*, *por* la ventana.

Asombrarse *con* el, *del* suceso.

Asparse *á* gritos—*por* alguna cosa.

Áspero *al*, *para* el gusto—*con* los inferiores—*de* condición—*en* las palabras.

Aspirar *á* mayor fortuna.

Asqueroso *á* la vista—*de* ver—*en* su aspecto.

Asustarse *de*, *con*, *por* un ruido.

Atar (el caballo) *á* un tronco—*de* pies y manos

Atarearse *á* escribir—*con*, *en* los negocios.

Atarse *á* una sola cosa—*en* las dificultades.

Atascarse *de* comida—*en* el barro.

Ataviarse *con*, *de* lo ajeno.

Atemorizarse *de*, *por* algo.

Atender *á* la conversación.

Atenerse *á* lo seguro.

Atentar *á* la vida—*contra* la propiedad.

Atento *á* la explicación—*con* sus mayores.

(1) También se dice *arrostrar* los *peligros* (sin preposición); y en el mismo caso se hallan otros verbos que, si bien se adaptan á tal ó cual preposición, y no á las demás, se usan asimismo sin ninguna.

Atestiguar *con* otro—*de* oídas.
Atinar *al* blanco—*con* la casa.
Atollarse *en* el lodo.
Atónito *con*, *del*, *por* el lance.
Atracarse *de* higos.
Atraer *á* su bando—*con* promesas.
Atragantarse *con* una espina.
Atrancarse *en* el vado.
Atrasado *de* noticias—*en* el estudio.
Atravesado *de* dolor—*por* una bala.
Atravesarse *en* el camino.
Atreverse *á* cosas grandes—*con* todos.
Atribuir *á* otro.
Atribularse *con*, *en*, *por* los trabajos.
Atrincherarse *con* una tapia—*en* un repecho.
Atropellar *con*, *por* todo.
Atropellarse *en* las acciones.
Atufarse *con*, *de*, *por* poco.
Aunarse *con* otro.
Ausentarse *de* Madrid.
Autorizar *con* su firma—*para* algún acto.
Avanzado *de*, *en* edad.
Avanzar *á*, *hacia*, *hasta* las líneas enemigas.
Avaro *de* su caudal.
Avecindarse *en* algún pueblo.
Avenirse *á* todo—*con* cualquiera.
Aventajarse *á* otros—*en* algo.
Avergonzarse *á* pedir—*de* pedir—*por* sus acciones.
Averiguarse *con* alguno.
Avezarse *á* la vagancia.
Aviarse *de* ropa—*para* salir.
Avocar (alguna cosa) *á* sí.
¡Ay *de* mí!—*de* los vencidos!
Ayudar *á* vencer—*en* un apuro.

B

Bailar *al* son—*por* alto.
Bajar *á* la cueva—*de* la torre—*hacia* el valle—*por* la escalera.

- Bajo *de* cuerpo—*en* su estilo.
Balancear *en* la duda.
Balar *de* hambre las ovejas.
Baldarse *con* la humedad—*de* un lado.
Bambolearse *en* la maroma.
Bañar *con, de, en* lágrimas un papel.
Barajar *con* el vecino.
Barar *en* la playa.
Barbear *con* la pared.
Basta *con* eso—*de* bulla—*para* chanza.
Bastar *á, para* enriquecerse.
Bastardear *de* su naturaleza—*en* sus acciones.
Batallar *con* los enemigos.
Beber *á* (otro) los pensamientos—*á la, por la* salud—*de, en* una fuente.
Benéfico *á, para* la salud—*con* sus contrarios.
Benemérito *de* la patria.
Besar *en* la frente.
Blanco *de* tez.
Blando *al* tacto—*de* corteza.
Blasfemar *contra* Dios—*de* la virtud.
Blasonar *de* valiente.
Bordar (algo) *al* tambor—*con, de* plata—*en* cañamazo.
Borracho *de* aguardiente.
Borrar *de* la matrícula.
Bostezar *de* hambre.
Boto *de* ingenio.
Boyante *en* la fortuna.
Bramar *de* furor.
Brear *á* golpes.
Breve *de* contar—*en* los razonamientos.
Bregar *con* alguno.
Brindar *á* la salud de alguno—*con* regalos—*por* el rey.
Bronco *de* genio.
Brotar *de, en* un peñascal.
Bueno *de, para* comer—*de por sí—en* sí.
Bufar *de* ira.
Bullir *en, por* los corrillos.
Burilar *en* cobre.
Burlar *á* alguno.

Burlarse *de* algo.

Buscar (el flanco) *al* enemigo—*por* donde salir.

C

Cabargar *á* mujeriegas—*en* mula.

Caballero *en* su porte—*sobre* un asno.

Caber *de* pies—*en* la mano.

Caer *á*, *hacia* tal parte—*con* otro—*de* lo alto—*en* tierra—bien *en* la silla—*por* Pascua—*sobre* los enemigos.

Caerse *á* pedazos—*de* viejo.

Calar *á* fondo.

Calarse *de* agua.

Calentarse *á* la lumbre—*con* el ejercicio—*en* el juego.

Caliente *de* cascos—*para* bebido el caldo.

Calificar *de* docto.

Calzarse *con* la prebenda.

Callar (la verdad) *á* otro—*de*, *por* miedo.

Cambiar (alguna cosa) *con*, *por* otra—*en* calderilla (una peseta).

Cambiarse (la risa) *en* llanto.

Caminar *á*, *para* Sevilla—*de* concierto.

Campar *por* sí solo.

Cansarse *del*, *con* el trabajo.

Cantar *á* libro abierto—*de* plano—*en* los trabajos.

Capaz *de* cien arrobas—*para* el cargo.

Capitular *con* el enemigo—(á alguno) *de* malversación.

Carecer *de* medios.

Cargado *de* espaldas.

Cargar *á* flete—*á*, *en* hombros—*con* todo—*de* trigo—*sobre* él.

Cargarse *de* razón.

Caritativo *con*, *para* *con* los pobres.

Casar (una persona ó cosa) *con* otra—*en* segundas nupcias.

Casarse *con* su prima—*por* poderes.

Castigado *de*, *por* su temeridad.

Catequizar (á alguno) *para* fin particular.

Cautivar (á alguno) *con* beneficio.

Cazcalear *de* una parte *á* otra—*por* las calles.

Cebarse *en* la matanza.

- Ceder *á* la autoridad—*de* su derecho—*en* honra de alguno.
Cegarse *de* cólera.
Censurar (algo) *á*, *en* alguno.
Ceñir *de*, *con* laureles.
Ceñirse *á* lo justo.
Cerca *de* la villa.
Cercano *á* su fin.
Cerciorarse *de* un suceso.
Cerrado *de* mollera.
Cerrar *á* piedra y lodo—*con*, *contra* el enemigo.
Cerrarse *en* callar.
Cesar *de* correr—*en* su empleo.
Ciego *con* los celos—*de* ira.
Cierto *de* su razón.
Cifrar (su deseo) *en* las riquezas.
Circunscribirse *á* una cosa.
Clamar *á* Dios—*por* dinero.
Clamorean *á* muerto las campanas—*por* alguna cosa.
Clavar *á*, *en* la pared.
Cobrar *de* los deudores—*en* papel.
Cocer *á* la, *con* lumbré.
Codicioso *de* dinero.
Coetáneo *de* César.
Coexistir *con* Homero.
Coger *á* mano—*al* ladrón *con* el hurto—*de* buen humor—*de* la, *por* la mano.
Cojear *del* pie derecho.
Cojo *de* nacimiento.
Colegir *de*, *por* los antecedentes.
Colgar *de* un clavo—*en* la percha.
Coligarse *con* alguno.
Colmar *de* improperios.
Colocar *con*, *en*, *por* orden—*entre* dos cosas.
Combatir *con*, *contra* el enemigo.
Combinar (una cosa) *con* otra.
Comedirse *en* las palabras.
Comenzar *á* decir—*por* reñir.
Comer *á* dos carrillos—(pan) *á* manteles—*de* todo—*de* vigilia—*por* cuatro.
Comerciar *con* su crédito—*en* granos—*por* mayor.

- Comerse *de* envidia.
Compadecerse (una cosa) *con* otra—*del* infeliz.
Compañero *de*, *en* las fatigas.
Comparar (un objeto) *á*, *con* otro.
Compartir *en* dos cestas la fruta—*entre* varios.
Compatible *con* la justicia.
Compeler (*á* otro) *al* pago.
Compensar (una cosa) *con* otra.
Competir *con* alguno.
Complacer *á* un amigo.
Complacerse *con* la noticia—*de*, *en* alguna cosa.
Cómplice *con* otros—*de* otro—*en* el delito.
Componerse *con* los deudores—*de* bueno y malo.
Comprar (algo) *al* fiado—*del* comerciante—*por* libras.
Comprensible *al* entendimiento—*para* todos.
Comprobar *con* fechas—*de* cierto.
Comprometer *á* otro—*en* jueces árbitros.
Comprometerse *á* pagar—*con* alguno—*en* una empresa.
Comulgar (*á* otro) *con* ruedas de molino.
Común *á* todos—*de* dos.
Comunicar (uno) *con* otro.
Comunicarse (dos lagos) *entre* sí—*por* señas.
Concentrar (el poder) *en* una mano.
Conceptuado *de* inteligente.
Concertar (uno) *con* otro—*en* género y número—(las paces)
entre dos contrarios.
Conciliarse (el respeto) *de* todos.
Concluir *con* algo—(*á* uno) *de* ignorante—*en* vocal.
Concordar (la copia) *con* el original.
Concurrir *á* algún fin—*á* un lugar—*con* otros—(muchos) *en*
un dictamen.
Condenar (*á* uno) *á* galeras—*con* costas—*en* las costas.
Condescender *á* los ruegos—*con* la instancia—*en* retirarse.
Condolerse *de* los trabajos.
Conducir (una cosa) *al* bien de otro—*por* mar.
Confabularse *con* los contrarios.
Confederarse *con* alguno.
Conferir (un negocio) *con*, *entre* los amigos.
Confesar (el delito) *al* juez.
Confesarse *á* Dios—*con* alguno—*de* sus culpas.

Confiar *de*, *en* alguno.

Confinar (á alguno) *á*, *en* tal parte—(España) *con* Francia.

Confirmar (al orador) *de* docto—*en* la fe—*por* sabio.

Confirmarse *en* su dictamen.

Conformar (su opinión) *á*, *con* la ajena.

Conformarse *al*, *con* el tiempo.

Conforme *á*, *con* su opinión—(con otro) *en* su parecer.

Confrontar (una cosa) *con* otra.

Confundirse *de* lo que se ve—(una cosa) *con* otra—*en* sus juicios.

Congeniar *con* alguno.

Congraciarse *con* otros.

Congratularse *con* los suyos—*de*, *por* alguna cosa.

Conjeturar (algo) *de*, *por* los indicios.

Conmutar (algo) *con* otra cosa—(una pena) *en* otra.

Conocer *á* otro—*de* vista—*de*, *en* tal asunto—*por* su fama.

Consagrar, y consagrarse, *á* Dios

Consentir *con* los caprichos—*en* algo.

Conservarse *con*, *en* salud—*en* su retiro.

Considerar (una cuestión) *bajo*, *en* todos sus aspectos—*por* todos lados.

Consistir *en* una friolera.

Consolar (á uno) *de* un trabajo—*en* su aflicción.

Consolarse *con* sus parientes—*en* Dios.

Conspirar *á* un fin—*con* otros—*contra* alguno—*en* un intento.

Constante *en* la adversidad.

Constar (el todo) *de* partes—*de*, *en* los autos—*por* escrito.

Constituido *en* dignidad (un censo) *sobre* una dehesa.

Consultar *con* letrados—(á alguno) *para* un empleo.

Consumado *en* una facultad.

Consumirse *á* fuego lento—*con* la fiebre—*de* fastidio—*en* meditaciones.

Contagiarse *con*, *del*, *por* el roce.

Contaminarse *con* los vicios—*de*, *en* la herejía.

Contar (algo) *al* vecino—*con* sus fuerzas—*por* verdadero.

Contemplar *á* un niño—*en* Dios.

Contemporizar *con* alguno.

Contender *con* alguno—*en* hidalguía—*por* las armas—*sobre* alguna cosa.

- Contenerse *en* sus deseos.
Contentarse, contento, *con* su suerte—*del* parecer.
Contestar *á* la pregunta—*con* el declarante.
Contiguo *al* jardín.
Continuar *en* su puesto—*con* salud—*por* buen camino.
Contra (estar *en*) *de* alguno.
Contraer (algo) *á* un asunto—(amistad) *con* alguno.
Contrapesar (una cosa) *con* otra.
Contraponer (una cosa) *á*, *con* otra.
Contrapuntarse *con* alguno—*de* palabras.
Contrario *á*, *de* muchos—*en* ideas.
Contravenir *á* la ley.
Contribuir *á*, *para* tal cosa—*con* dinero.
Convalecer *de* la enfermedad.
Convencerse *con* las razones—*de* la razón.
Convenir (una cosa) *al* pueblo—*con* otro—*en* alguna cosa.
Convenirse *á*, *con*, *en* lo propuesto.
Conversar *con* alguno—*en*, *sobre* materias fútiles.
Convertir *á* otro objeto la cuestión—(la hacienda) *en* dinero.
Convertirse *á* Dios—(el mal) *en* bien.
Convidar (*á* alguno) *á* comer—*con* un billete.
Convidarse *á*, *para* la fiesta.
Convocar *á* junta.
Cooperar *á* alguna cosa—*con* otro.
Copiar *á* plana y renglón—*del* original.
Coronar *con*, *de* flores—*en* flores ⁽¹⁾—*por* monarca.
Corregirse *de* una falta.
Correr *á* caballo—*con* los gastos—*en* busca de uno—*por* mal camino—(un velo) *sobre* lo pasado.
Correrse (de vergüenza) *por* una culpa.
Corresponder *á* los beneficios—*con* el bienhechor.
Corresponderse *con* extranjeros—*con* agradecimiento.
Cortar *de* vestir—*por* lo sano.
Corto *de* genio—*en* dar.
Coser *á* puñaladas—*para* el corte.
Coserse (unos) *á*, *con* otros.

(1) Poético.

- Cotejar (la copia) *con* el original.
 Crecer *en* virtudes.
 Crecido *de* cuerpo—*en* bienes.
 Creer *de* otro tal cosa—*de* su obligación—*en* Dios—(á uno)
por, sobre su dicho.
 Creerse *de* habladurías.
 Criar á los pechos—*con* leche de cabras—*en* el santo temor
 de Dios.
 Criarse *en* buenos pañales—*para* las armas.
 Cristalizar, cristalizarse *en* prismas.
 Cruel *con, para, para con* su esposa—*de* condición.
 Cruzar *por* enfrente.
 Cruzarse *de* caballero—*de* brazos—*de* palabras.
 Cuadrar (una cosa) *al* interesado—lo uno *con* lo otro.
 Cubrir ó cubrirse, *con, de* ropa—*de* grande.
 Cucharetear *en* todo.
 ¡Cuenta *con* lo que dices!
 ¡Cuidado *conmigo*!
 Cuidadoso *con, para con* un enfermo—*del, por* el resultado.
 Cuidar *de* algo, *de* alguno.
 Culpar (á uno) *de* omiso—*en* otro lo que en sí se disculpa—(á
 otro) *por* lo que hace.
 Cumplir á uno la promesa—cumplir (corresponder) á uno ha-
 cer un esfuerzo—*con* alguno—*con* su obligación—*por* su
 padre.
 Curar (cecina) *al* humo.
 Curarse *con* baños—*de* una enfermedad—*de* lo menos impor-
 tante—*en* salud.
 Curioso *de* noticias—*por* saber.
 Curtido *al, del* sol—*en* bellaquerías.
 Curtirse *al, con* el aire—*en* los trabajos.

Ch

- Chancearse *con* cualquiera.
 Chapuzar *en* el río.
 Chico *de* cuerpo.
 Chocar á los presentes—*con* los vecinos—(los vecinos) *entre* sí.
 Chochea *con* la vejez—*de* viejo—*por* la vejez.

D

Dañar (al prójimo) *en* la honra.

Dañarse *del* pecho.

Dar (algo) *á* cualquiera—*con* la carga *en* el suelo—golpes *con* un martillo—*con* quien lo entiende—(*á* alguno) *de* palos—(*á* la madera) *de* blanco—*de* baja—*de* sí—*en* manías—*en* ello (comprenderlo, adivinarlo)—*por* visto—*por* Dios—*sobre* el más flaco.

Darse *á* estudiar—*contra* la pared—*de* cachetes—*por* vencido.

Debajo *de* la mesa.

Deber (dinero) *á* alguno—*de* justicia—*de* venir.

Decaer *de* su prosperidad—*en* fuerzas.

Decidir *de* todo—*en* un pleito—*sobre* un punto.

Decidirse *á* viajar—*en* favor—*por* un sistema.

Decir (algo) *á* otro—(bien) *con* una cosa—*de* alguno—*de* memoria—*en* conciencia—*para* sí—(una cosa) *por* otra.

Declarar *en* la causa—*por* contrario al indiferente.

Declararse *con* alguno—*por* un partido.

Declinar *á*, *hacia* un lado—*de* allí—*en* baja.

Dedicar (tiempo) *al* estudio.

Dedicarse *á* la medicina.

Deducir *de* lo, *por* lo dicho.

Defender (*á* uno) *de* sus contrarios—*por* pobre.

Defenderse *contra*, *de* tres—*con* testimonios.

Deferir *al* parecer de otro.

Defraudar (algo) *al*, *del* depósito—*en* las esperanzas.

Degenerar *de* su estirpe—*en* monstruo.

Dejar *con* la boca abierta—*de* escribir—(algo) *en* manos de otro—*para* mañana—(*á* alguien) *por* loco—*por* hacer.

Dejarse *de* rodeos.

Delante *de* alguno.

Delatar (un crimen), y delatarse, *al* juez.

Deleitarse *con* la vista—*de*, *en* oír.

Deliberar *en* junta—*entre* amigos—*sobre* tal cosa.

Definir *en* poesía—*por* la música.

Demandar *ante* el juez—*de* calumnia—*en* juicio.

Demás *de* esto.

Dentro *de* casa.

Departir *con* el compañero—*de, sobre* la guerra.

Depender *de* alguno.

Deponer *contra* el acusado—(*á* alguno) *de* su empleo—*en* juicio.

Depositar *en* el Banco.

Depresivo *á* un personaje—*de* la nobleza.

Derivar, y derivarse, *de* grave autoridad.

Derramar, y derramarse, *al, en, por* el suelo.

Derribar *de* la cumbre *al* valle—*en, por* tierra.

Derrocar, *ídem*.

Desabrirse *con* alguno.

Desacreditar, ó desacreditarse *con, para con* el pueblo—*en* su profesión—*entre* los compañeros.

Desagradable *al* gusto—*con, para con* las gentes.

Desagradecido *al* beneficio—*con, para con* su bienhechor.

Desaguar, desaguarse un pantano *por* las esclusas.

Desahogarse (con alguno) *de* su pena—*en* denuestos.

Desalojar *del* puesto.

Desapoderado *en* su ambición.

Desapoderar *de* la herencia.

Desapropiar, y desapropiarse, *de* algo.

Desarraigar *del* suelo.

Desasirse *de* malos hábitos.

Desatarse *de* todos los vínculos—*en* improprios.

Desavenirse *con* alguno—*de* otros—(*dos*) *entre* sí.

Desayunarse *con* chocolate—*de* alguna noticia.

Desbordarse (el río) *en* la arena—*por* los campos.

Descabezarse *con, en* una dificultad.

Descalabazarse *con, en, por* alguna cosa.

Descalabrar *á* gritos—*con* su voz.

Descansar *de* la fatiga—(el amo) *en* el criado—*sobre* las armas.

Descararse *á* pedir—*con* el jefe.

Descargar *en, contra, sobre* el inocente.

Descargarse *con* el ausente—*de* alguna cosa.

Descartarse *de* la incumbencia.

Descender *al* valle—*de* buen linaje—*en* el favor—*por* grados.

Descolgar *al* jardín—*con* una noticia—*de, por* la pared.

Descollar *en* gallardía—*entre, sobre* otros.

Descomponerse *con* alguno—*en* palabras.

Desconfiar *de* alguno.

- Desconocido *á* los beneficios—*de* sus paisanos—*para* todos.
Descontar *de* una cantidad.
Descontento *con* su suerte—*de* sí mismo.
Descubrirse *á*, *con* alguno.
Descuidarse *de*, en su obligación.
Desdecir *de* su carácter
Desdecirse *de* su promesa.
Desdeñarse *de* alguna cosa.
Desdichado *de* mí, *de* tí, *del* que nace con mala índole—*en* elegir—*para* gobernar.
Desechar *del* pensamiento.
Desembarazarse *de* estorbos.
Desembarcar *de* la nave—*en* el puerto.
Desembocar *en* el mar.
Desemejante *de* los otros.
Desempeñarse *de* sus deudas.
Desenfrenarse *en* los apetitos.
Desengañarse *de* una ilusión.
Desenredarse *del* lazo.
Desenterrar *del*, *de* entre el polvo.
Deseo, deseoso, *del* bien público.
Desertar *de* sus banderas *á* las contrarias.
Desesperar *de* la pretensión.
Desfallecer *de* ánimo, *de* hambre.
Desfogar la cólera *en* alguno.
Deshacerse *de* alguna cosa—*en* llanto.
Desímpresionarse *de* una idea.
Desistir *del* intento.
Desleal *á* su rey—*con* su amada.
Desleir *en* el agua.
Deslizarse *al*, *en* el vicio—*por* la pendiente.
Desmentir *á* uno—(una cosa) *de* otra.
Desnudarse *de* los afectos de la sangre.
Desorden *en* la administración.
Despedirse *del* caminante.
Despegarse *del* mundo.
Despeñarse *al*, *en* el mar—*de* un vicio *en* otro—*por* la cuesta.
Despertar *al* que duerme—*del* sueño.
Despicarse *de* la ofensa.
Despoblarse *de* gente

- Despojar ó despojarse, *de* la ropa.
Desposarse *con* soltera—*por* poderes.
Desposeer *de* una cosa.
Desprenderse *de* algo.
Después *de* cena—*de* llegar.
Despuntar *de* ingenioso—*en* la sátira—*por* la pintura.
Desquitarse *de* la pérdida.
Desternillarse *de* risa.
Desterrar (á uno) *á* una isla—*de* su patria.
Destinar *á* la iglesia—un regalo *para* la señora.
Destituir *de* su cargo.
Desvergonzarse *con* alguno.
Desviarse *del* camino.
Desvivirse *por* algo.
Detenerse *á* comer—*con*, *en* los obstáculos.
Determinarse *á* partir—*en* favor de uno.
Detestar *de* la mentira.
Detrás de la cerca.
Deudor *á* la, *de* la Hacienda—*en*, *por* muchos miles.
Devoto *de* su santo.
Dichoso *con* su suerte—*en* su estado.
Diestro *en* razonar—*en* la esgrima.
Diferencia *de* mayor á menor—*entre* lo temporal y lo eterno.
Diferenciarse (uno) *de* otro—*en* el habla.
Diferir (algo) *á*, *para* otro tiempo—*de* hoy á mañana—*en* pareceres—*entre* sí.
Difícil *de* explicar.
Dignarse *de* otorgar licencia.
Dilatar (un asunto) *á*, *para* otra ocasión—*de* mes en mes—*hasta* mañana.
Dilatarse *en* argumentos.
Diligente *en* su oficio—*para* cobrar.
Dimanar (una cosa) *de* otra.
Diputado *á*, *en* Cortes.
Diputar *para* un objeto.
Dirigir *á*, *hacia* Sevilla —(á otro) *en* una empresa—*para* un fin—*por* un atajo.
Discernir (una cosa) *de* otra.
Discordar *del* maestro—*en* opiniones—*sobre* filosofía.
Discrepar (un peso de otro) *en* onzas.

- Disculpar (al discípulo) *con* el catedrático.
Disculparse *con* alguien—*de* una distracción.
Discurrir *de* un punto á otro—*en* varias materias—*sobre* artes.
Disentir *de* los otros—*en* opiniones.
Disfrazar *con* buenas apariencias.
Disfrazarse *de* moro—*con*, *en* traje humilde.
Disfrutar *de* buena renta.
Disgustarse *con*, *de* alguna cosa—*por* causas frívolas.
Disimular *con* otro.
Disolver *en* espíritu de vino—*con* agua fuerte.
Dispensar *de* asistir.
Disponer á bien morir—*de* los bienes—*en* hileras—*por* secciones.
Disponerse á, *para* caminar.
Disputar *con* su hermano—*de*, *por*, *sobre* alguna cosa.
Distar (un pueblo) *de* otro.
Distinguir (una cosa) *de* otra.
Distinguirse *de* sus compañeros—*en* las letras—*entre* todos—*por* único.
Distraerse á diferente materia—*con*, *por* el ruido—*de*, *en* la conversación.
Distribuir *en* porciones—*entre* los necesitados.
Disuadir *de* pleitear.
Diverso *de* los demás—*en* carácter.
Divertir *de* un objeto la atención.
Divertirse *con* un amigo—*en* pintar.
Dividir *con*, *entre* muchos—(una cosa) *de* otra—*en* partes—*por* mitad.
Divorciarse *de* su consorte.
Doblar á palos—*de* un golpe—*por* un difunto.
Doble *de* la medida.
Dócil *al* mandato—*de* condición—*para* aprender.
Docto *en* jurisprudencia.
Doctor *en* teología.
Dolerse *de* los pecados—(con un amigo) *de* los trabajos de otro.
Dormir á pierna suelta—*con* el niño—*en* paz—*sobre* ello.
Dotado *de* ciencia.
Dotar (á una hija) *con* bienes raíces—*de* lo mejor de un patrimonio—*en* medio millón.

Ducho *en* negocios—*en* varias materias.
Dudar *de* alguna cosa—*en* salir—*entre* el sí y el nó.
Dulce *al* gusto—*de*, *en* el trato—*para* tratado.
Durar *en* el mismo estado—*por* mucho tiempo.
Duro *de* corazón.

E

Echar (algo) *á*, *en*, *por* tierra—*de* casa—(olor) *de* sí—*de* ver—
sobre sí la carga.
Echarla *de* guapo.
Educar *en* los buenos principios.
Ejercitarse *en* las armas.
Elevarse *al*, *hasta* el cielo—*de* la tierra—*en* éxtasis—*por* los
aires—*sobre* el vulgo.
Embadurnar *de* almazarrón.
Embarazada *de* seis meses.
Embarazarse *con* la ropa.
Embarcarse *de* pasajero—*en* un vapor—*para* América.
Embebecerse *en* mirar.
Embeberse *del* espíritu—*en* la doctrina de Luis Vives.
Embelesarse *con* un niño—*en* oír.
Embestir *con*, *contra* la fiera.
Embobarse *con*, *de*, *en* algo.
Emborracharse *con* ponche—*de* aguardiente.
Emboscarse *en* la espesura.
Embozarse *con* la capa—*en* el manto.
Embravecerse *con*, *contra* el débil.
Embriagarse *con* aguardiente—*de* júbilo.
Embutir *de* algodón—(una cosa) *en* otra.
Empacharse *de* hablar—*por* nada.
Empalagarse *de* todo.
Empalmar (un madero) *con*, *en* otro.
Empapar *de*, *en* esencias.
Empaparse *en* la moral cristiana.
Emparejar *con* alguno—*con* la venta.
Emparentar *con* extranjeros.
Empedrar *con*, *de* adoquines.
Empeñarse *con*, *por* alguno—*en* una cosa—*en* mil duros.

- Empezar á brotar—*con* bien—*en* malos términos—*por* lo difícil.
- Emplearse *en* alguna cosa.
- Empotrar *en* el muro.
- Emprender *con* cuanto se presenta—(alguna obra) *por* sí solo.
- Empujar á, *hacia*, *hasta* un abismo—*contra* la pared.
- Emular *con* alguno.
- Émulo *del* ministro—*en* influencia.
- Enajenarse *de* alguna cosa.
- Enamorarse, y enamoricarse, *de* alguno.
- Encajar (la puerta) *con*, *en* el cerco.
- Encajarse *en* la reunión.
- Encallar (la nave) *en* arena.
- Encaminarse á alguna parte.
- Encanecer *en* los trabajos.
- Encapricharse *con*, *en* una tema.
- Encaramarse *al* tejado—*en* un árbol.
- Encararse á, *con* alguno.
- Encargarse *de* algún negocio.
- Encarnizarse *con*, *en* los fugitivos.
- Encenagarse *en* vicios.
- Encender á, *en* la lumbre.
- Encenderse *en* ira.
- Encogerse *de* hombros.
- Encomendar (la hacienda) *al* mayordomo.
- Encomendarse á Dios—*en* manos de alguno.
- Enconarse *con* alguno—*en* acusarle.
- Encontrar *con* un obstáculo.
- Encontrarse *con* un amigo—*en* varias ideas.
- Encuadernar á la rústica—*de* fino—*en* pasta.
- Encumbrarse á, *hasta* el cielo—*sobre* sus conciudadanos.
- Encharcarse *en* agua.
- Endurecerse *al* trabajo—*con*, *en*, *por* el ejercicio.
- Enemistar á uno *con* otro.
- Enfadarse *con*, *contra* un súbdito—*de* la réplica—*por* poco.
- Enfermar *del* pecho.
- Enfermo *con* calentura—*del* hígado—*de* peligro.
- Enfrascarse *en* la plática.
- Enfurecerse *con*, *contra* alguno—*de* ver injusticias—*por* todo.
- Engalanarse *con* brocados.

- Engañarse *con*, *por* las apariencias—*en* la cuenta.
Engastar *con* perlas—*en* oro.
Engolfarse *en* cosas graves.
Engolosinarse *con* algo.
Engreirse *con*, *de* su fortuna.
Enjugar (ropa) *á* la lumbre.
Enjuto *de* carnes.
Enlazar (una cosa) *á*, *con* otra.
Enloquecer *de* pesadumbre.
Enmendarse *con*, *por* el aviso—*de* una falta.
Enojarse *con*, *contra* el malo—*de* lo que se dice.
Enojoso *á* su familia—*en* el habla.
Enredarse (una cosa) *á*, *con*, *en* otra—*de* palabras—*entre* zarzas.
Enriquecer *con* dádivas—*de* dones.
Enriquecerse *de* ciencia.
Ensangrentarse *con*, *contra* uno.
Ensayarse *á* cantar—*en* el canto—*para* hablar en público.
Enseñado *en* buenas doctrinas.
Enseñar *á* leer —*por* buen autor.
Enseñorearse *de* un reino.
Entapizar *con*, *de* ricas telas.
Entender *de* alguna cosa—*en* sus negocios.
Entenderse *con* alguien —*por* señas.
Enterarse *de* la carta—*en* el asunto.
Entrambos *á* dos.
Entrar *á* saco—*con* todo—*de* novicio —*en* la iglesia—*hasta* el coro —*por* poco, *ó* *por* mucho.
Entregar (algo) *á* alguno.
Entregarse *al* estudio—*de* un establecimiento—*en* brazos de la suerte.
Entremeterse *en* asuntos de otro.
Entresacar (todo lo bueno) *de* un libro.
Entretenirse *con* ver la tropa—*en* leer.
Entristecerse *con*, *de*, *por* la noticia.
Envanecerse *con*, *de*, *en*, *por* la victoria.
Envejecer *con*, *por* los disgustos—*en* el oficio.
Enviar (*á* alguno) *á* la corte—*con* un presente—*de* apoderado —*por* vino.
Enviciarse *con*, *en* el juego.
Envolver *con* papeles —*en*, *entre* lienzo.

- Envolverse *con, en* la manta—*entre* mantas.
 Enzarzarse *en* una quimera.
 Equipar (á uno) *con, de* lo necesario.
 Equiparar (una cosa) *á, con* otra.
 Equivocar (una cosa) *con* otra.
 Equivocarse *con* otro—*en* algo.
 Erizado *de* espinas.
 Erudito *de* antigüedades.
 Escabullirse *entre, de entre, por entre* la multitud.
 Escapar *á* la calle—*con* vida—*en* una tabla.
 Escarmentado *de* rondar.
 Escarmentar *con* la desgracia—*en* cabeza ajena.
 Escaso *de* medios—*en* pagar—*para* lo más preciso.
 Escoger *del, en* el montón—*entre* varias cosas—*para, por* mujer.
 Escondirse *á* la persecución—*de* alguno—*en* alguna parte—*entre* las matas.
 Escribir *de, sobre* historia—*desde* Roma—*en* español—*por* el correo.
 Escrupulizar *en* pequeñeces.
 Escuchar *en* silencio.
 Escudarse *con, de* la fe—*contra* el peligro.
 Esculpir *á* cincel—*de* relieve—*en* mármol.
 Escupir *al, en* el rostro.
 Escurrirse *al* suelo—*de entre, entre* las manos.
 Esencial *al, en, para* el negocio.
 Esforzarse *á, en, por* trabajar.
 Esmaltar *con, de* flores—*en* flores (1).
 Esmerarse *en* alguna cosa.
 Espantarse *al, con* el estruendo—*de, por* algo.
 Especular *con* algo—*en* papel.
 Esperar *á* que vengan—*de* Dios—*en* Dios.
 Estampar *á* mano—*contra* la pared—*en* papel—*sobre* tela.
 Estar *á, bajo* la orden de otro—*con, en* ánimo de viajar—*de* vuelta—*en* casa—*entre* enemigos—*para* salir—*por* alguno—(algo) *por* suceder—*sin* sosiego—*sobre* sí.
 Estéril *de, en* frutos.

(1) Poético.

- Estimular *al* estudio—*con* premios.
Estragarse *con* la prosperidad —*por* las malas compañías.
Estrecharse *con* alguno—*en* los gastos.
Estrecho *de* manga.
Estrellarse *con* alguno—*contra*, *en* alguna cosa.
Estrenarse *con* una obra maestra.
Estribar *en* el plinto.
Estropeado *de* manos y pies.
Estudiar *con* los Escolapios—*en* buen autor—*para* médico—
por Nebrija — *sin* maestro.
Exacto *en* sus promesas.
Examinar, y examinarse, *de* gramática.
Exceder (una cuenta) *á* otra—*de* la talla— *en* mil reales.
Excederse *de* sus facultades.
Exceptuar (*á* alguno) *de* la regla.
Excitar *á* la rebelión.
Excluir (*á* alguno) *de* alguna parte ó cosa.
Excusarse *con* alguno—*de* hacer alguna cosa.
Exento *de* cargas.
Exhortar *á* la penitencia.
Eximir, y eximirse, *de* alguna ocupación.
Exonerar *del* empleo.
Expeler *del* reino—*por* la boca.
Exponer *al*, *ante* el público.
Exponerse *á* un desaire.
Extenderse *á*, *hasta* mil reales —*en* digresiones.
Extraer *de* la mina.
Extrañar *de* la patria.
Extrañarse *de*, *con* su amigo.
Extraño *al* asunto —*de* ver.
Extraviarse *á* otra cuestión—*de* la carretera—*en* sus opiniones.

F

- Fácil *á* cualquiera —*con*, *para*, *para* *con* los inferiores—*de* digerir—*en* creer.
Faltar *á* la palabra—*de* alguna parte—*en* algo—(un real)
para veinte—(la cola) *por* desollar.
Falto *de* juicio.

- Fallar *con, en* tono magistral.
Fastidiarse *de* manjares.
Fatigarse *de* andar—*en* pretensiones—*por* sobresalir.
Favorable *á, para* alguno.
Favorecerse *de* alguien.
Favorecido *de* la suerte—*por* el ministro.
Fecundo *de* palabras—*en* recursos.
Fértil *de, en* granos.
Fiar (algo) *á, de* alguno—*en* sí.
Fiarse *á, de, en* alguno.
Fiel *á, con, para* con sus amigos—*en* su creencia.
Fijar *en* la pared.
Fijarse *en* el buen propósito.
Firmar *con* estampilla—*de* propia mano—*en* blanco—*por* su principal.
Firme *de* hombros—*en* su designio.
Flaco *de* estómago—*en* sus resoluciones.
Flanqueado *de* torres.
Flaquear *en* la honradez—*por* los cimientos.
Flexible *á* la razón—*de* talle.
Flojo *de* piernas—*en, para* la fatiga.
Floreecer *en* virtudes.
Fluctuar *en, entre* dudas.
Forastero *en* su país.
Forjar (el hierro) *en* barras.
Formar, y formarse, *con* el buen ejemplo—(quejas) *de* un amigo—*en* columna—*por* compañías.
Forrado. (Véase Aforrado).
Forrar *de, con* seda—*en* cobre.
Fortificarse *con* faginas—*contra* el enemigo—*en* un punto.
Franco *á, con, para, para con* todos—*de* carácter—*en* decir.
Franquearse *á, con* alguno.
Freir *con, en* aceite.
Frisar (una moldura) *con, en* otra.
Fuera *de* casa.
Fuerte *con* los débiles—*de* condición—*en* razones.
Fumar *con* tenacillas—*en* pipa.
Fundarse *en* razón.
Furioso *al* oírlo—*con* la noticia—*contra* la mentira—*de* ira—
por un contratiempo.

G

- Ganar *al* ajedrez—*con* el tiempo—*de* posición—*en* categoría—*por* la mano—no ganar *para* sustos.
- Gastar *con* garbo—*de* su hacienda—*en* banquetes.
- Generoso *con*, *para* *con* los pobres—*de* espíritu—*en* acciones.
- Girar *á* cargo *de*, *contra* otro—*de* una parte *á* otra—*en* torno—*hacia* la izquierda—*por* tal parte—*sobre* una casa de comercio.
- Gloriarse *de* alguna cosa—*en* el Señor.
- Gordo *de* talle.
- Gozar, y gozarse, *con*, *en* el bien común—*de* alguna cosa.
- Gozoso *con* la noticia—*del* triunfo.
- Grabar *al* agua fuerte—*con* agujas—*en* madera.
- Graduar *á* claustro pleno—(una cosa) *de*, *por* buena.
- Graduarse *de* licenciado—*en* leyes.
- Grande *de* talla—*en*, *por* sus acciones.
- Granjear (la voluntad) *á*, *de* alguno—*para* sí.
- Grato *al*, *para* el oído—*de* recordar.
- Gravar *con* impuestos—*en* mucho.
- Gravoso *al* pueblo.
- Grueso *de* cuello.
- Guardar *bajo*, *con* llave—*en* la memoria—*entre* algodones—*para* simiente.
- Guardarse *de* algo, *de* alguno.
- Guarecerse *bajo* el pórtico—*de* la intemperie—*en* una choza.
- Guarnecer (una cosa) *con*, *de* otra.
- Guiado *de*, *por* alguno.
- Guiarse *por* un práctico.
- Guindarse *de* una ventana—*por* la pared.
- Gustar *de* bromas.
- Gusto *al* baile—*para* vestir—*por* las antigüedades.
- Gustoso *al* paladar—*en* alguna cosa.

H

- Haber *á* las manos—*de* morir—(á alguno) *por* confeso.
- Haberlo *de* la cabeza.

Habérselas *con* otro.

Hábil *en* papeles—*para* el empleo.

Habilitar (á uno) *con* fondos—*de, en, para* alguna cosa.

Habitar *bajo* un techo—*con* alguno—*en* tal parte—*entre* fieras.

Habituarse *al* frío.

Hablar *con* alguno - *de, en, sobre* alguna cosa—*entre* dientes
—*por* sí y *por* otros—*sin* ton ni son.

Hacer *á* todo—(mucho) *con* poco trabajo—*de* valiente—*de*
galán ó barba - (algo) *en* regla—*para* sí—*por* alguno.

Hacerse *á* las armas—*con, de* buenos libros—*de* rogar—(algo)
en debida forma.

Hallar (un bolsillo) *en* la calle.

Hallarse *á, en* la fiesta—*con* un obstáculo.

Hartar, y hartarse, *con* fruta—*de* esperar.

Helarse *de* frío.

Henchir (el colchón) *de* lana.

Heredar *de* un pariente— *en* el título—*en, por* línea recta.

Herir *de* muerte—*en* la estimación.

Hermanar, ó hermanarse, dos, *á* dos—(una cosa) *con* otra—
entre sí.

Herrar *á* fuego—*en* frío.

Hervir (un lugar) *de, en* gente.

Hincarse *de* rodillas.

Hocicar *con, contra, en* alguna cosa.

Holgarse *con, de* alguna cosa.

Hollar *con* la planta el suelo.

Hombrearse *con* los mayores.

Honrarse *con* la amistad de alguno—*de* complacer á un amigo.

Huésped *de* su tío—*en* su casa.

Huir *al* despoblado—*de* la villa.

Humanarse *á* lavar los pies á un pobre—*con* los vencidos.

Humano *con* el rendido—*en* su comportamiento.

Humedecer *con, en* un líquido.

Humillarse *á* alguna persona ó cosa—*ante* Dios.

Hundir, ó hundirse, *en* el cieno.

Hurtar *de* la tela—*en* el precio.

Hurtarse *á* los ojos *de* otro.

I

- Idóneo *para* alguna cosa.
Igual *á, con* otro—*en* fuerzas.
Igualar (una cosa) *á, con* otra—*en* la medida.
Igualarse *á, con* otro—*en* saber.
Imbuir (á alguno) *de, en* alguna cosa.
Impaciente *con, de, por* la tardanza.
Impedido *de* un brazo—*para* trabajar.
Impeler (á alguno) *á* alguna cosa.
Impelido *de* la necesidad—*por* el ejemplo.
Impenetrable *á* todos—*en* el secreto.
Impetrar algo *del* superior.
Implacable *en* la ira.
Implicarse *con* alguno — *en* algún enredo.
Imponer (pena) *al* reo—*en* la Caja de Ahorros—*sobre* consumos.
Imponerse *en* sus quehaceres.
Importar (mucho) *á* alguno—(géneros) *de* Francia *á, en* España.
Importunar *con* pretensiones.
Imposibilidad *de* vencer.
Impotente *contra* la mala fortuna — *para* el mal.
Imprimir *con, de* letra nueva — *en* el ánimo—*sobre* la cera.
Impropio *á, de, en, para* su edad.
Impugnado *de, por* todos.
Inaccesible *á* los pretendientes.
Inapeable *de* su opinión.
Incansable *en* el trabajo.
Incapaz *de* heredar—*para* un cargo.
Incautarse *de* lo ajeno.
Incesante *en* sus tareas.
Incidir *en* culpa.
Incierto *del* triunfo—*en* sus opiniones.
Incitar (á alguno) *á* rebelarse—*contra* otro—*para* pelear.
Inclinar (á alguno) *á* la virtud.
Inclinarse *á* la adulación—*hasta* el suelo.
Incluir *en* el número—*entre* los buenos.
Incompatible (un destino) *con* otro.

- Incomprensible *á*, *para* los hombres.
Inconsecuente *con*, *para*, *para con* los amigos—*en* alguna cosa.
Inconstante *en* su proceder.
Incorporar (una cosa) *á*, *con*, *en* otra.
Increíble *á*, *para* muchos.
Inculcar *en* el ánimo.
Incumbir *al* Alcalde tal diligencia.
Incurrir *en* falta.
Indeciso *en*, *para* resolver.
Indemnizar (*á* alguno) *del* perjuicio.
Independiente *de* todos — *en* sus dictámenes.
Indignarse *con*, *contra* alguno—*de*, *por* una mala acción.
Indisponer (*á* uno) *con*, *contra* otro.
Inducir (*á* uno, *á* pecar—*en* error.
Indulgente *con*, *para*, *para con* el prójimo—*en* sus juicios.
Indultar (*á* alguno) *de* la pena.
Infatigable *en*, *para* el estudio.
Infatuarse *con* los aplausos.
Infecto *de* herejía.
Inferior *á* otro—*en* talento.
Inferir (una cosa) *de*, *por* otra.
Infestar (un pueblo) *con*, *de* malos ejemplos.
Inficionado *de* peste.
Infiel *á* su amigo—*en* sus tratos.
Inflamar, é inflamarse, *de*, *en* ira.
Inflexible *á* los ruegos —*en* su dictamen.
Influir *con* el jefe —*en* alguna cosa—*para* el indulto.
Informar (*á* alguno) *de*, *en*, *sobre* alguna cosa.
Infundir (ánimo) *á*, *en* alguno.
Ingeniarse *á* vivir con poco —*en* alguna cosa —*para* ir vi-
viendo.
Ingerir *á* púa—*de* escudete —un árbol *en* otro.
Ingerirse *en* asuntos de otros.
Ingrato *á* los beneficios—*con* los amigos—*para con* todos.
Inhábil *en* sus manejes—*para* el empleo.
Inhabilitar (*á* alguno) *de* un oficio—*para* alguna cosa.
Inherente *al* cargo que desempeña.
Inibirse (el juez) *de*, *en* el conocimiento de una causa.
Iniciar, é iniciarse, *en* los misterios.
Inmediato *á* la corte.

- Inocente *del* crimen—*en* su conducta.
 Inquietarse *con, de, por* las hablillas.
 Insaciable *de* dinero—*en* sus apetitos.
 Insensible *á* las injurias.
 Inseparable *de* la virtud.
 Insertar (un documento) *en* otro.
 Insinuar *se con* los poderosos—*en* el ánimo del Rey.
 Insípido *al* gusto.
 Insistir *en, sobre* alguna cosa.
 Inspirar (una idea) *á, en* alguno.
 Instalar (*á* uno) *en* su cargo.
 Instar *para* el logro—*por* una solicitud—*sobre* alguna cosa.
 Inteligente *en* matemáticas.
 Instruir (*á* alguno) *de, en, sobre* alguna cosa.
 Intentar (una acusación) *á, contra* alguno.
 Interceder *con* alguno—*por* otro.
 Interesarse *con* alguno—*por* otro—*en* alguna empresa.
 Internarse *en* alguna cosa, *en* algún lugar.
 Interpolare (unas cosas) *con, entre* otras.
 Interponer (su autoridad) *con* alguno—*por* otro.
 Interponerse *entre* los contendientes.
 Interpretar *del* griego *al* latín—*de* hebreo *en* castellano.
 Interpuesto *á, entre* dos sustantivos.
 Intervenir *en* el reparto—*por* alguno.
 Intolerante *con, para con* sus amigos—*en* punto de honra.
 Introducir, ó introducirse, *á* consejero—*con* los que mandan—
 en, por alguna parte—*entre* las filas.
 Inundar *de, en* sangre el suelo.
 Inútil *para* caudillo.
 Invernare *en* tal parte.
 Inverso (lo) *de* tal cosa.
 Invertir (el caudal) *en* fincas.
 Ir *á, hacia* Cádiz—*bajo* custodia—*con* su padre—*contra* al-
 guno—*de* un lado *á* otro—*en* coche—*entre* bayonetas—
 para viejo—*por* camino de hierro—*por* pan—*sobre* Túnez
 —*tras* un prófugo.

J

- Jactarse *de* noble.
 Jubilar *del* empleo.

- Jugar á los naipes—(unos) *con* otros—(alguna cosa) *con*, *por* otra—*de* manos
Juntar (alguna cosa) á, *con* otra.
Jurar *de* hacer ó no hacer alguna cosa—*en* vano—*por* su nombre—*sobre* los Evangelios.
Jurárselas á otro.
Justificarse *con*, *para con* el jefe—*de* algún cargo.
Juzgar á, *por* deshonra—*de* alguna cosa—*en* una materia—*entre* partes—*según* fuero—*sobre* apariencia.

L

- Labrar á martillo—*de* piedra un edificio—*en* el espíritu.
Ladear, y ladearse, (una cosa) á, *hacia* tal parte.
Ladearse (alguno) á otro partido —*con* un compañero.
Ladrar á la luua.
Lamentarse *de*, *por* la desgracia.
Lanzar (dardos) á, *contra* el adversario —*del* puesto.
Lanzarse *al*, *en* el mar—*sobre* la presa.
Largo *de* manos—*en* ofrecer.
Lastimarse *con*, *contra*, *en* una piedra—*de* la noticia.
Lavar *con*, *en* sangre la ofensa.
Leer *de*, *en* oposición —*sobre* cánones.
Lejano *de* la fuente.
Lejos *de* tierra.
Lento *en* resolverse—*para* comprender.
Levantar (las manos) *al* cielo—*de* cascós—*del* suelo—*en* alto — *por* las nubes —*sobre* todos.
Levantarse *con* lo ajeno—*contra* el gobierno—*de* la silla—*en* armas.
Liberal *con* todos —*de* lo suyo.
Libertar, ó libertarse, *del* peligro.
Librar á cargo *de* ó *contra* un banquero—(á alguno) *de* riesgos—*en* Dios las esperanzas—(letras) *sobre* una plaza.
Libre *de* sujeción—*en* sus discursos.
Lidiar *con*, *contra* infieles—*por* la fe.
Ligar (una cosa) á, *con* otra.
Ligarse *con*, *por* su promesa.
Ligero *de* pies—*en* afirmar.
Limitado *de* talento —*en* ciencia.

- Limpiar *de* broza la tierra.
Limpiarse *con, en* el pañuelo—*de* la broza.
Limpio *de* manos—*en* su traje.
Lindar (una tierra) *con* otra.
Lisonjearse *con, de* esperanzas.
Litigar *con, contra* un pariente—*por* pobre—*sobre* un mayorazgo.
Loco (estar) *con* su nieto—*de* amor—(ser) *en* sus acciones—*por* los toros.
Lograr *del* superior una gracia.
Luchar *con, contra* alguno—*por* recobrar algo.
Ludir (una cosa) *con* otra.

Ll

- Llamar *á* la puerta—*á* juicio—*con* la mano—*de* tú *á* otro—*por* señas.
Llamarse *á* engaño.
Llegar *á* la posada—*de* Indias.
Llenar *con* tierra el hoyo—*de* trigo el saco.
Lleno *de* alegría.
Llevar (algo) *á* casa—*con* paciencia—*de* vencida—*en* peso—*por* tema—*sobre* el corazón.
Llevarse (bien) *con* el vecino—*de* una pasión.
Llorar *de* gozo—*en, por* la felicidad ajena.
Llover *á* cántaros—(trabajos) *en, sobre* una familia—*sobre* mojado.

M

- Maldecir *á* otro—*de* todo.
Maliciar *de* cualquiera—*en* cualquiera cosa.
Malo *con, para, para con* su padre—*de* condición.
Malquistarse *con* alguno.
Mamar un vicio *con, en* la leche.
Manar (agua) *de* una fuente—(un campo) *en* agua.
Manco *de* la derecha—(no ser manco) *en, para* algún juego ó ejercicio.
Mancomunarse *con* otros.
Manchar la ropa *con, de, en* lodo.

- Mandar (una carta) *al* correo—*de* emisario—*en* casa—*por* dulces.
- Manso *de* genio—*en* su gobierno.
- Mantenedor *de*, *en* un torneo.
- Mantener (correspondencia) *con* alguno—(la cosa) *en* buen estado.
- Mantenerse *con*, *de* hierbas—*en* paz.
- Maquinar *contra* alguno.
- Maravillarse *con*, *de* una noticia.
- Marcar *á* fuego—*con* hierro—*por* suyo.
- Más *de* cien ducados.
- Matarse *á* trabajar—*con* un necio—*por* conseguir alguna cosa.
- Matizar *con*, *de* colores.
- Mayor *de* edad—*en* edad.
- Mediano *de* cuerpo—*en* capacidad.
- Mediar *con* alguno—*en* una cuestión—*entre* los contrarios—*por* un amigo.
- Medir *á* palmos—(una cosa) *con* otra—*por* varas—medirlo todo *con*, *por* un rasero.
- Medirse *con* sus fuerzas—*en* las palabras.
- Meditar *en*, *sobre* un misterio—*entre* sí.
- Medrar *en* hacienda.
- Mejorar *de* condición—(*á* una hija) *en* tercio y quinto.
- Menor *de* edad—*en* graduación.
- Menos *de* cien personas.
- Merecer *con*, *de*, *para* *con* alguno—*para* alcanzar.
- Mesurarse *en* las acciones.
- Meter *á* barato—(dinero) *en* el cofre—(una cosa) *entre* otras varias—*por* vereda.
- Meterse *á* gobernar—*con* los que mandan—*de* pies *en* los peligros—*entre* gente ruin—*por* medio.
- Mezclar (una cosa) *con* otra.
- Mezclarse *con* mala gente—*en* varios negocios.
- Mirar (la ciudad) *á* oriente—*con* buenos ojos—*de* reojo—*por* alguno—*sobre* hombro.
- Mirarse *al* espejo—*en* el agua.
- Misericordioso *con*, *para*, *para* *con* los desvalidos.
- Moderarse *en* las palabras.
- Mofarse *de* un forastero.
- Mojar *en* caldo.

- Moler á coces—*con* impertinencias.
Molerse á trabajar.
Molestar (á uno) *con* visitas.
Molesto á todos—*en* el trato.
Molido á palos—*de* andar.
Montar á caballo—*en* cólera.
Morar *en* despoblado—*entre* salvajes.
Moreno *de* cara.
Morir á manos del contrario—*de* mano airada—*de* poca edad—*de* enfermedad—*en* gracia—*entre* infieles—*para* el mundo—*por* Dios.
Morirse *de* frío—*por* lograr alguna cosa.
Mortificarse *con* ayunos—*en* algo.
Motejar (á alguno) *de* ignorante.
Motivar (el decreto) *con*, *en* buenas razones.
Mover, y moverse, á piedad—*con* lo que se oye—*de* una parte á otra.
Muchos *de* los presentes.
Mudar (alguna cosa) á otra parte—*de* intento—(una cosa) *en* otra.
Mudarse *de* casa —(el favor) *en* desvío.
Murmurar *de* los ausentes.

N

- Nacer *con* fortuna —(esto) *de* aquello—*en* Castilla—*para* trabajos.
Nadar *de* espaldas—*en* riquezas—*entre* dos aguas.
Natural *de* Sevilla.
Navegar á, *para* Indias —*con* viento fresco—*de* bolina—*contra* la corriente—*en* un vapor—*entre* dos aguas—*hacia* el polo.
Necesario á, *para* la salud.
Necesitar *de* auxilios—*para* vivir.
Negado *de* entendimiento —*para* todo.
Negarse *al* trato.
Negligente *en*, *para* recaudar.
Negociante *en* vinos—*por* mayor.
Negociar *con* papel—*en* granos.
Nimio *en* sus escrúpulos.

Ninguno *de* los presentes—*entre* tantos.
Nivelarse *á* lo justo—*con* los humildes.
Noble *de* cuna—*en* sus obras—*por* su origen.
Nombrar (*á* alguno) *para* tal empleo.
Notar *con* piedra blanca—(*á* alguno) *de* hablador—(faltas) *en*
una obra ajena.
Novicio *en* el mundo.
Nutrirse *con* manjares sustanciosos—*de*, *en* sabiduría.

O

Obedecer *al* superior.
Obligar (al usurpador) *á* restituir—*con* las finezas.
Obrar *á* ley—*con* malicia—*en* autos.
Obsequioso *con*, *para* *con* sus huéspedes.
Obstar (una cosa) *á*, *para* otra.
Obstinarse *contra* alguno—*en* alguna cosa.
Obtener (alguna gracia) *de* otro.
Ocultar (alguna cosa) *á*, *de* otro.
Ocuparse *con*, *en* varias ideas—*en* trabajar.
Ocurrir *á* la urgencia.
Odioso *á* las gentes.
Ofenderse *con*, *de* alguna cosa—*por* todo.
Ofrecerse *á* los peligros—*de* acompañante—*en* holocausto—
por servidor.
Oír *bajo* secreto—*con*, *por* sus oídos—*de* persona autorizada
—*en* justicia.
Oler *á* rosas.
Olvidarse *de* lo pasado.
Oneroso *á* sus deudos—*para* el comprador.
Opinar (bien) *de* un sujeto—*en*, *sobre* alguna cosa.
Oponerse *á* la sinrazón.
Oportuno *al*, *para* el caso—*en* las réplicas.
Oprimir *bajo* el peso—*con* el poder.
Optar *á*, *por* un empleo—*entre* dos candidatos.
Orar *en* favor de—*por* los difuntos.
Ordenado *á*, *para* tal fin—*en* series.
Ordenar, y ordenarse, *de* sacerdote—*en* filas—*por* materias.
Orgulloso *con*, *de*, *por* su caudal—*en* su aspecto.

P

- Pactar (alguna cosa) *con* otro—*entre* sí.
- Padecer *con* las impertinencias de otro—*de* los nervios—*en* la honra—*por* Dios.
- Pagar á, *en* dinero—*con* palabras—*de* sus ahorros—*por* otro.
- Pagarse *con*, *de* buenas razones.
- Paliar (alguna cosa) *con* otra.
- Pálido *de* color.
- Palpar *con*, *por* sus manos.
- Parar á la puerta—*en* casa.
- Pararse á descansar—*ante* alguna dificultad—*con* alguno—*en* alguna cosa.
- Parco *en* la comida.
- Parecer *ante* el juez—*en* alguna parte.
- Parecerse á otro—*de* cara—*en* el brío.
- Participar *de* alguna cosa—*en* el negocio.
- Particularizar *e con* alguno—*en* alguna cosa.
- Partir á, *para* Italia—(algo) *con* otros—*de* España—*en* pedazos—*entre* amigos—*por* mitad.
- Pasado *en* cuenta—*por* cedazo.
- Pasante *de* leyes—*en* teología.
- Pasar *de* Segovia á Madrid—*de* cien duros el gasto—*en* silencio—*entre* montes—*por entre* árboles—*por* cobarde.
- Pasarse al enemigo—*con* poco—(alguna cosa) *de* la memoria—*en* claro—(la fruta) *de* madura—(uno) *sin* lo que más desearía.
- Pasear la calle á una dama.
- Pasearse *con* otro—*en*, *por* el campo.
- Pasmarse *con* la helada—*de* frío.
- Pecar *con* la intención—*contra* la ley—*de* ignorante—*en* alguna cosa—*por* demasía.
- Pedir *contra* alguno—*de* derecho—*en* justicia—*para* las ánimas—*por* Dios—*por* alguno.
- Pegar (una cosa) á, *con* otra—*con* alguno—*contra*, *en* la pared—(dar golpes) *sobre* un tablero.
- Pelear *en* defensa de—*por* la patria.
- Pelearse uno *con* otro—*por* alguna cosa.
- Peligrar *en* los remedios.

- Penar *de* amores—*en* la otra vida—*por* alguna persona ó cosa.
Pender *ante* el tribunal—*de* un cabello—*en* la cruz.
Penetrado *de* dolor.
Penetrar *en* la hondura—*entre, por entre* las filas—*hasta* las entrañas—*por* lo más espeso.
Penetrarse *de* la razón.
Pensar *en, sobre* alguna cosa—*entre* sí—*para* consigo—*para* sí.
Perder *al, en* el juego—(algo) *de* vista.
Perderse (alguno) *de* vista—*en* el camino—*por* temerario.
Perecer *de* hambre.
Perecerse *de* risa—*por* alguna cosa.
Peregrinar *á* regiones extrañas—*por* el mundo.
Peregrino *de* Compostela—*en* Jerusalén.
Perfecto *ante* Dios—*en* su clase.
Perfumar *con* incienso.
Perjudicial *á, para* la vista.
Permanecer *en* su lugar.
Permutar (una cosa) *con, por* otra.
Pernicioso *á* las costumbres—*en* el trato—*para* los jóvenes.
Perpetuar (su fama) *en* la posteridad.
Perseguido *de* enemigos—*por* prófugo.
Perseverar *en* algún intento.
Persistir *en* una idea.
Persuadido *de* que es justa una solicitud.
Persuadir, y persuadirse, *á* hacer alguna cosa—*con, por* buenas razones.
Pertenecer *á* tal familia.
Pertinaz *de* carácter—*en* su yerro.
Pertrecharse *con, de* lo necesario.
Pesado *de* cuerpo—*en* la conversación.
Pesarle *al* pecador—*de* sus culpas.
Piar *por* alguna cosa.
Picar *de, en* todo.
Picarse *con* alguno—*de* puntal—*en* el juego—*por* una chanza.
Pintar *al* pastel—*de* azul.
Pintiparado *á* alguno—*para* el caso.
Plagarse *de* granos.
Plantar (á unc) *en* alguna parte.
Plantarse *en* Cádiz.

- Pleitear *con, contra* alguno—*por* pobre.
Poblar *de* árboles—*en* buen paraje.
Poblar *de* gente.
Pobre *de* espíritu—*en* facultades.
Poder *con* la carga—*con, para con* alguno.
Poderoso *á, para* triunfar—*en* estados.
Ponderar (una cosa) *de* grande.
Poner (á uno) *á* oficio—*bajo* tutela—(bien ó mal) *con* otro—
(á alguno) *de* corregidor—*de, por* empeño—(alguna cosa)
en tal ó cual paraje.
Ponerse *á* escribir—bien *con* Dios—(dos) *de* vuelta y media
—*en* defensa—*por* medio.
Porfiar *con, contra* alguno—*en* un empeño—*hasta* morir—*sobre* el mismo tema.
Portarse *con* valor.
Posar *en, sobre* alguna parte.
Poseído *de* temor.
Posponer (el interés) *á* la honra.
Posterior *á* otro.
Postrado *con, de* la enfermedad—*por* los trabajos.
Postrarse *á* los pies de alguno—*de* dolor—*en* cama—*por* el
suelo.
Práctico *en* cirugía.
Precaverse *contra* el mal—*del* aire.
Preceder (á otro) *en* categoría.
Preciarse *de* valiente.
Precipitarse *al, en* el foso—*de, desde por* la cumbre.
Precisar *á* confesar la culpa.
Preeminencia *en* clase—(de una cosa) *sobre* otra.
Preferido *de* alguno—*entre* otros.
Preferir (á alguno) *en* estimación—*para* un cargo.
Preguntar (una cosa) *á* alguno—*para* saber—*por* el ausente.
Prendarse *del* garbo.
Prender (las plantas) *en* la tierra.
Prender, y prenderse, *con* alfileres—*de* veinticinco alfileres—*en*
un gancho.
Preocuparse *con* alguna cosa.
Prepararse *á, para* alguna cosa—*con* armas defensivas—*contra* algún mal.
Preponderar (una cosa) *á, sobre* otra.

- Prescindir *de* alguna cosa.
 Presentar (á uno) *para* una prebenda.
 Presentarse *al* rey—*bajo* mal aspecto —*de*, *por* candidato—*en* la corte—*por* el lado favorable.
 Preservar, y preservarse, *del* daño.
 Presidido *del*, *por* el jefe.
 Presidir *en* un tribunal—*por* antigüedad.
 Prestar (dinero) á alguno—(la dieta) *para* la salud—*sobre* prenda.
 Presto á, *para* correr—*en* obrar.
 Presumir *de* docto.
 Prevalecer *entre* todos—(la verdad) *sobre* la mentira.
 Prevenirse *al*, *contra* el peligro—*de*, *con* lo necesario—*en* la ocasión—*para* un viaje.
 Primero *de*, *entre* todos.
 Príncipe *de*, *entre* los poetas.
 Principiar *con*, *en*, *por* tales palabras.
 Pringarse *con*, *de* grasa—*en* una miseria.
 Privar *con* alguno—(á alguno) *de* lo suyo.
 Probar á saltar—*de* todo.
 Proceder á la elección—*con*, *sin* acuerdo—*contra* alguno—(una cosa) *de* otra—*de* oficio—*en* justicia.
 Procesar (á uno) *por* delitos.
 Procurar *para* sí—*por* alguno.
 Pródigo *de*, *en* ofertas.
 Producir *ante* los tribunales—*en* juicio.
 Proejar *contra* las olas.
 Profesar *en* una religión.
 Prolongar (el plazo) *al* deudor.
 Prometer *en* casamiento —*por* esposa.
 Prometerse *de* un negocio buen resultado.
 Promover (á uno) á algún cargo.
 Pronto á enfadarse—*de* genio—*en* las preguntas —*para* trabajar.
 Propagar *en*, *por* la comarca—*entre* los suyos tal especie.
 Propasarse á, *en* una cosa.
 Propender á la clemencia.
 Propicio *al* ruego.
 Propio *al*, *del*, *para* el caso.

- Proponer (la paz) *al contrario*—(á alguno) *en primer lugar*—*para la elección*—*por árbitro á alguno*.
- Proporcionar, y proporcionarse, *á las fuerzas*—*con, para alguna cosa*.
- Prorrumpir *en lágrimas*.
- Proseguir *con, en la tarea*.
- Prosternarse *á, para suplicar*—*ante Dios*—*en tierra*.
- Protestar (uno) *contra la calumnia*—*de su inocencia*.
- Prostituir (el ingenio) *al oro*.
- Proteger (á alguno) *en sus designios*.
- Provechoso *al, para el vecindario*.
- Proveer *á la necesidad del pueblo*—(la plaza) *con, de víveres*—*en justicia*—(el empleo) *en el más digno*—*entre partes*.
- Provenir *de otra causa*.
- Provocar *á ira*—(á alguno) *con malas palabras*.
- Próximo *á morir*—*en grado*.
- Pudrirse (incomodarse) *de, por todo*.
- Pugnar *con, contra otro*—*en defensa de otro*—*para, por escaparse*.
- Pujante *en lozanía*.
- Pujar *con, contra los obstáculos*—*en, sobre el precio*—*por alguna cosa*.
- Purgarse *con emético*—*de la culpa*.
- Purificarse *de la mancha*.

Q

- Quebrado *de color*—*de cintura*.
- Quebrantarse *con, por el esfuerzo*—*de angustia*.
- Quebrar (el corazón) *á alguno*—*con un amigo*—*en tal cantidad*—*por lo más delgado*.
- Quebrarse (el ánimo) *con, por las desgracias*.
- Quedar *á deber*—*con un amigo en tal ó cual cosa*—*de asiento*—*de pie*—*en casa*—*para contarle*—*por cobarde*.
- Quedarse *á servir*—*con lo ajeno*—*de mano en el juego*—*en cama*—*para tía*—*por amo de todo*—*sin blanca*.
- Quejarse *á uno de otro*.
- Quemarse *con, de, por alguna palabra*.
- Querellarse *al alcalde*—*ante el juez*—*contra, de su vecino*.

Quién *de* ellos—*entre* tantos.

Quitar (algo) *á* lo escrito—*del* medio.

Quitarse *de* enredos.

R

Rabiar *contra* alguno—*de* hambre—*por* comer.

Radicar *en* tal parte.

Raer *del* casco.

Rayar *con* los primeros—*en* lo sublime.

Razonar *con* algunos—*obre* un punto.

Rebajar (una cantidad) *de* otra.

Rebasar *de* tal punto.

Rebatir (una razón) *con* otra—(una cantidad) *de* otra.

Rebosar *de*, *en* agua.

Recabar *con*, *de* alguno.

Recaer *en* la falta—(la elección) *en* el más digno.

Recatarse *de* las gentes.

Recelar, recelarse y receloso *del* vecino.

Recetar *contra* alguno—*sobre* un fondo.

Recibir *á* cuenta (alguna cosa) *de* alguno—*de* criado (*á* alguno)
en casa—*en* cuenta—*por* esposa.

Recibirse *de* abogado.

Recio *de* cuerpo.

Reclamar *á*, *de* fulano tal cosa—*ante* un tribunal—*contra* un
hermano—*en* juicio—*para* sí—*por* bien.

Reclinarse *en*, *sobre* alguna cosa.

Recobrase *de* la enfermedad.

Recogerse *á* casa—*en* sí mismo.

Recompensar (un beneficio) *con* dos.

Reconcentrarse (el odio) *en* el corazón.

Reconciliar, y reconciliarse *con* otro.

Reconocer *á* alguno *por* amigo—(mérito) *en* una obra.

Reconvenir (*á* alguno) *con*, *de*, *por*, *sobre* alguna cosa.

Recostarse *en*, *sobre* la cama.

Recrearse *con* la lectura—*en* leer.

Reducir (alguna cosa) *á* la mitad.

Reducirse *á* lo más preciso—*en* los gastos.

Redundar *en* beneficio.

- Reemplazar (á una persona) *con* otra—(á Luis) *en* su empleo.
Referirse á alguna cosa.
Reflejar (la luz) *en, sobre* un plano.
Reflexionar *en, sobre* tal materia.
Reformarse *en* el vestir.
Refugiarse á, *bajo, en* sagrado.
Regalarse *con* vinos extranjeros—*en* dulces memorias.
Regar *con, de* llanto.
Regir *de* vientre.
Reglarse á lo justo—*por* otro.
Regodearse *con, en* alguna cosa.
Reinar *en* España—*entre* las gentes el terror—*sobre* muchos millones de hombres.
Reincidir *en* el crimen.
Reintegrado *de* lo suyo.
Reintegrar (á un huérfano) *en* sus bienes.
Reirse *de* Juan *con* Pedro.
Relajar *al* brazo seglar.
Relajarse *del* lado izquierdo—*en* la conducta.
Rematar *al* toro—*con* una copla—*en* cruz.
Remirado *en* su conducta.
Remitirse *al* original.
Remontarse *al, hasta* el cielo—*en* alas de la fantasía—*por* los aires—*sobre* todos.
Remover *de* su puesto.
Renacer á la vida—*con, por* la gracia—*en* Jesucristo.
Rendirse á la razón—*con* la carga—*de* fatiga.
Renegar *de* alguna cosa.
Renunciar á un proyecto—(algo) *en* otro.
Reo *contra* la sociedad—*de* muerte.
Reparar perjuicios *con* favores—*en* cualquier cosa.
Repararse *del* daño.
Repartir (alguna cosa) á, *entre* algunos—*en* porciones iguales.
Representar *al* Rey—*sobre* un asunto.
Representarse (alguna cosa) á, *en* la imaginación.
Reputar (á alguno) *por* honrado.
Requerir *de* amores.
Requerirse (algo) *en, para* un negocio.
Resbalar *con, en, sobre* el hielo.
Resbalarsé *de, de entre, entre* las manos—*por* la pendiente.

- Resentirse *con, contra* alguno—*de, por* alguna cosa—*del, en* el costado.
- Resfriarse *con* alguno—*en* la amistad.
- Resguardarse *con* el muro—*de* los tiros.
- Residir *en* la corte—*entre* personas cultas.
- Resignarse á los trabajos—*con* su suerte—*en* la adversidad.
- Resolverse á alguna cosa—(el agua) *en* vapor—*por* tal partido.
- Resonar (la ciudad) *con, en* cánticos de gozo.
- Respaldarse *con, contra* la pared—*en* la silla.
- Resplandecer *en* sabiduría.
- Responder á la pregunta—*con* las fianzas—*del* depósito —*por* otro.
- Restar (una cantidad) *de* otra.
- Restituídos *en* sus estados—*por* entero.
- Restituirse á su casa.
- Resuelto *en, para* obrar.
- Resultar (una cosa) *de* otra.
- Retar á muerte—*de* traidor.
- Retirarse á la soledad—*del* mundo.
- Retractarse *de* la acusación.
- Retraerse á alguna parte—*de* alguna cosa.
- Retroceder á, *hacia* tal parte—*de* un sitio á otro—*en* el camino.
- Reventar *de* risa—*por* hablar.
- Revestir (á alguno) *con, de* facultades.
- Revestirse *de* autoridad.
- Revolcarse *en* su sangre.
- Revolver (algo) *en* la mente—*entre* sí.
- Revolverse *al, contra, sobre* el enemigo.
- Rezar á los santos—*por* los difuntos.
- Rico *con, por* su legítima—*de* hacienda—*en* ganados.
- Ridículo *en* su porte—*por* su traza.
- Rígido *con, para, para con* su familia—*de* carácter—*en* sus juicios.
- Rodar *de* lo alto—(el jinete) *por* tierra.
- Rodear (una plaza) *con, de* murallas.
- Rogar *por* sí, ó *por* otro.
- Romper *con* alguno—*en* llanto—*por* medio.
- Rozarse (una cosa) *con* otra—*en* las palabras.

S

Saber á vino—*de* trabajos—*para* sí.

Sabio *en* su profesión.

Saborearse *con* el dulce.

Sacar (una cosa) á plaza, á la plaza—á pulso—*con* bien—*de* alguna parte—*de* entre infieles—*en* limpio—*por* consecuencia.

Saciar *de* viandas.

Saciarse *con* poco—*de* venganza.

Sacrificarse *por* alguno.

Sacudir algo *de* sí.

Sacudirse *de* importunos.

Salir á la, *en* la cara—*con* un despropósito—*contra* alguno—*de* alguna parte—*de* pobre—*por* fiador.

Salirse *con* la pretensión—*de* la regla.

Salpicar *con*, *de* aceite.

Saltar (una cosa) á los ojos—*con* una simpleza—*de* gozo—*en* tierra—*por* la cerca.

Salvar (á alguno) *del* peligro.

Salvarse á nado—*en* el esqui—*por* pies.

Sanar *de* la enfermedad—*por* ensalmo.

Sano *de* cuerpo.

Satisfacer *con* las setenas—*por* las culpas.

Satisfacer, y satisfacerse, *de* la duda.

Satisfecho *consigo*—*de* sí.

Secar *al* aire—*con* un paño.

Secarse *de* sed.

Seco *de* carnes.

Sediento *de* placeres.

Segregar (una cosa) *de* otra.

Seguir *con* la empresa—*de* cerca—*en* el intento—*para* Cádiz.

Seguirse (una cosa) á, *de* otra.

Seguro *de* ganar—*en* su virtud.

Sembrar *con*, *de* flores el camino—*en* la arena—*entre* piedras.

Semejante á su padre—*en* todo.

Semejar, ó semejarse, (una cosa) á otra—*en* algo.

Sensible á la injuria.

- Sentarse á la mesa—*de* cabecera de mesa—*en* la silla—*sobre* un cofre.
- Sentenciar á destierro—*en* justicia—*por* estafa—*según* ley.
- Sentir *con* otro—*de* muerte.
- Sentirse *de* algo.
- Señalado *con* la marca de frágil—*de* la mano de Dios.
- Señalar *con* el dedo.
- Señalarse *en* la guerra—*por* discreto.
- Separar (una cosa) *de* otra.
- Ser (una cosa) á gusto de todos—*de* desear—*de* dictamen—*de*, *para*, *para en* uno.
- Ser (estar) *con* otro—*en* batalla.
- Servir *con* armas y caballo—*de* mayordomo—*en* palacio—*para* el caso—*por* la comida—*sin* sueldo.
- Servirse *de* alguno—*en*, *para* un lance—*por* la escalera falsa.
- Severo *con* los discípulos—*de* semblante—*en* sus juicios—*para*, *para con* los súbditos.
- Sincerarse *ante* un juez—*con* otro—*de* la culpa.
- Sin embargo *de* eso.
- Singularizarse *con* alguno—*en* vestir—*entre* los suyos—*por* su traje.
- Sisar *de* la tela—*en* la compra.
- Sitiado *de* los enemigos.
- Sitiar *por* mar y tierra.
- Sito *en* Madrid.
- Situado á, *hacia* la izquierda—*sobre* el monte.
- Situarse *en* alguna parte—*entre* dos ríos.
- Soberbio *con*, *para con* sus amigos—*de* índole—*en* palabras.
- Sobrepujar (á alguno) *en* autoridad.
- Sobresalir *en* mérito—*entre* todos—*por* su elocuencia.
- Sobresaltarse *con*, *por* el ruido—*de* la noticia.
- Sobreseer *en* la causa.
- Sobrio *de* palabras—*en* comer.
- Socorrer *con* algo—*de* víveres.
- Sojuzgado *de* los poderosos—*por* la plebe.
- Solazarse *con* fiestas—*en* banquetes—*entre* amigos.
- Solicitar *con* el Ministro—*del* rey—*para*, *por* otros.
- Solícito *con* otro—*en*, *para* pretender.
- Soltar (á un niño) á andar.
- Someterse á alguno.

- Sonar (alguna cosa) *á* hueco — *en, hacia* tal parte.
Soñar *con* ladrones — *en* esto ó aquello.
Sordo *á* las voces — *de* un oído.
Sorprender *con* alguna cosa — *en* el hecho.
Sorprendido *con, de* la bulla.
Sospechar (infidelidad) *de* un criado — *en* alguno.
Sospechoso *á* alguno — *de* herejía — *en* la fe — *por* su comportamiento.
Sostener *con* razones — (algo) *en* las Cortes.
Subdividir *en* partes.
Subir *á, en* alguna parte — *de* la bodega — *sobre* la mesa.
Subordinado *al* caudillo.
Subrogar (una cosa) *con, por* otra — *en* lugar de otra.
Subsistir *con, del* auxilio ajeno.
Suceder *á* Pedro — *con* Pedro lo que *con* Juan — (*á* alguno) *en* el empleo.
Suelto *de* lengua — *en* el decir.
Sufrido *en* la adversidad.
Sufrir *con* paciencia — *de* uno lo que no se sufre *de* otro — *por* amor de Dios.
Sujetar *con* lazos — *por* los brazos.
Sujetarse, sujeto, *á* alguno, ó *á* alguna cosa.
Sumirse *en* una ciénaga.
Sumiso *á* las leyes.
Supeditado *de, por* los contrarios.
Superior *á* sus enemigos — *en* luces — *por* su ingenio.
Suplicar *al* Rey — *de* la sentencia — *en* revista — *para* ante el Consejo — *por* alguno.
Suplir *en* actos del servicio — *por* alguno.
Surgir (la nave) *en* el puerto.
Surtir *de* víveres.
Suspender *de* una argolla — *de* empleo y sueldo — *en* el aire — *por* los cabellos.
Suspirar *de* amor — *por* el mando.
Sustentarse *con* hierbas — *de* esperanzas.
Sustituir *á, por* alguno — (una cosa) *con* otra — (un poder) *en* alguno.
Sustraerse *á, de* la obediencia.

T

- Tachar (á alguno) *de* ligero—*por* su mala conducta.
Tachonar *de*, *con* florones de oro.
Tardar *en* venir.
Tardo á sentir—*de* oído—*en* comprender.
Tejer *con*, *de* seda.
Temblar *con* el susto—*de* frío—*por* su vida.
Temer *de* otro—*por* sus hijos.
Temeroso *de* la muerte.
Temible á los contrarios—*por* su arrojo.
Temido *de*, *entre* muchos.
Temor *al* peligro—*de* Dios.
Templarse *en* comer.
Tener á mano—á menos ó *en* menos—*con* ó *en* cuidado—*de* criado ó *por* criado—(algo) *en*, *entre* manos—*para* sí—(á su madre) *sin* sosiego—*sobre* sí.
Tenerse *de*, *en* pie—*por* inteligente.
Teñir *con* grana—*de* azul—*en* negro.
Terciar *en* una contienda—*entre* dos.
Terminar *en* punta.
Tierno *de* corazón.
Tirar á, *hacia*, *por* tal parte—*de* la falda.
Tiritar *de* frío.
Titubear *en* alguna cosa.
Tocado *al* imán—*de* enfermedad.
Tocar (la herencia) á alguno—á muerto—*en* alguna parte.
Tomar á pechos—*bajo* su protección—*con*, *en*, *entre* las manos—*de* un autor una especie—(una cosa) *de* tal modo—*en* mala parte—*hacia* la derecha—*para* sí—*por* ofensa—*sobre* sí.
Tomarse *con*, *por* la humedad—*de* orín.
Topar *con*, *contra*, *en* un poste.
Torcido *con* otro—*de* cuerpo—*en* sus miras—*por* la punta.
Tornar á las andadas—*de* Galicia—*por* el resto.
Trabajar á destajo—*de* sastre—*en* tal materia—*para* comer—*por* distinguirse.
Trabar (una cosa) *con* otra—*de* alguno—*en* alguna cosa.
Trabarse *de* palabras.

- Trabucarse *en* la disputa.
 Traducir *al*, *en* castellano—*del* latín.
 Traer (una cosa) *á* alguna parte—*ante* sí—*consigo*—*de* Francia—*en*, *entre* manos—*hacia* sí—*por* divisa—*sobre* sí.
 Traficar *con* su crédito—*en* drogas.
 Transferir (alguna cosa) *á*, *en* otra persona.
 Transferirse *de* una parte *á* otra.
 Transfigurarse *en* otra cosa.
 Transformar, ó transformarse, (una cosa) *en* otra.
 Transitar *por* alguna parte.
 Transpirar *por* todas partes.
 Transportar (alguna cosa) *á* lomo—*de* una parte *á* otra—*en* hombros.
 Transportarse *de* alegría.
 Trasbordar *de* una vía *á* otra.
 Trasladar (algo) *á* alguien—*al* castellano—*de* Sevilla *á* Cádiz—*del* griego.
 Traspasado *de* dolor.
 Traspasar (alguna cosa) *á*, *en* alguno.
 Trasplantar *de* una parte *á*, *en* otra.
 Tratar *á* la baqueta—*con* alguno—*de* cobarde—*de*, *sobre* alguna cosa—*en* lanas.
 Travesear *con* alguno.
 Triste *de* aspecto—*de*, *con*, *por* el suceso.
 Triunfar *de* los enemigos—*de* espada (en los juegos)—*en* la lid.
 Trocar (una cosa) *con*, *en*, *por* otra—*de* papeles.
 Tropezar *con*, *contra*, *en* alguna cosa.
 Tuerto *del* ojo derecho.
 Turbar *en* la posesión.

U

- Ufanarse, ufano, *con*, *de* sus hechos.
 Último *de* todos—*en* la clase.
 Ultrajar *con* apodos—*de* palabras—*en* la honra.
 Uncir (los bueyes) *al* carro—macho *con* mula.
 Ungir *con* esencias—*por* obispo.
 Único *en* su línea—*entre* mil—*para* el objeto.
 Uniformar (una cosa) *á*, *con* otra.

Uncir (una cosa) *á*, *con* otra.

Unirse *á*, *con* los compañeros —*en* comunidad—*entre* sí.

Uno *á* uno—uno *con* otro—uno *de* tantos—uno *entre* muchos
—uno *para* cada cosa—uno *por* otro—uno *sobre* los demás—uno *tras* otro.

Untar *con*, *de* aceite.

Usar *con*, *contra* un simple, *de* enredos.

Útil *á* la patria —*para* tal cosa.

Utilizarse *con*, *de*, *en* alguna cosa.

V

Vacar *al* estudio.

Vaciar *en* yeso.

Vaciarse *de* alguna cosa—*por* la boca.

Vacilar *en* la elección—*entre* la esperanza y el temor.

Vacío *de* entendimiento.

Vagar *por* el mundo.

Valerse *de* alguno—*de* alguna cosa.

Vanagloriarse *de*, *por* su estirpe.

Variar *de* opinión—*en* dictamen.

Vecino *al*, *del* palacio.

Velar *á* los muertos—*en* defensa—*por* los que duermen—*sobre* alguna cosa.

Velloso, velludo *de* cuerpo.

Vencer *en* la batalla.

Vencerse *á* alguna cosa—*de* ruegos.

Vencido (el aparejo) *á*, *hacia* la derecha—*de* los contrarios—*por* los enemigos.

Vender *á* tanto — *en* tanto—gato *por* liebre.

Venderse *á* alguno—*en* tanto—*por* amigo.

Vengarse *de* una ofensa—*en* el ofensor.

Venir *á* casa—*á* tierra—*con* un criado—*del* teatro—*de*, *hacia* Sevilla—*en* ello—*hacia* aquí—*por* buen conducto—*sobre* uno mil desgracias.

Venirse *á* buenas—*con* chanzas.

Ver *de* hacer algo—*con* sus ojos—*por* un agujero.

Versado *en* la paleografía.

Verse *con* alguno—*en* altura.

- Verter *al* suelo—*al*, *en* castellano—*del* cántaro—*en* el jarro.
Vestir *á* la moda—*de* máscara.
Vestirse *con* lo ajeno—*de* paño.
Viciarse *con* el, *del* trato.
Vigilar *en* custodia de—*por* el bien público—*sobre* sus súbditos.
Vincular (la gloria) *en* la virtud—*sobre* una hacienda.
Vindicar, ó vindicarse *de* la injuria.
Violentarse, *á*, *en* alguna cosa.
Visible *á*, *para* todos—*entre* todos.
Vivir *á* su gusto—*con* su suegro—*de* limosna—*para* ver—*por* milagro—*sobre* la haz de la tierra.
Volar *al* cielo—*de* rama *en* rama—*por* muy alto.
Volver *á* casa—*de* la aldea—*en* sí—*hacia* tal parte—*por* tal camino—*por* la verdad—*sobre* sí.
Votar (una novena) *á* la Virgen—*con* la mayoría—*en* el pleito—*por* alguno.

Z

- Zabullirse, ó zambullirse, *en* el agua.
Zafarse *de* alguna persona—*del* compromiso.
Zamparse *en* la sala.
Zampuzarse *en* agua.
Zozobrar *en* la tormenta.
-

LISTA DE PALABRAS CUYA SIGNIFICACION
VARÍA SEGÚN
LA PREPOSICIÓN QUE SE LES JUNTA

(De la Gramática de don Vicente Salvá)

- Acordarse con alguno *es* Ponerse de acuerdo con él.
Acordarse de alguno — Renovar su idea en la memoria.
Alzarse con una cosa — Apropiársela.
Alzarse para una cosa — Levantarse para hacerla, ó dirigirse hacia ella.
Andar á vueltas — Reñir ó luchar.
Andar en vueltas — Usar de rodeos, ó poner dificultades.
Animoso en los peligros — El que no se acobarda por verse en ellos.
Animoso para los peligros — El que tiene valor para acometerlos.
Aplicarse á un libro — Estudiarlo con eficacia.
Aplicarse un libro — Adjudicárselo ó tomarlo para sí.
Aportar á Cádiz — Llegar á aquel puerto sin designio y por extravío.
Aportar en Cádiz — Tomar puerto allí como escala ó fin de la navegación.
Apresurarse á responder — No tardar en responder.
Apresurarse en responder — Dar una respuesta precipitadamente.
Apretar á alguno. — Estrecharle.
Apretar con alguno — Embestirle.
Asir á uno la mano — Cogérsela para saludarle, ó expresar señaladamente el contento.
Asir á uno de la mano — Tenerle para que no caiga, ó se escape.

- Beber de un vaso—Beber parte del licor que contiene.
Beber en un vaso—Usar de él para beber parte ó el todo de su contenido.
Caer á la plaza—Tener una casa salida ó vistas á la plaza.
Caer en la plaza—Dar una caída en ella.
Caer de la gracia de alguno—Perder su favor.
Caer en gracia á alguno—Ser de su agrado.
Capitular al gobernador—Hacerle cargos.
Capitular con el gobernador—Hacer algún ajuste ó convenio con él.
Cargar con alguno—Llevarsele.
Cargar sobre alguno—Importunarle.
Cerrar á alguno—Impedirle que salga de un cuarto ó cualquier otro paraje determinado.
Cerrar con alguno—Acometerle con furia.
Compadecerse de la pobreza—Tener compasión del pobre.
Compadecerse con la pobreza—Avenirse con ella.
Comprometerse con uno—Quedar en riesgo de romper las relaciones de amistad que tenemos con alguno, ó expuestos á desavenirnos con él.
Comprometerse en uno—Poner en manos de otro nuestra voluntad respecto de algún asunto, sujetándonos á conformarnos con su voto ó decisión.
Comunicar á uno la resolución—Participársela.
Comunicar con uno la resolución—Consultarla con él.
Contar una cosa—Referirla.
Contar con una cosa—Confiar conseguirla, ó suponerla existente para algún fin.
Contar á un sujeto—Hacerle la relación de algo.
Contar con un sujeto—Hacer memoria de él, tenerle presente para alguna cosa, ó estar seguros de su cooperación ó favor.
Convenir á uno—Serle útil.
Convenir con uno—Ser de su dictamen, ó quedar acorde con él sobre alguna cosa.
Correr á alguno—Perseguirle, ó abochornarle.
Correr con alguno—Tener trato ó intimidad con él.
Cumplir con uno—Obsequiarle como corresponde.
Cumplir por uno—Hacer alguna expresión en nombre de otro.
Dar á comer, *se usa respecto de las personas convidadas y tra-*

tándose sólo de una parte de la comida, v. g. Le dió á comer un buen plato.

Dar de comer, *respecto de los dependientes, ó de los que pagan la comida; ó también respecto de los convidados, cuando se comprende la totalidad de los platos que la componen. Esto se nota en las tres frases que siguen: Le da de comer; Aquí se da de comer; Le dió de comer una olla y un principio, con lo que denotamos que á esto se redujo toda la comida.*

Dar algo—Donarlo.

Dar con algo—Encontrarlo, ó pegar contra ello.

Dar en algo—Empeñarse en alguna cosa, y acertar con ó incurrir en ella.

Dar por algo—Encapricharse en una cosa.

Dar un aviso á tiempo—Darlo oportunamente.

Dar un aviso con tiempo—Darlo con la anticipación conveniente.

Dar crédito—Creer.

Dar á crédito—Fiar.

Dar á uno—Donarle algo.

Dar sobre uno—Acometerle.

Dar la mano—Extenderla para ayudar ó prestar auxilio.

Dar de mano—Dejar ó abandonar.

Dar en manos—Caer en las garras de alguno.

Dar con el pié—Tratar con desprecio.

Dar por el pié—Derribar ó destruir completamente.

Dar un bajío—Decaer de fortuna.

Dar en un bajío—Tropezar la nave en un banco de arena.

Dar fin ó cabo á una cosa—Acabarla, perfeccionarla.

Dar fin ó cabo de una cosa—Destruirla.

Deber ir á Madrid—Tener una precisión de hacer el viaje.

Deber de ir á Madrid—Haber una probabilidad de ir.

Declararse á alguno—Descubrirle una cosa reservada.

Declararse por alguno—Favorecerle.

Dejar hacer algo—No estorbar que se haga.

Dejar de hacer algo—No hacerlo.

Desconocido (Ser) á sus bienhechores—Serles ingrato.

Desconocido (Ser) de sus bienhechores—No conocerle éstos, ó rehusar ya el favorecerle.

Desesperar á alguno—Impacientarle.

Desesperar de alguno—Desconfiar que mejore física ó moralmente.

Deshacerse alguna cosa—Llegar á su destrucción.

Deshacerse de alguna cosa—Desapropiarse de ella.

Deshacerse por alguna cosa—Apetecerla con ansia.

Detenerse con las menudencias—Pararse por no saber desembarazarse de ellas.

Detenerse en las menudencias—Ser difuso en explicarlas.

Disponer sus alhajas—Ordenarlas ó prepararlas.

Disponer de sus alhajas—Enajenarlas, ó repartirlas.

Divertirse á contar—Distracarse á contar.

Divertirse en contar—Tener gusto en contar.

Doblar á alguno—Inclinarle ó inducirle á alguna cosa.

Doblar por alguno—Tocar las campanas porque ha muerto.

Dormir en una empresa—Manejarla con descuido y flajedad.

Dormir sobre una empresa—Reflexionarla con detención.

Echar tierra á una cosa—Ocultarla.

Echar un género en tierra—Desembarcarlo.

Echar un edificio por tierra—Arruinarlo.

Echar un libro por tierra—Mencspreciarlo.

Entender una cosa—Comprenderla.

Entender en una cosa—Ocuparse en ella, ó manejarla.

Entender de un negocio—Ser inteligente en él.

Entender en un negocio—Manejarlo.

Entrar alguno—Introducirse uno en alguna parte.

Entrar á alguno—Tratar de persuadirle.

Entrar con alguno—Tratar con él, ó entrar en su compañía.

Entregarse al dinero—Aficionarse á él.

Entregarse del dinero—Recibirlo ó encautarse de él.

Escapar á buenas—Escapar sin replicar ni oponer resistencia.

Escapar de buenas—Salir de algún grande aprieto.

Estar á alguna cosa—Responder de ella.

Estar en alguna cosa—Quedar enterado, ó persuadido de ella.

Estar sobre alguna cosa—Instar su despacho ó ejecución.

Estar á todo—Estar preparado para cualquier evento.

Estar en todo—Atender á todas las cosas.

Estar con cuidado—Estar alerta, ó inquieto.

Estar de cuidado—Estar enfermo de peligro.

Estar en sí—Estar en plena advertencia.

Estar sobre sí—Estar orgulloso.

- Estar con alguno—Ser de su opinión, ó estar en su compañía.
Estar por alguno—Favorecerle.
Estar en hacer alguna cosa—Estar resuelto ó dispuesto á hacerla.
Estar para hacer alguna cosa—Estar inmediato á ejecutarla.
Estar por hacer alguna cosa—Estar muy inclinado á hacerla.
Estar alguna cosa por hacer—No estar hecha.
Estar de presidente—Ser presidente.
Estar por presidente—Presidir como sustituto.
Estar satisfecho del dinero—Hallarlo cabal, ó quedar pagado de lo que á uno le debían.
Estar satisfecho con el ó por el dinero—Estar ufano por poseer grandes riquezas.
Estimular á uno á la empresa—Hacérsela acometer.
Estimular á uno en la empresa—Animarle á que siga en ella después de principiada.
Estrecharse á alguno—Unirse íntimamente con él, ó ganarle.
Estrecharse con alguno—Hablarle con empeño.
Gustar un plato—Probarlo ó catarlo.
Gustar de un plato—Tener gusto en comerlo.
Hacer confianza á una persona—Comunicarle un secreto.
Hacer confianza de una persona—Fiarse de ella.
Hacer á uno hablar la verdad—Obligarle á decirla.
Hacer á uno á hablar verdad—Acostumbrarle á decirla.
Hacer una cosa con tiempo—Prevenirse á hacerla, para que no nos falte el tiempo de ejecutarla.
Hacer una cosa en tiempo—Hacerla con oportunidad, á propósito.
Hacerse á una cosa—Acomodarse, ó acostumbrarse á ella.
Hacerse con una cosa—Adquirirla, ó lograrla.
Hacerse de una cosa—Surtirse ó proveerse de ella.
Hacerse para una cosa—Hacerse para tal fin.
Hallarse algo—Encontrarlo.
Hallarse con algo—Tenerlo.
Ingerir un peral de un manzano—Tomar de éste el ingerto para el peral.
Ingerir un peral en un manzano—Poner el ingerto del primero en el manzano.
Ir con alguno—Ir en su compañía, ser de su opinión, estar de su parte, ó escucharle.

- Ir sobre alguno—Acometerle.
Ir por algo—Ir á buscarlo, ó á tomarlo.
Ir sobre algo—Seguir ahincadamente un negocio.
Ladearse á alguno—Inclinarse á su opinión ó partido.
Ladearse con alguno—Empezar á enemistarse con él.
Mayor de edad—El que tiene la señalada para salir de tutela ó curaduría.
Mayor en edad—El que tiene más años que otro.
Padecer la gota—Cuando la enfermedad es actual.
Padecer de gota—Cuando es habitual.
Participar una cosa—Noticiarla.
Participar de una cosa—Tener parte en ella.
Pasar de cruel—Ser cruel con exceso.
Pasar por cruel—Ser tenido por tal.
Pedir con ó de justicia—Tener razón para pedir algo.
Pedir en justicia—Acudir al juez con alguna demanda.
Pisar con valentía—Pisar con valor.
Pisar de valentía—Andar con arrogancia.
Poner una cosa en tierra—Dejarla en el suelo.
Poner una cosa por tierra—Menospreciarla.
Poner con cuidado—Colocar con tiento.
Poner en cuidado—Alarmar ó sobresaltar.
Preguntar á uno—Interrogarle.
Preguntar por uno—Pedir noticias de su salud, estado ó paradero.
Prevenirse á ó para un lance—Disponerse para cuando llegue.
Prevenirse en un lance—Tomar todas las precauciones cuando estamos en él.
Proceder á la votación—Principiarla.
Proceder en la votación—Continuarla.
Propasarse á las injurias—Llegar á injuriarse.
Propasarse en las injurias—Excederse en las mismas injurias.
Quedar en hacer una cosa—Prometer hacerla.
Quedar una cosa por hacer—No estar todavía hecha.
Repararse con la artillería—Defenderse con ella.
Repararse de la artillería—Ponerse á cubierto de sus tiros.
Responder una cosa—Dar una respuesta.
Responder de una cosa—Salir fiador de ella.
Saber á cocina—Tener algo el aspecto ú olor de cocina.
Saber de cocina—Tener conocimiento de los guisos.

- Salir con una empresa—Llevarla á buen cabo.
Salir de una empresa—No tener ya parte en ella.
Salir á la prueba—Ofrecerse á darla.
Salir con la prueba—Darla de un modo satisfactorio.
Salir de la prueba—Concluir la bien ó mal.
Salir á su padre—Parecerse á él.
Salir con su padre—Ir con él.
Salir de su padre—Salir de la patria potestad.
Salir por su padre—Abonarle, ó ser su fiador.
Salir regidor—Ser nombrado regidor.
Salir de regidor—Dejar de serlo.
Salir con una mercancía—Presentarse con ella inesperadamente.
Salir de una mercancía—Deshacerse de ella ó venderla.
Ser con alguno—Tratar, hablar ú opinar con él.
Ser de alguno—Seguir su partido.
Ser para alguno—Estar destinada la cosa para él.
Ser parte en alguna cosa—Tener influjo en que se haga.
Ser parte para alguna cosa—Servir para algo.
Tener ánimo de hacer una cosa—Formar propósito de hacerla.
Tener ánimo para hacer una cosa—Hallarse con valor para ejecutarla.
Tener consigo—Llevar encima, ó tener en su compañía.
Tener para sí—Estar persuadido.
Tener cuenta con una persona—Guardarle consideración ó respeto.
Tener cuenta de una persona—Cuidarla, ó custodiarla.
Tener con cuidado una cosa—Tenerla en las manos cuidadosamente.
Tener en cuidado una cosa—Estar alerta y en vigilancia por razón de ella.
Tener de hacer algo—Manifestar la intención de hacerlo.
Tener que hacer algo—Haberlo de hacer por precisión.
Tirar la espada—Arrojarla.
Tirar de la espada—Desenvainarla.
Tocar una cosa—Ejercitar en ella el sentido del tacto.
Tocar á una cosa—Llegarse á ella. *Esta frase se emplea más de ordinario para las proposiciones negativas.*
Topar con una cosa—Encontrarla, ó tropezar con ella.

Topar en una cosa (*Fraser anticuada.*)—Consistir ó estribar en ella.

Trabarse de palabras—Reñir de palabra.

Trabarse en las palabras—Tartamudear ó rozarse en el habla.

Tratar de vinos—Hablar sobre vinos.

Tratar en vinos—Comerciar en este caldo.

Vender al contado—Vender á dinero contante.

Vender de contado—Vender al instante.

Venir á la ciudad—Trasladarse á ella.

Venir sobre la ciudad—Acometerla.

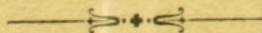
Verse un pleito con dos salas—Verlo reunidos los ministros de dos salas.

Verse un pleito en ó por dos salas—Verlo en las dos sucesivamente.

Volver á la razón—Recobrar el juicio.

Volver por la razón—Defender lo justo.

Volver en razón de tal cosa—Regresar por tal motivo.



ÍNDICE

	Páginas
PRÓLOGO.....	3
INTRODUCCIÓN.....	5
CAPÍTULO I.—Nociones preliminares	5
CAPÍTULO II.—Elementos de la obra literaria.....	9

PARTE PRIMERA

EL ESTILO

CAPÍTULO I.—Cualidades esenciales del estilo.....	13
1.º Claridad	13
2.º Naturalidad.....	23
3.º Conveniencia.....	27
4.º Melodía.....	28
CAPÍTULO II.—Las elegancias.....	29
1.º Elegancias de lenguaje.....	30
2.º Elegancias de pensamiento.....	33
3.º Elegancias de lenguaje y pensamiento ó figuras.....	37

PARTE SEGUNDA

LOS GÉNEROS LITERARIOS

CAPÍTULO I.—Poesía.....	41
CAPÍTULO II.—Versificación..	45

	Páginas
CAPÍTULO III.—Los géneros poéticos.....	56
1.º Poesía lírica.....	56
2.º Poesía épica.....	58
3.º Poesía dramática.....	59
4.º Poesía mixta.....	62
La novela.....	64
CAPÍTULO IV.—Género didáctico.....	67
La Historia.....	68
Artículos de crítica literaria.....	71
CAPÍTULO V.—Oratoria.....	72
CAPÍTULO VI.—El periodismo.....	78
Las cartas y el diálogo.....	82
Notas.....	85
A.—Qué es el estilo.....	87
B.—Cualidades esenciales del estilo.....	95
C.—Las cualidades de los pensamientos.....	96
D.—Elegancias y figuras.....	97
E.—La inverosimilitud.....	99
F.—Versificación.....	100
Pensamientos sobre el estilo.....	103
Giros y locuciones expresivas.....	141
Lista de palabras que se construyen con preposición..	162
Lista de palabras cuyo significado varía según la pre- posición que se les junta.....	213

